



Universidad de Valladolid

Facultad de Filosofía y Letras

Grado en Historia

**De Milán a Flandes: Juan Fernández de Velasco
y Domingo de Toral en la defensa de la
Monarquía
(1590-1640)**

David Rubio Hoyos

Tutor: Antonio Cabeza Rodríguez

Curso: 2017-2018

A mis padres, por su fe inquebrantable.

RESUMEN

Durante los siglos XVI y XVII, la Monarquía Hispánica ostentó la hegemonía mundial, gobernando un vasto imperio integrado por la agregación de diversos reinos y territorios, unidos bajo la autoridad de un mismo monarca. Para mantener su primacía debería sin embargo superar los problemas que el espacio y el tiempo impuso en las condiciones de su tiempo, desarrollando a tales efectos un cuerpo diplomático y un aparato burocrático. Los numerosos conflictos en los que participaría, como la Guerra de los Ochenta Años o la Guerra de los Treinta Años, obligaría a la Corona Católica a sostener un poderoso ejército que defendiera su vasto legado patrimonial, empleando para ello unos soldados que como Juan Fernández de Velasco, Condestable de Castilla y gobernador del Milanésado, o Domingo de Toral, capitán de infantería, pondrían a prueba el nuevo modelo militar establecido por el primero en unas guerras cuya naturaleza había cambiado profundamente. Este TFM analiza dicho proceso a partir de la *Vida* elaborada por Fermín López de Mendizorroz y la *Relación* escrita por el propio capitán, utilizando para ello bibliografía especializada, fuentes archivísticas y escritos de autores contemporáneos.

Palabras clave: Monarquía Hispánica, Países Bajos, religión católica, ejército, infantería, soldado, modelo militar, Condestable, Juan Fernández de Velasco, capitán, Domingo de Toral, siglo XVI, siglo XVII.

SUMMARY

During the sixteenth and seventeenth centuries, the Spanish Monarchy held world hegemony, ruling a vast empire composed of the aggregation of various kingdoms and territories, united under the authority of the same king. In order to maintain its primacy, however, it should overcome the problems that space and time imposed in the conditions of its time, developing for this purpose a diplomatic corps and a bureaucratic apparatus. The numerous conflicts in which it would participate, such as the Eighty Years' War or the Thirty Years' War, would force the Catholic Crown to support a powerful army that would defend its vast patrimonial legacy, employing soldiers like Juan Fernández de Velasco, Condestable of Castille and governor of Milan, or Domingo de Toral, captain of infantry, would put to the test the new military model established by the first in wars whose nature had profoundly changed. This TFM analyzes this process from the *Life* elaborated by Fermín López de Mendizorroz and

the *Relation* written by the captain himself, using specialized bibliography, archival sources and writings from contemporary authors.

Keywords: Spanish Monarchy, Netherlands, catholic religion, army, infantry, soldier, military model, Condestable, Juan Fernández de Velasco, captain, Domingo de Toral, sixteenth century, seventeenth century

ÍNDICE

0. Introducción

1. Un mundo, dos realidades. Capitanes y Condestables

1.1. Guerra, linaje y memoria

1.2. Un imperio tripartito. La legitimación del conflicto flamenco

1.3. Una guerra común. Nobles y plebeyos en la defensa de la Monarquía

2. Un modelo nuevo para una guerra nueva

2.1. De los combates renacentistas a las guerras modernas

2.2. Valor y prudencia, coraje e inteligencia. El paradigma del modelo militar

3. España mi natura, Flandes mi sepultura

3.1. De aquellas guerras, estos hombres. El soldado del siglo XVII

3.2. A espada y pico, arcabuz y pala. El “soldado proletario”

3.3. Entre hielo y lodo. La campaña de La Inclusa (1621)

4. Los tercios saben morir. El sitio de Bergen Op Zoom (1622)

4.1. Un baluarte inexpugnable

4.2. Sin disciplina no hay victoria. La escaramuza bajo las murallas

4.3. Una guerra subterránea. La batalla por la media luna

5. Conclusión

6. Fuentes documentales

7. Referencias bibliográficas

8. Apéndice cartográfico

*“Dime con firme verdad, firme y segura.”¹
¿hizo el que pudo la victoria vuestra?
¿sentenciado a su causa el Padre eterno?
¿bañada queda en roja sangre y pura
la cathólica espada y fuerte diestra?”²*

INTRODUCCIÓN

Los siglos XVI y XVII, considerados como la edad dorada de la España imperial, fueron testigos de cambios sin precedentes en un periodo cronológico durante el cual, pese a la innegable carencia de medios apropiados, los monarcas Habsburgo supieron mejor que cualquier otra potencia contemporánea superar los importantes obstáculos que el tiempo y el espacio, como señala el historiador francés Fernand Braudel, constituyeron en el desarrollo de la labor que supuso la pesada gobernación de un ente de carácter universal, como fue la Monarquía Hispánica.

La ostentación de la hegemonía europea y también global de que disfrutó la Corona Católica, pese al reto que esto supuso, desproporcionado en relación con los recursos financieros y estructurales de que disponía ningún Estado Moderno, fue posible por tanto mediante la potenciación de dos pilares fundamentales. Sobre ellos la monarquía de los Austrias hundiría sus raíces a lo largo de las dos centurias en que, a toque de pluma y golpe de espada, lideraría los avatares políticos, económicos, culturales y materiales del viejo continente, pero también del nuevo: una sólida burocracia y un potente ejército.

En un mundo marcado por las diferencias jurídicas entre los miembros de una sociedad estamental, ambas vías se revelaron como verdaderos canales de promoción y ascenso, merced a los cuales alcanzar honra y honores era si no fácil, al menos posible. De este modo, al igual que con las letras, tomar las armas y entrar bajo el amparo del servicio del rey suponía un excelente medio de acceso a la nobleza, en un ámbito donde los méritos demostrados eran suficientes para convertir un campesino de baja cuna, o un presunto hidalgo de oscuros

¹ El sistema de citas empleado sigue las normas de estilo de publicación de la Revista Complutense de Historia de América

² CERVANTES SAAVEDRA, Miguel: *Canción primera de la pérdida de la armada que fue a Inglaterra*. Madrid, Biblioteca Nacional, ms 2856, fols. 20-22, en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, *Poesías sueltas*, XX.

orígenes, en el prestigioso alcaide de una fortaleza, el insigne capitán de una compañía, el poderoso maestro de campo de un tercio, e incluso el gobernador de un virreinato.

El sangriento conflicto librado en los Países Bajos durante ocho décadas supuso una oportunidad inigualable para que, en ese pulso por el control de unos territorios que reclamaban su independencia frente a la soberanía ejercida desde tiempos del emperador Carlos V, humildes y gentileshombres pusieran a prueba su entereza y alcanzasen una posición social elevada, o simplemente, hallaran una honrosa forma de vida.

Las figuras de Juan Fernández de Velasco y Tovar (1550-1613), Condestable de Castilla y duque de Frías, con categoría de grande de España, capitán general y gobernador de Milán, y la de Domingo de Toral y Valdés (1598-), capitán de infantería española, se manifiestan como el ejemplo idóneo que representaron aquellos hombres que por unos motivos u otros sirvieron en la milicia, quedando irremisiblemente vinculados por el servicio al rey y la defensa de una monarquía, cuyo buen fin dependía en primera y última instancia, de la calidad de los soldados que desde los cuatro puntos cardinales, acometieron el desafío de su preservación.

Gracias a la profunda actualización que el Condestable de Castilla llevaría a cabo en el modelo militar en la década de 1590, adaptándolo a las exigencias de un nuevo tipo de guerra ya lejano de las virtudes caballerescas, el reto que supuso la defensa imperial, desde Milán a Flandes, estuvo acompañado de grandes riesgos pero también de enormes posibilidades. En este contexto político, social y militar que implicó a nobles y plebeyos por igual, se desarrolla el presente trabajo.

A tal efecto, en su realización se ha empleado una amplia variedad de fuentes documentales, entre las que cabe destacar por su inestimable aportación dos de ellas. En primer lugar, la biografía elaborada por Fermín López de Mendizorroz, secretario personal del duque de Frías, en su obra *Observaciones de la vida del Condestable Juan Fernández de Velasco y cifra de sus dictámenes*, que supone pese a su tono hagiográfico, una fuente de contrastado valor histórico. Describe con detalle la trayectoria seguida por Fernández de Velasco, desde su formación en la juventud hasta su fallecimiento en 1613, haciendo especial detenimiento en los años de servicio al rey en el gobierno de Lombardía así como en la campaña de Borgoña, en el contexto de la guerra con Francia y el recrudecimiento del conflicto flamenco.

Originalmente fue publicado en la ciudad de Vigevano, provincia de Pavía, en el año de 1625. Sorprende la poca atención que un documento de su valía historiográfica ha recibido, siendo objeto tan solo de una edición facsímil elaborada por la editorial Órbigo en 2013, en La Coruña, y de la obra dirigida por C.A. González y J. Montero, *De todos los ingenios los mejores. El Condestable Juan Fernández de Velasco y Tovar, V Duque de Frías (c.1550-1613)*, deteniéndose sobre todo en un enfoque cultural y genealógico, pero no político ni militar.

La segunda fuente empleada, fundamental en la elaboración del presente trabajo fin de máster, es la *Relación de la vida del capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por él mismo*. Como su propio nombre indica, se trata de un conjunto documental en el que el mencionado soldado narra el transcurso de su vida, centrándose la mayor parte de la obra, como sucediera con la de López de Mendizorroz, en su etapa de servicio militar, probablemente con objeto de reclamar mercedes por sus actos bajo las banderas del monarca. Recoge mediante un estilo sencillo, frío y directo, sin alardes tan propias de la mayoría de los autores de la época, la crudeza con que se vivía el oficio de soldado en las guerras de su tiempo.

Cabe señalar, nuevamente, el escasísimo uso que una fuente de semejante valía ha recibido, cuyos manuscritos originales se encuentran en la Biblioteca Nacional, siendo tan solo su inclusión en la Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España, en Madrid, 1879, así como el libro de Gerardo González de Vega *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés*, publicado en 2016 por la editorial Miraguano, reimpresión exacta de la realizada en 1879.

A fin de dotar al presente trabajo del debido soporte historiográfico se ha acudido por otra parte, a la consulta de obras tanto actuales como contemporáneas al periodo tratado, con el objeto de ofrecer una perspectiva lo más cercana y rigurosa posible. Para ello, deben destacarse el uso que se ha hecho de pilares clásicos en el género de la historia político-militar, como son las obras *La Revolución Militar*, *El Ejército de Flandes* o *Europa en Crisis*, del profesor británico Geoffrey Parker, o de los estudios tan ampliamente galardonados del hispanista John H. Elliot, *España y su mundo (1500-1700)*, o de su homónimo y miembro de la Royal Historical Society Peter H. Wilson, a través de su reciente investigación en los conflictos modernos publicado en su libro *La Guerra de los Treinta Años*.

A las mencionadas fuentes bibliográficas se incorporan a su vez, otras de semejante valía, como son la innovadora visión que el historiador italiano Raffaele Puddu ofrece sobre la relación entre el Estado, la nobleza y la milicia a través del cuerpo armado en su obra *El soldado gentilhombre*, o el enfoque que desde el ámbito peninsular realiza el diplomático e investigador Julio Albi de la Cuesta con su libro *De Pavía a Rocroi*, otorgando al lector un detallado informe sobre la mecánica, organización y logística de aquellas fortalezas de carne y acero que fueron los tercios de la Monarquía Hispánica.

Junto a otros tantos autores y obras vinculadas con la materia, resulta preciso señalar a su vez la importancia que en la realización del presente trabajo han tenido los escritos contemporáneos realizados entre finales del siglo XVI y mediados del XVII, por tratadistas y veteranos de guerra como Marcos de Isaba o Martín de Eguiluz. Estos, por medio de sus obras *Cuerpo enfermo de la milicia española*, y *Milicia, discurso y regla militar*, respectivamente, ofrecen una información concisa y contrastada de extraordinario valor sobre los fundamentos y requisitos entre otros aspectos, en los que se fundamentó la operativa del ejército de la Monarquía

Finalmente, ha de indicarse la labor de investigación llevada a cabo mediante la búsqueda propiamente de documentos de archivo, en la que con el deseo de contrastar las versiones ofrecidas por el Condestable de Castilla y el capitán Domingo de Toral en sus citados escritos, se ha tratado de localizar consultas de estado, hojas de servicio y pleitos de hidalguía correspondientes al periodo y a los hechos tratados, que corroborasen la información aportada por los mismos. Un proceso para el cual se ha recurrido al Archivo General de Simancas, al Archivo de la Real Chancillería de Valladolid -donde se ha localizado un pleito de hidalguía del capitán Domingo de Toral de carácter inédito, con el que se pretende realizar una publicación en lo sucesivo-, y finalmente al Archivo General de Indias, cuyos fondos digitalizados han facilitado enormemente el estudio dada su lejanía geográfica.

Condicionado por la extensión que marca la normativa, se ha estructurado el presente TFM en cuatro grandes capítulos. El primero, se orienta a una necesaria contextualización de las circunstancias en que se sucede el complejo cambio de siglo tras la muerte de Felipe II. Las diferencias que se observan con la década de 1620, permite distinguir los desafíos y problemas a los que la Monarquía, y por ende las citadas figuras, tendrían que hacer frente respondiendo al momento de su época, unidos por el servicio al rey.

El segundo capítulo trata a su vez, del conjunto de cambios sucedidos en los ejércitos y los sistemas defensivos desde mediados del siglo XVI, que llevarían a que en los últimos años de la centuria, habiendo cambiado radicalmente la naturaleza de la guerra, se diera el desarrollo de una renovada práctica militar ejemplificada en el Condestable conforme a los requerimientos del nuevo sistema de combate. A continuación, el tercer gran apartado del estudio reúne las características de la España del Siglo de Oro, definiendo el retrato del nuevo soldado, convertido ya en un técnico de la guerra, capaz de cumplir los más diversos cometidos en el nuevo tipo de guerra de desgaste, basada en sitios, asedios, reconocimientos, salidas y asaltos junto a los muros de las guarniciones.

Finalmente, el último capítulo del trabajo ha querido reflejar, mediante un caso representativo como fue el sitio de la ciudadela de Bergen Op Zom en 1622 por las fuerzas del general Ambrosio Spínola, el funcionamiento del nuevo canon militar desarrollado por Fernández de Velasco, con Domingo de Toral como protagonista. Así pues, con este esfuerzo se espera dar rostro a aquellos “señores soldados” como los llamara el duque de Alba, que llevando el aspa de Borgoña a las fronteras del imperio más poderoso de su tiempo se batieron contra la adversidad, las penurias, la pobreza y un enemigo acérrimo, con una impassibilidad estoica al son de los tambores, el estallido de la pólvora, y el crujido de los aceros.

*“Y métasele en la cabeça, que ha de ser Capitán, aunque no todos lo pueden ser ni son para ello, pero acertará mejor a gouernarse. Y considerar que nuestros antepassados, que han sido Capitanes y Maestros de Campo, no nacieron con los cargos, sino que con su buen ánimo, diligencia y bien seruir honradamente lo alcançaron”*¹

1. UN MUNDO, DOS REALIDADES. CONDESTABLES Y CAPITANES

En el largo marco temporal que comprende la hegemonía hispana durante los siglos XVI y XVII, pueden apreciarse con claridad la existencia de una España y de dos realidades, no obstante, de una misma e inequívoca realidad: la incansable defensa por la integridad política y territorial de la Monarquía. Así, desde el rey-Emperador Carlos V hasta la llegada del primer Borbón al trono regio, Felipe de Anjou, atravesando los largos reinados del Rey Prudente o de su cultísimo nieto, el cuarto Felipe, esta constante será el eje vertebrador del conjunto absoluto de aspectos vinculados con la gobernanza de los diversos reinos. La hacienda, la fiscalidad, la toma de decisiones, todo ello se verá condicionado por una causa mayor que no entenderá de previsiones adversas o auspicios sombríos, sino de reputación y sobre todo de legitimidad jurídica en aras de un único horizonte posible; la perpetuidad del legado imperial.

A este respecto, merece la pena observar cómo la Historia adolece con cierta frecuencia de una triste tendencia a olvidar que, si bien los hechos acontecidos son estudiados desde el presente con carácter geopolítico, lo cierto es que quienes los protagonizaron fueron hombres, seres de carne y hueso que con sus fortunas y desgracias, avatares y decisiones, cincelaron el proceder del tiempo. Así pues, si aquel homérico proyecto trazado por la que fue la Monarquía más poderosa de su era, el corazón por antonomasia de la cristiandad católica, fue posible hasta donde alcanzó el aliento de su pueblo, ello se debió exclusivamente al sacrificio acometido por sus gentes. Unos hombres que edificaron el Estado Moderno, que impulsaron la técnica burocrática, que redescubrieron el indispensable valor de la diplomacia, y que recorrieron el orbe desde la vieja Europa hasta sus antípodas para, atroces o no, exponer sus vidas en las cien brechas del Imperio.

¹ EGUILUZ, Martín: *Milicia, discurso y regla militar del capitán Martín de Eguluz, bizcaíno*, Amberes, 1595, Libro I, pp. 3-4.

De este modo, en un proyecto de semejantes dimensiones como fue la incansable defensa del legado territorial, resulta *conditio sine qua non* rescatar la imprescindible aportación realizada por los protagonistas de tan magna empresa, sin los cuales el intento de comprensión de cuanto significó la Monarquía Hispánica en la Edad Moderna quedaría no solo incompleto, sino fatalmente sesgado. Así, junto al evidente liderazgo en materia política, económica y estratégica ostentado por los respectivos soberanos Habsburgo, cabe destacar la implicación decisiva que tuvieron aquellos otros cuyo paso por el mundo no ha dejado el mismo eco en la historia, pero cuya perspectiva vital completa, ilustra y dota de sentido el alcance no solo material, sino cultural, que supondría para la posteridad tal intento de la Monarquía Católica.

1.1 Guerra, linaje y memoria

De todo el maremágnum de hombres que llevaron a cabo servicios bajo el auspicio de la autoridad regia, ya fuere asiendo la pluma bajo la tenue luz de las velas o esgrimiendo las armas en las plazas más lejanas del Imperio, cabe rescatar de los anales archivísticos la estela dejada por dos figuras tan aparentemente antagónicas como próximas entre sí: Juan Fernández de Velasco (1550-1613), gobernador y capitán general del Milanesado, y Domingo de Toral y Valdés (1598-), capitán de infantería española. Entre ambos conformarán un binomio sumamente complejo y repleto de matices, capaz de representar con exactitud el significado y el pensamiento propios de su época, ejemplificando el sino de tantos cientos miles de otros compatriotas que compartieron similar función en la vasta maquinaria que constituyó la monarquía de los Austrias.

Si bien hombres de armas en sendos casos, la diferencia social y jerárquica existente entre uno y otro no podría ser más abrumadora, pues como ya ha podido advertirse el primero no solo ostentará el honor de servir bajo los mencionados cargos político-militares, sino que habrá de cumplir a su vez con las obligaciones inherentes a su posición como VI Condestable de Castilla, V duque de Frías, VII conde de Haro, IV marqués de Berlanga, conde de Castilnovo, señor de la Casa de Velasco y de la Casa de los Siete Infantes de Lara, señor de las villas de Villalpando y Pedraza de la Sierra, camarero mayor de Felipe II, copero mayor de Felipe III, y grande de España.

A pesar de todo, las numerosas funciones como cortesano y señor además de político y militar, no impedirían tal y como muestra la obra elaborada por su escribiente Fermín López de Mendizorroz, que Fernández de Velasco desarrollase aún en edad prematura una ferviente devoción bibliófila tanto por el ejercicio de las letras como por el estudio de los clásicos de la antigüedad, llegando a dominar las lenguas grecolatinas además del italiano y el francés.

Debido a ello, “*todas sus acciones fueron de hombre consumado en la materia que trataua*”², consagrándose de este modo el Condestable como uno de los más insignes miembros de la Corte, perfecto modelo del gentilhomme renacentista, acumulando en su haber una de las colecciones documentales más notorias de la Europa moderna, con más de cuatro mil volúmenes dispuestos en diversas propiedades que abarcaban desde textos litúrgicos de los Padres de la Iglesia y composiciones de épica o drama poéticas, hasta obras completas de derecho civil e historia romana, tales como las *Inscriptiones antiquae totius orbis Romani*, de Janus Groterus³.

Un ambicioso compendio documental, en definitiva, que dotaría al Duque de Frías del preciso bagaje histórico, político, y filosófico, “*prouisión necessaria para quien hauía de ocupar diuersos puestos de paz y guerra, columnas de que pende la conseruación de los Reynos*”⁴, sobre el cual erigir un modelo militar reformado, evolucionado, adaptado a las mudables circunstancias y necesidades de su tiempo, a la altura de los avances de la técnica bélica; un modelo nuevo para un tipo de guerra nueva.

Por el contrario, alejado de la vida cortesana y palaciega propia de los estamentos nobiliarios, se encontraría Domingo de Toral, “*hijo de Juan de Toral (...) y María de Costales, entrambos hijos-dalgo*”⁵, quien tras quedar huérfano de madre y a cargo de dos hermanos, “*se determinó bajar á Castilla (...) para el remedio de este cuidado y de la pobreza, que obrando*

² LÓPEZ DE MENDIZORROZ, Fermín: *Observaciones de la vida del Condestable Juan Fernández de Velasco y cifra de sus dictámenes*. Vigevano, Juan Baptista Malatesta. Impresor Real, 1625, p. 3.

³ MONTERO DELGADO, JUAN: “Libros y lecturas poéticas del Gobernador de Milán: Épica vernácula en la biblioteca de Juan Fernández de Velasco, V Duque de Frías”, en *ILCEA De la bibliothèque intérieure á la bibliothèque collective: libres et lectures en Espagne (XVIe-XXIe siècles)*, 2016, p. 4.

⁴ LÓPEZ DE MENDIZORROZ, Fermín: *Observaciones de la vida del Condestable Juan Fernández de Velasco y cifra de sus dictámenes*. Vigevano, Juan Baptista Malatesta. Impresor Real, 1625, p. 2.

⁵ DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Colección de documentos inéditos para la historia de España, Madrid, 1879, tomo LXXI, pp. 497 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

con extremos opuestos ó anima ó desatenta”⁶, abandonando así su Asturias natal para buscar sustento y mejor fortuna en la que era ya la capital del mundo.

Allí habría de hallar cierto consuelo, al lograr mantenerse como paje “*de un señor que ocupaba un puesto de los más preeminentes de España*”⁷ durante cuatro años, trazando después un sorprendente periplo al decidir ausentarse de su casa para “*peregrinar por España como otro lazarillo de Tormes*”⁸ hasta que, cansado de la precaria vida del viajero, decidiera retornar a Madrid y solicitar servir de nuevo bajo el amparo de su antiguo señor, obteniendo con cierta sorpresa permiso para ello.

Sin embargo, retratando la vida picaresca tan representativa de aquella España moderna, Toral pronto se vería abocado a un exilio forzoso cuando tras elevar “*movidos de la envidia*”⁹ los otros pajes una queja sobre este al señor, el noble decidiera amonestarle prescindiendo de sus servicios. Sentido de ello, el joven decidiría tomarse la venganza por la afrenta recibida por su propia mano, refiriendo en la relación por él autografiada cómo “*á un criado y mi deudo, que había sido la principal causa de mi mudanza, le esperé en parte estrecha y le dí dos estocadas, que entendiendo que le había muerto me ausenté de Madrid y paré en Alcalá de Henares*”¹⁰.

Será entonces cuando en 1615, tras varios meses de vagar por la villa de la corte y experimentar sendas pependencias en las que el joven sería asaltado y acuchillado, este decidiría con poco más de diecisiete años asentar plaza de soldado en la compañía de Don Cosme de Médicis, hijo de Don Pedro de Médicis, pese a las objeciones del alférez encargado del reclutamiento. Este último, advirtiéndole “*que era muchacho que venía de casa de mi padre, que no sabía lo que pedía, que lo pensase bien*”¹¹, accedería al alistamiento finalmente contra su voluntad, pues “*hay hombres de consideración tan madura que quieren más perder de su oficio y derecho que no que se siga un daño notable*”¹².

⁶ *Ibídem*, pp. 497.

⁷ *Ibídem*, pp. 497.

⁸ *Ibídem*, pp. 497.

⁹ *Ibídem*, pp. 497.

¹⁰ *Ibídem*, pp. 497-498.

¹¹ *Ibídem*, pp. 498.

¹² *Ibídem*, pp. 498.

De este modo Juan Fernández de Velasco y Tovar, Condestable de Castilla, legítimo heredero de una antiquísima casa de rancio abalengo, y Domingo de Toral y Valdés, segundo hijo de una de aquellas prolíficas y famélicas familias que dieron aquel enorme contingente de soldados que Castilla sacó de sí, quedarían irremisiblemente unidos por un vínculo omnipresente sustentado sobre los pilares del servicio al rey. Un ejercicio, el de las armas, definido por un sentimiento no de patriotismo, término aún embrional respecto a su acepción actual, sino por la devoción cuasi sacral hacia el monarca y el fervor católico con que se le identificaba¹³, y que llevaría a ambas figuras pese a su desigual origen y condición en pos de honor, nobleza y fortuna a los confines de la monarquía hispana.

Ambos hombres simbolizan a la perfección el funcionamiento de una mentalidad moderna tan fuertemente condicionada por la importancia del pasado. Así, durante más de tres centurias los términos casa, linaje y familia, empleados sinonímicamente por los genealogistas en referencia al conjunto de parientes congregados en torno a un ascendiente común, se constituyeron como vértices fundamentales sobre los que se articularía por completo la organización social del Antiguo Régimen¹⁴. Se advierte pues con evidente claridad, aquella máxima dominante en la España moderna que dictaba “*la gloria de los hijos está en sus passados... La memoria y hechos de sus passados, despierta y enciende a mayor vigor los coraçones de cualquier gente que sea noble con un vigor maravilloso de la naturaleza*”¹⁵.

A tales efectos, la noción del linaje y la historia de los ascendientes profundizará con tal arraigo en el sentir social de los siglos XVI y XVII, que llevaría indistintamente al VI Condestable de Castilla a abandonar los placeres y lujos de la corte para exponer la vida combatiendo en Borgoña y Lombardía, pero también a Domingo de Toral, miembro de una familia humilde de dudosa hidalguía tal y como demuestra el pleito mantenido desde 1639 en la Real Chancillería de Valladolid¹⁶. Así pues, el mencionado capitán de infantería, tras haber

¹³ MARAÑÓN Y POSADILLO, Gregorio: *Antonio Pérez: El hombre, el drama, la época*. Madrid, Espasa-Calpe, 1977, vol I, pp. 126.

¹⁴ MOLINA RECIO, Raúl: *La nobleza española en la Edad Moderna: Los Fernández de Córdoba. Familia, riqueza, poder y cultura*. Universidad de Córdoba, 2004, p.74.

¹⁵ PUDDU, Raffaele: *El soldado gentilhombre. Autorretrato de una sociedad guerrera: la España del siglo XVI*. Barcelona, Argos Vergara, 1984, p.101.

¹⁶ En el mencionado pleito se advierten tres sentencias referentes a la concesión de la condición de hidalguía, las dos primeras favorables y la última de ellas contraria a la reclamación del solicitante. Al no haberse hallado registro de que hubiera sido elaborado una ejecutoria final del pleito, como correspondería, se deduce que este fue abandonado, quedando irresoluto de manera definitiva. Se desconoce por tanto si el peticionario lograría la condición hidalga, aunque se intuye que probablemente no. Para más información, véase Archivo de la Real Chancillería de Valladolid, Hijosdalgo, ES.47186, caja 900, 11, *Pleito de Domingo de Toral y Valdés, capitán, vecino de Illescas (Toledo)*, 1639.

servido al monarca arriesgando incansablemente su existencia desde las lóbregas trincheras de Flandes hasta los remotos baluartes de las Indias Orientales, en la campaña de La Inclusa, el sitio de Bergen Op Zoom o la supervisión y recuperación de los baluartes de Goa y Mombasa, no dudaría en iniciar un largo y costoso litigio querellándose contra el concejo de la villa de Illescas -donde residiría una vez licenciado-, reclamando su pertenencia a la condición hidalga.

De este modo, arguyendo como recoge el litigio, “*que siendo como mi padre es hijodalgo notorio de sangre*¹⁷ *de los dichos su padre, abuelo, bisabuelo, tercero abuelo y demás antecesores por línea recta de barón*”¹⁸, el infante se resistía dado su supuesto estatus nobiliario, aunque se tratase del escalafón más bajo del mismo, a “*pechar ni contribuir en pechos de pecheros ni en las demás deramas reales y concejales en que an pechado y pechan los buenos onbres pecheros del dicho concejo*”¹⁹.

No en vano insistía el veterano soldado, reivindicando ser uno de aquellos hidalgos que de su refugio en las cordilleras septentrionales se había desparramado hacia la meseta en busca de cargos y empleos, que como había sido “*siempre y continuamente por tiempo inmemorial*”²⁰, a las gentes de su distinguida ascendencia continuaran siéndoles guardadas “*todas las franquezas y libertades que se suelen y acostunbran guardarlas a los hijosdalgo destos reynos, por serlo mi padre y sus antezesores, y no por otra caussa ni raçón alguna*”²¹.

En aras de corroborar su demanda ante la falta de un padrón de registros, el capitán recurriría a uno de los medios más extendidos para acreditar la hidalguía, como fuera la ostentación de escudos o posesión de viviendas de corte nobiliario, además de los diversos testimonios incluso en el pleito²². De este modo, el infante afirmaríase disponer en el término de su Villaviciosa natal de una casa solariega con un escudo sobre la entrada, tratando de demostrar así que “*la dicha cassa y solar del nombre y apellido de Toral [era] de notorios hijosdalgo de*

¹⁷ Cabe señalar como entre el estamento de hijosdalgo se distinguían dos condiciones muy diferentes; por un lado aquellos de “notoria nobleza”, esto es, cuyos linajes no admitían réplica alguna, y por otra parte aquellos de “nobleza de ejecutoria”, que congregaban a quienes habían debido pleitear para adquirir y demostrar su ascendencia privilegiada.

¹⁸ ARCHV, Hijosdalgo, ES.47186, caja 900, 11, fol. 3, *Pleito de Domingo de Toral y Valdés, capitán, vecino de Illescas (Toledo)*, 1639.

¹⁹ *Ibidem*, fol. 3.

²⁰ *Ibidem*, fol. 3

²¹ *Ibidem*, fols. 3-3v

²² DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio: *La sociedad española en el siglo XVII (I)*. Granada, Universidad de Granada, 1992, p. 173.

sangre de mucha calidad, (...) y de las primeras pobladoras del dicho”²³, hallándose además, dotada “*de nombre, armas y apellido de grande antigüedad y nobleza, (...) con grandes atributos y preminencias*”. A ello se aducía igualmente, el hecho nada desdeñable de que “*la cassa a sido y es cassa y centro de antiquissimo edificio, que denota grande antigüedad y por ser comúnmente estimada y reputada la dicha cassa por solariega el lugar de Toral*”²⁴.

No obstante, tras el desarrollo de un pleito largo y complejo en el que se dictaminaría una primera sentencia provisional favorable, una segunda desmentiría las bases en que se habían fundamentado las probanzas del demandante, alegando en su contra que “*la dicha rreal probisión fue ganada por siniestra rrelación*”, acentuada por su matrimonio con “*Catalina de Páramo, muxer del dicho capitán Domingo de Toral, por ser muxer llana y pechera*”²⁵. Un hecho nada inusual por otra parte, como señala Domínguez Ortiz, puesto que en la confrontación que se daba entre la presión de unos interesados que trataban de introducirse en las ventajas que reportaban los estamentos privilegiados, y unos municipios de evidente mayoría plebeya, el incremento del número de hidalgos en la villa perjudicaba como resulta lógico, a una masa menos numerosa que debía seguir contribuyendo en igual cuantía, con el consiguiente incremento de su carga fiscal²⁶.

El otorgamiento de la condición privilegiada dependería de este modo, de una resolución final que sancionara o retirase la respectiva demanda de Domingo de Toral, inscribiendo su nombre en los registros en “*el lugar que le tocare, si fuere ydalgo por ydalgo, y si fuere pechero por pechero*”²⁷. Sin embargo, la ausencia de una ejecutoria final como acostumbraba en tales procesos, impide confirmar si el veterano de Flandes lograría al fin, tras una vida dedicada al servicio regio, una pretendida hidalguía por la cual desde luego litigó con insistencia.

Y es que en aquella complejísima España imperial, donde perduraba aún y lo haría durante largo tiempo más el modelo de sociedad estamental, la movilidad social constituía pese a ello una realidad innegable, siendo la honra nobiliaria una meta tan difícil de retener para los duques, condes y marqueses que a ella habían arribado, como ambicionada por los funcionarios,

²³ ARCHV, Hijosdalgo, ES.47186, caja 900, 11, fol. 19v, *Pleito de Domingo de Toral y Valdés, capitán, vecino de Illescas (Toledo)*, 1639.

²⁴ *Ibidem*, fols. 3, 53v-54.

²⁵ *Ibidem*, fols. 11v.

²⁶ DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio: *La sociedad española en el siglo XVII (I)*. Granada, Universidad de Granada, 1992, pp. 173-174.

²⁷ ARCHV, Hijosdalgo, ES.47186, caja 900, 11, fol. 11v, *Pleito de Domingo de Toral y Valdés, capitán, vecino de Illescas (Toledo)*, 1639.

mercaderes, y campesinos que a esta aspiraban. En consecuencia, grandes de España como Fernández de Velasco o pobres buscavidas como Toral, habrían de emplear todos sus esfuerzos bien para mantener una posición privilegiada, bien para promocionar en la jerarquía social y posibilitar su acceso a ella, en un truculento camino que implicaría irrevocablemente, en sendos casos, al servicio regio, pues “*así como las dos cosas principales con que se adquiere la nobleza y se conserva, son las armas y las letras*”²⁸.

Este servicio que ambas figuras llevarían a término bajo las banderas de la Monarquía, respondía a la indispensable necesidad de conservación de la integridad del legado territorial, un factor determinante al que ya se ha aludido anteriormente, y que en consonancia con la percepción ideológica imperante en la época, había de responder en todas y cada una de las acciones que los soberanos hispanos decidiesen emprender, al concepto de guerra justa. A tales efectos, no era necesaria argumentación alguna para emprender hostilidades contra naciones de carácter infiel, véase el Imperio Otomano, pero sí era preciso sin embargo demostrar con rigurosidad, la licitud jurídica y moral que pudiese poseer determinado monarca para realizar una declaración de guerra a otro de los príncipes pertenecientes a la cristiandad; un mecanismo pergeñado en aras si no de acabar, al menos de limitar las matanzas cada vez más cruentas entre los seguidores de la doctrina romana. Así, el inicio de la acción bélica se hallaba sometido a atentas verificaciones y sólo resultaba plenamente legitimada cuando fuere acometida por causas justas, públicas y relevantes²⁹.

Por ende, dado el inconmensurable esfuerzo humano y material invertido en el desarrollo del proyecto de defensa de la totalidad imperial, resulta preciso preguntar, ¿qué motivaciones legales ostentaron tanto los Reyes Católicos como los Austrias para su justificación? ¿Y por qué constituía este el *súmmum* para la supervivencia de la Monarquía Hispánica?.

²⁸ LÓPEZ DE MENDIZORROZ, Fermín: *Observaciones de la vida del Condestable Juan Fernández de Velasco y cifra de sus dictámenes*. Vigevano, Juan Baptista Malatesta. Impresor Real, 1625, pp. 3.

²⁹ PUDDU, Raffaele: *El soldado gentilhomme. Autorretrato de una sociedad guerrera; la España del siglo XVI*. Barcelona, Argos Vergara, 1984, pp. 96-97.

1.2 Un imperio tripartito. La legitimación del conflicto flamenco

A fin de facilitar la comprensión de los complejos factores que determinarían la férrea perseverancia de los Habsburgo en la conservación integral del patrimonio monárquico, y con ello la vida del Condestable y Domingo de Toral, resulta preciso remontar el presente análisis histórico hasta los comienzos de la decimosexta centuria, cuando tras el fallecimiento de Isabel de Trastámara, primero, de Felipe el Hermoso poco después, y la incapacitación jurídica reconocida a la esposa de este, la infanta Juana, la autoridad gubernamental de los reinos peninsulares recayese sobre los hombros de Fernando de Aragón.

No obstante, en virtud de la serie de fatales circunstancias que desencadenaron en la prematura defunción de su descendencia directa, la línea hereditaria otorgará tras alcanzar la mayoría de edad la corona al nieto de ambos, Carlos de Habsburgo. Un legado sin embargo mucho mayor de lo vaticinado, al comprender no solo los reinos de Castilla, Navarra y Aragón con sus respectivos territorios en el recién hallado Nuevo Mundo, norte de África e Italia, sino también los derechos legítimos sobre el condado borgoñón, con todo lo que ello habría de implicar.

De este modo, cuando el joven nacido en Gante y educado bajo la influencia flamenca arribase a las costas del norte de la península en 1517, habrá de enfrentarse a unos reinos cuya élite aristocrática se halla dividida entre quienes corresponden y suscriben su papel como sucesor al trono, y quienes viendo en dicha figura un soberano que pretende impulsar la sustitución del modelo político, burocrático y fiscal castellano por el ejercido tradicionalmente en la región borgoñona, no acepte la instauración de la oligarquía flamenca ni la concesión de cargos, oficios y prebendas de importancia que se realizará a los mismos³⁰.

El descendiente Habsburgo habrá de lidiar en consecuencia entre 1521 y 1522, con la sublevación de los movimientos populares y nobiliarios denominados *Comunidades* y *Germanías*, cuya indiscutible derrota militar en ocasiones como la de Villalar, no hará sino reforzar su poder como soberano, merced al apoyo de determinados sectores de la propia nobleza castellana favorables a su causa. Cabe destacar así, como el desarrollo político de la Monarquía Hispánica no dependió únicamente de la singular voluntad del soberano, sino que

³⁰ ECHEVARRÍA BACIGALUPE, Miguel Ángel: *Flandes y la Monarquía Hispánica (1500-1700)*. Madrid, Sílex, 1998, pp. 59-60.

esta fue una empresa en la cual castellanos, aragoneses y navarros habrían de ser partícipes directos en su conjunto.

Sería en estos momentos, ilustrando la incalculable relevancia que en la vida de los presentes ocupa la memoria de los pasados, que “*en los oydos de los prudentes (...) les diga la gloriosa estirpe de sus claros ascendientes*”³¹, cuando Íñigo Fernández de Velasco y López de Mendoza (1462-1528), II duque de Frías, IV conde de Haro, caballero del Toisón de Oro, bisabuelo del Condestable, desempeñara una labor crucial al brindar su apoyo al monarca Habsburgo, tomando parte en la Guerra de las Comunidades y liderando los ejércitos imperiales contra los comuneros alzados en flagrante rebeldía. Una actuación que, pareciendo “*que en sus venas tiene la sangre de Austria*”³², se correspondía con la posición de apoyo que dicha casa mantenía respecto al trono desde sus orígenes, tal y como hiciera a su vez décadas atrás el tatarabuelo del duque de Frías, Pedro Fernández de Velasco y Manrique (1425-1492), II conde de Haro, merino Mayor de Castilla, virrey y capitán general del Reino de Navarra, participando junto a los Reyes Católicos en la toma de las plazas de Úbeda, Baeza, Gibraltar y Archidona, durante la última etapa de la Guerra de Granada³³.

Tales hechos, cabe señalar, revisten gran importancia, no sólo porque influirían de manera determinante en el modelo militar que el Condestable, fiel a “*la deuoción de su casa, cuya sangre no ay cerro ni llano en Castilla que no aya bañado, derramada en defensa de la santa fe católica*”³⁴, habría de configurar en los albores del siglo XVI, sino porque las acciones llevadas a término por los citados ascendientes coinciden con lo que el filósofo José Ortega y Gasset denominaría “el primer brote de seriedad”³⁵.

³¹ CERVANTES SAAVEDRA, Miguel: *Canción primera de la pérdida de la armada que fue a Inglaterra*. Madrid, Biblioteca Nacional, Madrid, ms 2856, fols. 20-22, en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, *Poesías sueltas*, XX.

³² *Ibidem*.

³³ Cabe señalar que el cargo de “Condestable de Castilla” fue otorgado por Enrique IV de Trastámara en 1473 a Don Pedro Fernández de Velasco y Manrique, II conde de Haro, merino mayor de Castilla, Virrey y capitán general del Reino de Navarra (1425-1492), tras el asesinato de su predecesor, Don Miguel Lucas de Iranzo. El título, dotado de carácter hereditario en virtud de los servicios prestados por este al monarca en la última etapa de la Reconquista, sería ratificado posteriormente por los Reyes Católicos al brindarles este su apoyo durante la Guerra de Sucesión castellana, siendo patrimonializado en lo sucesivo por el primogénito de la Casa Velasco.

³⁴ LÓPEZ DE MENDIZORROZ, Fermín: *Observaciones de la vida del Condestable Juan Fernández de Velasco y cifra de sus dictámenes*. Vigevano, Juan Baptista Malatesta. Impresor Real, 1625, p. 100.

³⁵ ORTEGA Y GASSET, José. *Mirabeau o el político, Contreras o el aventurero*. Madrid, El Arquero, 1974, pp. 69-70.

De este modo, comenzará a desarrollarse un nuevo tipo de sociedad en la que las gentes empiezan a servir realmente para aquello que se les encomienda, constituyendo el reinado de los Reyes Católicos el punto crucial a partir del cual la mentalidad social de un giro drástico. Surgiría así la percepción del hombre de Estado, que comienza a considerar que su vida tan sólo cobrará pleno sentido dedicándola con total escrupulosidad al servicio de una función, a lograr efectivamente lo proyectado, a conseguir la máxima eficacia³⁶. Será precisamente merced a esta nueva mentalidad colectiva, de donde la Monarquía Hispánica obtendrá las legiones de soldados, burócratas, gobernadores y funcionarios que mantendrían fieramente el pulso del imperio hasta su reticente final.

Continuando con los factores que determinaron la inquebrantable defensa del legado territorial, cabe señalar como tras hacer valer sus pertinentes derechos dinásticos en el Sacro Imperio Germano hasta lograr el apoyo de los príncipes alemanes en la sucesión regia, Carlos V, en contra de todo pronóstico realizado por aquellos hombres de la alta jerarquía que se habían rebelado junto a los comuneros por el supuesto apartamiento a un segundo plano a que iba a ser sometida la Península Ibérica con su entronización, la realidad se mostraría muy diferente.

Así pues, Carlos V no sólo no desestimó los reinos hispánicos como fuente de la hegemonía imperial que consolidaría en lo sucesivo, sino que advertirá con notoria prontitud que Iberia habría de desempeñar una función clave en la estrategia política. En primera instancia, porque debido a su localización geoestratégica, entre el océano Atlántico y el *Mare Nostrum* latino, así como vía obligatoria para la comunicación entre Europa y el continente africano, resultaba un enclave fundamental desde el que controlar y refrenar cualquier iniciativa expansionista que pudiere emanar del reino galo, enemigo ya antiguo no solo de Castilla y Aragón, sino de la propia Borgoña. Un sitio a Francia, que se complementará con la presión ejercida desde los territorios centroeuropeos también bajo el aura de poder del emperador Habsburgo, y que hará temer al resto de naciones por la peligrosa deriva que tomaban los acontecimientos respecto a sus propios intereses.

En segundo lugar, el proyecto político ideado por Carlos V hundía sus pilares maestros a su vez en el control de Flandes, territorio cuya ubicación entre el Mar del Norte y el Báltico permitía un acceso directo de crucial trascendencia no solo a la remota isla anglonormanda, sino también a la Germania Superior, región de sobresaliente desarrollo mercantil y financiero

³⁶ *Ibidem*, pp. 68-69.

merced a la cual se realizaba el abastecimiento de productos básicos no sobrantes en el resto de Europa, tales como trigo, madera o pez.³⁷

Por último, con el dominio alcanzado a lo largo del primer tercio del siglo XVI de la península italiana, primero de Nápoles y Sicilia y de Lombardía y Milán, considerada históricamente como la *Porta de Europa*, el sistema ideado por el emperador se cerraba a la perfección, garantizando el estatus hegemónico tanto en el continente como en las nuevas tierras americanas, que ya habían dado portentosa prueba de su riqueza tras las expediciones de los primeros conquistadores. En otros términos, con el dominio de unos reinos ibéricos que proveían de metales preciosos y cuantiosos hombres de impagable valía militar, el gobierno de Flandes, sede tradicional de un pujante capitalismo comercial, y el control del norte italiano, donde residía la financiación futura del imperio en manos de prestamistas genoveses como los Centurione o los Grimaldi, se instauraba un sistema estratégico de trazado triangular, de cuya preservación de cada uno de los vértices del mismo dependía la vigencia del poderío político hispánico.

A tales efectos, cuando en 1555 tiene lugar la *Paz de Augsburgo* en la cual Carlos V dispone el traspaso del vasto imperio que ha regentado durante casi cuatro décadas a su primogénito, Felipe II, a excepción del Sacro Imperio que pasará a ser gobernado satelitalmente por su tío Maximiliano de Habsburgo, el que será recordado por la historia como el Rey Prudente se convertiría en la nueva cabeza de una Monarquía Hispánica que habrá de consolidar definitivamente durante su largo reinado. Una transmisión cabe señalar, que tras la *Transacción de Augsburgo* y el decreto de la *Pragmática Sanción* de 1549³⁸, confirmaba al nuevo monarca como señor natural de cada uno de los citados territorios. Un aspecto trascendental que la historiografía parece haber pasado por alto en no pocas ocasiones, y que en el caso particular de Flandes devendrá posteriormente en la libranza de una guerra de escala continental que habría de prolongarse durante ocho décadas.

³⁷ ECHEVARRÍA BACIGALUPE, Miguel Ángel: *Flandes y la Monarquía Hispánica (1500-1700)*. Madrid, Sílex, Madrid, 1998, pp. 60-61.

³⁸ Cabe precisar, que tanto la *Transacción de Augsburgo* como la *Pragmática Sanción*, sancionadas en 1548 y 1549 respectivamente, habían sido convenidas en aras de favorecer la transmisión hereditaria de los territorios flamencos en la persona de Felipe II, convirtiéndolo tras establecer la no necesidad de que los representantes borgoñones acudiesen a la Dieta o su no dependencia respecto a los tribunales imperiales, en señor único de los mismos.

Dicho factor determinante no será otro sino el principio legal universal que rigió durante la Edad Media y los siglos modernos bajo la denominación latina de *aeque principaliter*, o unión principal, en virtud de la cual quedaba establecido que en aquellos casos en los que un territorio o reino fuere agregado a un ente mayor por vía hereditaria, sucesoria, donde hubiere lícita aceptación por ambas partes de lo convenido, el conjunto resultante debía, por imperativo legal, ser traspasado en la línea dinástica correspondiente de forma íntegra, imposibilitando su parcelación ulterior por muy conveniente que esta pudiese resultar. Un hecho que explicará por sí mismo, al margen de la existencia de otras motivaciones de naturaleza política, económica, religiosa o militar, las eternas confrontaciones que los monarcas hispanos habrán de mantener frente al resto del mundo durante dos centurias para defender aquello que por derecho legítimo les correspondía, y en las que Torales y Velascos sin distinción, habrían de tomar parte.

Así pues, resulta preciso subrayar la relevancia de que con las cláusulas de 1555 Felipe II recibirá de manos de su progenitor no sólo el legado imperial, sino a su vez y muy especialmente, una concepción orgánica muy propia de la época, en virtud de la cual se consideraba a cada uno de los reinos integrantes de la monarquía como si de miembros de un mismo cuerpo se tratara, siendo un hecho la relación de interdependencia existente entre ellos. De este modo la política filipina, así como la de sus posteriores sucesores, asumirá profundamente la citada concepción del sistema estratégico tricéfalo, con Madrid, Milán y Bruselas como principales ejes del mismo, en cuya unión se habrá de basar el sostenimiento de la hegemonía hispana, tal como manifestaría el propio monarca al afirmar que;

“Fue su vida llena de cuydados, como la de vn texedor, que tiene la tela repartida en diversos hilos y trabaja con manos, y pies, y ojos”, gobernando con “... el corazón repartido en hilos. Vn hilo en Flandes, otro en Italia, otro en África, otro en el Perú, otro en la Nueva España, otro en los ingleses católicos, otro en la paz de los príncipes christianos, otro en las aflicciones del Imperio, con notable atención a diversos gobiernos y peligros”³⁹.

No obstante, como resulta evidente, la firme resolución de defender dicha red estructural no responderá únicamente a la legitimidad *de iure* que el segundo Felipe ostentará en su haber, sino también y de manera especial a otro complejo conjunto de factores de carácter político, económico y geoestratégico, de cuyo buen fin dependerá tanto o más la primacía del entramado monárquico.

³⁹ PORREÑO, Baltasar: *Dichos y hechos del señor rey Don Felipe Segundo el Prudente, Potentísimo y Glorioso monarca de las Españas y de las Indias*, Madrid, Editado por Melchor Sánchez, 1663, pp. 9.

Así pues, Geoffrey Parker ha señalado a este respecto la urgente necesidad en que se habrán de ver inmersos los sucesivos soberanos de controlar, gobernar y defender la encrucijada flamenca en base tres factores fundamentales; mantener sumisa a Francia bajo la certeza de que un movimiento en falso que pusiera en alerta a las autoridades españolas provocaría el inmediato descenso de las tropas acantonadas en Flandes, apenas a unas jornadas de París; trasladar el teatro bélico de operaciones lejos de los territorios peninsulares, y por último, evitar de este modo que los reinos enemigos dirigiesen su atención hacia otras regiones claves de la Monarquía, tales como los territorios americanos o el Milanesado⁴⁰.

A tales efectos, garantizar un control efectivo de los Países Bajos se habrá de convertir para los monarcas hispanos en una apremiante necesidad, de manera que incluso posteriormente, tras la pérdida de los territorios septentrionales que se configurarían bajo la denominación de Provincias Unidas, mantener bajo el halo de la Monarquía las regiones de Flandes, Bravante y el Franco Condado continuará siendo un objetivo de primer orden. De este modo, se lograba la construcción de un muro geoestratégico que permitiera contener a buena parte de los enemigos del catolicismo, ya fueren los anglicanos del régimen isabelino, los calvinistas holandeses o los príncipes alemanes que profesaban el protestantismo, herejes por tanto además de rebeldes, todos ellos.

Merece la pena señalar a su vez, como esta férrea actitud de defensa a ultranza de los Países Bajos leales no solo se amparaba en argumentos de peso políticos y militares, sino también en aquellos otros que libraban una lucha silenciosa; los factores económicos. Así, el mantenimiento de dicho escudo en torno a los *limes* de la Monarquía Hispánica respondía al deseo de fracturar, debilitar y entorpecer el potentísimo desarrollo del capitalismo mercantil que estaba teniendo lugar en las Provincias Unidas, quienes en caso de lograr hacerse con el control efectivo de los enclaves pañeros, metalúrgicos y comerciales de Flandes y Bravante se convertirían en una gigantesca potencia con cuyos recursos financieros y militares difícilmente podrían lidiar los soberanos hispanos al tiempo que lo hacían con el resto de Europa⁴¹.

⁴⁰ PARKER, Geoffrey: "The making of a strategy in Habsburg Spain: Philip II's bid for mastery" en *The making of strategy. Rules, States and War*. Ed por MURRAY, William, KNOX, Martin y BERNSTEIN, Alfred. Cambridge, 1993, pp. 121.

⁴¹ ECHEVARRÍA BACIGALUPE, Miguel Ángel: *Flandes y la Monarquía Hispánica (1500-1700)*. Madrid, Ed. Sílex, 1998, pp. 76-77.

De este modo, con Inglaterra y Holanda incrementando su capacidad ofensiva progresivamente, con Francia despertando del letargo en el que se mantendrá debido a las guerras civiles de la segunda mitad del siglo XVI, y con la constante amenaza del Turco en el Mediterráneo -sin obviar las dolorosas pérdidas que el corso y la piratería infligían en las posesiones de ultramar-, la defensa hasta sus últimas consecuencias de la red estratégica en que se asentaban los pilares de la Monarquía Hispánica, será la primera exigencia y el mayor desafío al que sus sucesivos soberanos habrán de hacer frente. Un reto abocado a una única y cruenta salida; la guerra.

1.3 Una guerra común. Nobles y plebeyos en la defensa de la Monarquía

Desde que diera comienzo el proceso de reconquista peninsular en los exiguos reinos septentrionales, hasta la firma de los tratados de Utrecht (1713) y Rastatt (1714) casi diez centurias después, la guerra se habría de convertir para los designios del pueblo hispano y sus respectivos monarcas en la mayor y más desafiante prueba de cuantas hubieron de afrontar.

Consecuentemente, tanto los Reyes Católicos como los Habsburgo españoles debieron recurrir en ese pulso infatigable contra el resto de naciones por defender y conservar su inconmensurable legado territorial, a la fuerza como último medio con el que alcanzar la victoria en dicha empresa, en la cual el ejército habría de desempeñar una labor ya no relevante, sino decisiva. De este modo, en consonancia con la mencionada concepción organicista de la Monarquía como ente político y social, en la que cada uno de los reinos y territorios se configuraba como miembro necesario de un cuerpo común, del que España hacía las veces de corazón, cabe afirmar que el ejército fue sin lugar a error, el brazo armado, el inquebrantable nervio de acero, que recorrió y sostuvo el conjunto imperial.

Por ende, resulta posible aseverar que la situación hegemónica consolidada por la Monarquía Católica durante casi tres siglos, no solo hundiría sus raíces en un aumento de la productividad agraria o en la intensificación de su actividad mercantil o financiera, pese a la importancia de las remesas de metales procedentes del Nuevo Mundo, el pujante comercio de lana y especias, o los numerosos préstamos de banqueros alemanes, genoveses y portugueses. Si el imperio de los Habsburgo dominó las fronteras marítimas y terrestres de la era moderna, fue debido en gran parte al coraje y fidelidad de unos soldados que se batirían en los cuatro

confines del mundo en nombre del Rey, la verdadera fe, la honra y la hacienda⁴², configurando los cimientos de una mentalidad común a todos cuantos tomaron y esgrimieron el acero en pos de tales valores, recogidos así por el escritor cervantino;

“Los varones prudentes, las Repúblicas bien concertadas por quatro cosas han de tomar las armas, y desenvaynar las espadas, y poner á riesgo sus personas, vidas y haciendas. La primera, por defender la Fe católica, la segunda por defender su vida, que es de ley natural y divina, la tercera, en defensa de su honra, de su familia y hacienda, la quarta en servicio de su Rey en la guerra justa, y si le quisiéremos añadir la quinta (que se puede contar por segunda) es en defensa de su patria”.⁴³

En este ejército imperial, la función guerrera sería desempeñada tal como señala el historiador italiano Raffaele Puddu, no por un determinado sector de *milites* procedentes de la aristocracia castellana, sino por un abanico mucho más amplio de la nación, otorgando la posibilidad de elevar el estatus social de todos aquellos hombres, por humildes y oscuros que pudieran ser sus orígenes, que hubiesen realizado actos de valía bajo las banderas regias. Así pues, abrazando la creencia de que *“la guerra engendra de nuevo al hombre,/ en la ajena cobra nombre/ quien no lo tuvo en su tierra”*⁴⁴, los tiempos modernos serían testigos de la eliminación de los caracteres subversivos que había arrastrado tradicionalmente la milicia popular, que ofrecería un nuevo lugar junto a los antiguos y honorables *bellatores*.

Una faceta fundamental para la comprensión de la sociedad de aquella España del Siglo de Oro, que corroboraría de hecho el propio Domingo de Toral en la relación de sus servicios, al referir cómo durante su periodo en Flandes, al sargento Miguel Olles, compañero de origen navarro, por su singular valor y *“en premio de la hazaña le hicieron alférez y le dieron cuatro escudos de ventaja sobre cualquier sueldo”*⁴⁵, obteniendo después una licencia para volver a España, donde *“el Conde de Monterey, viendo sus honrados servicios, le ayudó para que fuese capitán y levantó compañía en Miranda de Duero, donde murió”*⁴⁶. De similar modo cita Toral

⁴² PUDDU, Raffaele: *El soldado gentilhombre. Autorretrato de una sociedad guerrera: la España del siglo XVI*. Barcelona, Argos Vergara, 1984, pp. 9-10.

⁴³ CERVANTES SAAVEDRA, Miguel: *El Ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha*. Madrid, Real Academia Española, 1780, parte II, cap XXVII, pp. 245.

⁴⁴ VEGA CARPIO, Lope: *El hijo venturoso* en INSÚA, Mariela: “Este bastón es mi padre/ y madre mía esta espada: El poder de las obras y el poder de la sangre en El hijo de las batallas de Jacinto Cordero”, *Revista de História da Sociedade e da Cultura*. Coimbra, Universidad de Coimbra, 2015, p.72.

⁴⁵ DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, Madrid, 1879, tomo LXXI, pp. 504 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

⁴⁶ *Ibidem*, pp. 504.

como a Francisco Lasso de la Vega, que hacía las veces de capitán de su compañía durante el sitio de Bergen Op-Zoom, “*hiciéronle Capitán de Caballos, diéronle el hábito de Santiago y hoy es gobernador de Chile*”⁴⁷, tras recuperar con gran peligro, las trincheras tomadas por el enemigo.

El resultado sería el desarrollo de un espíritu orgulloso e interclasista, que presuponía el servicio al rey mediante las armas como la más noble de las actividades humanas, llegando incluso a identificarse con el conjunto de la nación. Ya se tratase de grandes, hidalgos o plebeyos, pícaros Lazarillos, Lopes o Calderones, Torales o Velascos, de un modo u otro todos los espectros sociales de aquella España se hallaban representados en los ejércitos victoriosos que desfilaban por los pueblos y ciudades de la vieja Europa, despertando tanta admiración como pavor a su paso⁴⁸.

Queda manifiesto por tanto, que la construcción de la que habría de ser la Monarquía Hispánica no fue ni mucho menos un proceso de cariz aristocrático, sino eminentemente inclusivo, en que la práctica totalidad de las gentes de los diferentes reinos y territorios que la integraban participaron de forma activa, realizando su correspondiente aportación al sostenimiento de un ente cuyo futuro pendía directamente de su pilar marcial.

A tales efectos, resulta preciso destacar cómo durante la progresiva conformación del modelo militar que habría de gestarse desde la Guerra de Granada (1482-1492) en las huestes hispánicas, tendrá lugar un fenómeno de singular trascendencia: el desvanecimiento absoluto de la identificación entre el linaje del combatiente y su función jerárquica en el ejército. Así el hombre de armas, pese a lo ilustre que pudiere ser su condición, carecería de trato especial ante las órdenes de un oficial de infantería que aún de ascendencia humilde, ostentara superioridad legal sobre el mismo. En consecuencia, por encima del linaje, la riqueza o el poder, cada soldado, desde el campesino al gentilhombre, será ante todo un servidor del rey⁴⁹.

Resulta posible hallar así en los anales de los siglos XVI y XVII, la estela dejada por figuras como Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel, duque de Alba, conquistador de Portugal; Fernando de Ávalos, marqués de Pescara, adalid de las Guerras de Italia; don Juan de Austria, comandante y héroe de Lepanto; Alejandro Farnesio, duque de Parma, restaurador del

⁴⁷ *Ibidem*, pp. 508

⁴⁸ PUDDU, Raffaele: *El soldado gentilhombre. Autorretrato de una sociedad guerrera: la España del siglo XVI*. Barcelona, Argos Vergara, 1984, pp. 10-12.

⁴⁹ *Ibidem*, pp. 31-32.

orden en los Países Bajos, o Don Ambrosio Spínola, marqués de los Balbases, expugnador de Breda. Todos ellos hombres que marcaron un antes y un después en el arte de la guerra, gracias a sus dotes como estrategas y el papel desempeñado al mando de los ejércitos de la monarquía.

No obstante, junto a tan solemnes nombres y nobilísimas intituciones se encuentran a su vez otras figuras carentes de rancio abolengo, pero cuya fama aún resuena en los ecos de la historia; hombres como Francisco Verdugo, hijo de una charcutera, quien posteriormente se alzaría como Coronel de infantería y gobernador de Frisia; Cristóbal Lechuga, de orígenes pecheros, futuro capitán de los tercios e ingeniero militar en la jornada de Empel; Alonso de Contreras, descendiente de labriegos, que habría de convertirse en gobernador de la ciudad de L'Aquila y Sargento Mayor de Nueva España, o Francisco Pizarro, quien trocaría su condición de porquero en su Extremadura natal por la de conquistador del Perú en el Nuevo Mundo. Tan solo algunos de los cientos de nombres cuya trayectoria describe un recorrido similar, en el cual gentes procedentes de los estratos sociales más bajos de aquella España moderna lograron alzarse con la gloria y fama eternas⁵⁰, como recogiera en su *Comedia famosa para vencer a amor*, el dramaturgo y también soldado, Pedro Calderón de la Barca;

“A buena ocasión llegamos,
pues que poniendo se halla
el Ejército en batalla,
para que aun tiempo podamos
vivir, ganando opinión,
o morir dexando fama”⁵¹

No obstante, si bien el servicio regio al cual tanto Juan Fernández de Velasco como Domingo de Toral dedicaran sus esfuerzos se caracteriza por su igual valía, lo cierto es que su desarrollo posee un cariz diferenciador sumamente relevante, dilatándose la participación de ambos durante más de un siglo en el que los Habsburgo habrían de regir sobre dos mundos, dos realidades antagónicas, que marcarán el sino de sendos hombres de armas.

⁵⁰ Como puede apreciarse, la permeabilidad existente en el seno de la sociedad española de los siglos XVI y XVII, especialmente en el ejército, no persigue ni mucho menos la abolición de la fisonomía aristocrática, sino que contribuye a reforzar el respeto por los estamentos privilegiados así como la devoción a un monarca a quien se percibe como mediador entre las órdenes y dispensador de títulos nobiliarios. La máxima aspiración del pueblo será en definitiva, no derrocar el sistema establecido, sino lograr un *statu quo* lo más aristocrático posible mediante el servicio a la Corona.

⁵¹ CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro: *Comedia famosa: Para vencer a amor, querer vencerle*. Valencia, 1650, Jornada I, pp. 9 en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2001.

El Condestable nacerá así a mediados de la decimosexta centuria, en un momento crucial para el proceso de configuración de una Monarquía con pretensiones universales. En esta, los súbditos hispanos se sienten el nuevo pueblo elegido por Dios, herederos de un imperio y una cultura romanas cuya grandeza ya han superado en términos demográficos y territoriales al consagrar el mayor imperio de la historia europea; su tarea no puede ser otra por tanto, sino la extensión de la ley, la justicia y la fe a todos los rincones del globo.

En virtud de ello, merced al proyecto político iniciado desde finales del siglo XV y sustentado por las circunstancias legales del sistema hereditario, los monarcas españoles irían aumentando sus dominios de forma inexorable a través de un conjunto de victoriosas campañas militares cuyas hazañas pronto se convertirían en motivo de leyenda. Al fin y al cabo, como reflexionaba el escritor del Siglo de Oro Juan de Zabaleta, “¿quántos grandes soldados se avrán hecho con la historia de vn gran soldado?”⁵².

Como respuesta, el duque de Frías habría de crecer inevitablemente influenciado por la magna sombra de Hernán Cortés y la toma de Tenochtitlan, la figura de Francisco Pizarro y la derrota de Atahualpa, las victorias de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, en las durísimas jornadas de Seminara y la campaña del Garigliano, así como por el triunfo clave del Marqués de Pescara en 1525, cuando las tropas francesas de Francisco I caerían devastadas ante los muros de Pavía, siendo preso el propio monarca. De este modo, el Condestable iría configurando un nuevo modelo militar, un nuevo arquetipo de hombre de armas fruto de la síntesis y mejora de la experiencia heredada de los dos últimos estrategas en las guerras de Italia, y que aderezada con la observancia de las actuaciones del Duque de Alba, Don Luis de Requesens y Alejandro Farnesio en Flandes, demostrará entre 1592 y 1598 con eficacia marcial.

Habrá de ser entonces cuando tras recibir el cargo de Gobernador y Capitán General del Milanesado, deberá acudir el Duque de Frías a presentar batalla en Saboya, donde tras la declaración de guerra efectuada por Enrique IV en virtud de la injerencia hispana en los conflictos de religión acaecidos en Francia durante la segunda mitad de la centuria, había ordenado el monarca galo disponer sus tropas para la invasión del territorio lombardo.

⁵² ZABALETA, Juan: *Obras en prosa de don Iván de Zavaleta, coronista del rey nuestro señor, por él mismo añadidas*. Madrid, 1672, p. 222.

Sin embargo, tras el primer enfrentamiento en junio de 1595 en la batalla de la Fontaine-Française, Fernández de Velasco se vería obligado a retirar parte de sus efectivos para dirigirse de inmediato al norte, en auxilio de un duque de Alba acosado por los envites de los rebeldes holandeses, cuyo avance había puesto en serio peligro el dominio de la estratégica región borgoñona, con las irreparables consecuencias cuya pérdida podría acarrear. Unos sucesos que Fermín López de Mendizorroz, escribiente personal del Condestable, describiría del siguiente modo;

“Sabido de quanta estimación y qualidad es aquel condado a los Reyes de España, antiguo patrimonio de la Casa de Austria (...), estimuló grandemente al Condestable el zelo de conseruar Estado de tanta calidad a su Rey y encaminóse a procurarlo no reparando en el rigor del tiempo, que era invierno, ni en la quiebra del ejército que hauía padecido en Briquerasco en echar de allí al enemigo, ni en la falta de dinero y otras dificultades y tropiezos (...). Luego que se oyó su voz en Borgoña, se amedrentaron los enemigos y fueron recobrando las plazas perdidas nuestros soldados”⁵³.

Así pues, cuando en 1598 fallece el Rey Prudente, la Monarquía Católica tal y como habría de heredarla su primogénito el tercer Felipe, se había consagrado en lo referente a extensión territorial y poderío militar como la indiscutible potencia del mundo. No obstante, con la muerte del monarca más poderoso del planeta se cerraba a su vez un ciclo, una fase, caracterizada por el auge y expansión de la herencia hispana, que para la década de los noventa había alcanzado su cénit. A continuación, con el cambio de centuria otro periodo muy distinto daría comienzo, definido no ya por el incremento e incorporación de territorios al ente monárquico, sino por la imperiosa necesidad de una férrea defensa para la conservación integral del mismo. Total pertenecerá por ende, a la progenie de hombres que promovieron y realizaron aquellas angustiosas guerras en las que la monarquía más poderosa del orbe se resistiría aún, durante al menos otro siglo, a rendir la plaza.

De este modo, en los prolegómenos del siglo XVII la sociedad hispana se hallaba imbuida de una mentalidad muy diferente a la que había imperado durante la centuria pasada, definida por la amenazante sensación de saberse bajo asedio dado el panorama internacional al que habría de enfrentarse la Monarquía. Si bien Felipe II había logrado consolidar el dominio sobre los siempre inestables potentados italianos, *“mudables enemigos de cualquiera imperio que tengan sobre su cabeza y amigos del que no los posee”*, tal como advierte Baltasar Álamos

⁵³ LÓPEZ DE MENDIZORROZ, Fermín: *Observaciones de la vida del Condestable Juan Fernández de Velasco y cifra de sus dictámenes*. Vigevano, Juan Baptista Malatesta. Impresor Real, 1625, pp. 52, 54, 57.

de Barrientos en su *Discurso al rey Felipe III al comienzo de su reinado*, alejando temporalmente la amenaza otomana tras la derrota en las aguas de Lepanto en octubre de 1571, la situación en el centro y norte del continente resultaba ya una seria amenaza para la hegemonía ibérica.

En primer lugar, si bien la herejía no había logrado instalarse definitivamente en la vecina Francia, el trono galo se hallaba ocupado por un reconocido hugonote y la Paz de Vervins, que había supuesto el cese de las hostilidades bélicas entre los Habsburgo y Enrique IV, implicaba a su vez el reconocimiento tácito del fracaso parcial de la política filipina. En segunda instancia, la Inglaterra de Isabel I constituía desde el desastre de la *Grande y Felicísima Armada*, un grave peligro para la seguridad de las rutas marítimas que España mantenía con la Europa septentrional, acentuando el azote que el corso y la piratería anglonormanda infligían sobre las flotas que transitaban entre el Nuevo Mundo y el viejo.

Por último, la lucha sin cuartel con las Provincias Unidas por devolver al auspicio hispánico los territorios ocupados por los rebeldes holandeses se prolongaba ya durante tres decenios con el ingente gasto en recursos humanos, materiales y económicos que ello infería para la Monarquía, sin haber logrado subvertir la rebelión⁵⁴. No obstante, Flandes constituía uno de los soportes vitales de la red estratégica piramidal en que esta se erguía, y su posible pérdida se consideraba sencillamente inaceptable. Solo cabía pues continuar la lucha.

Por tanto, si a la generación de Juan Fernández de Velasco, Condestable de Castilla, había correspondido extender y consolidar los dominios del monarca hispano hasta colmar sus designios universalistas, a la generación de Domingo de Toral y Valdés, capitán de infantería española, le correspondería la exhausta labor de defenderla y conservarla. Cabe reseñar así, cómo los compañeros de armas del humilde soldado se afanarían en dicha empresa impelidos por un bagaje histórico que les precedía, les condicionaba y al que no podían causar menoscabo de su honra; a fin de cuentas, no hacía tanto que sus predecesores habían aplastado las fuerzas holandesas en Gembloux (1578), sitiado Maastricht durante más de cuatro meses (1579), o tomado la fortaleza de Amberes al asalto (1585).

A tales efectos, Toral habrá de retomar el testigo del Condestable, asentando plaza de soldado aún en minoría de edad para defender a ultranza, siguiendo el nuevo modelo de *milite* establecido por el duque de Frías, prorrogado por el estratega Don Carlos Coloma primero y el

⁵⁴ ELLIOT, John Humboldt. *España y su mundo (1500-1700)*. Madrid, Santillana, 2007, pp. 152-153.

genovés Don Ambrosio Spínola poco después, las últimas banderas de una Monarquía que bajo sitio se aferraba aún con fiereza a su primacía. Un cruento desafío del que el hidalgo dará cuenta en la vigilia de Amberes, la toma de La Inclusa o el sitio de Bergen Op-Zoom, e incluso en los lejanos baluartes de Mombasa, Goa, Mascate y Ormuz, en las Indias Orientales, personificando lo que con tanto acierto escribiera el erudito italiano Giovanni Botero en su *Ragione di Stato*:

“Sin duda que es mayor obra el conseruar (los Estados): porque las causas humanas naturalmente van vna vez faltando, otra vez creciendo como la luna, a la qual están sujetas, y por esto el tenerlas firmes quando han crecido y sustentárlas en tal manera que no mengüe ni precipiten, es impressa de singular valor, y casi más que humano: y en el adquirir tiene gran parte la ocasión, y las desórdenes de los enemigos, y el ayuda de otro, pero el conseruar lo adquirido es fruto de virtud excelente. Se adquiere con la fuerça, se conserua con la sabiduría”⁵⁵.

Nos hallamos, pues, en definitiva, ante el sincretismo entre dos concepciones del poder, dos dinámicas históricas, políticas y sociales que confluirán en dos figuras pertenecientes a siglos y estamentos opuestos, pero sobre cuyos hombros recaerá igualmente la formidable responsabilidad de no perder aquello que tantas vidas y esfuerzos, de grandes y humildes, se había cobrado.

En ese lienzo de una España asediada, un capitán general del Milanesado y un simple soldado de infantería industrializarán, pese a sus diferencias de origen, un mismo eje conductor en sus vidas, irremisiblemente vinculado a los tres grandes pilares que sostenían a su vez los cimientos de la nación: el servicio al rey, la defensa del legado imperial y la guerra en un Flandes bajo cuyos lóbregos cielos habría de dirimirse el *fatum* de una Monarquía, que no hubiera sido lo que fue sin ellos.

⁵⁵ BOTERO, Giovanni: *Diez libros de la Razón de Estado*. Madrid, Trad. Antonio de Herrera, Impresor Real Luys Sánchez, 1593, Libro Primero, pp. 4-5.

*“Pudiera bien decir que en la guerra venció a los enemigos, pero en la paz gloriosamente sobrepuso sus pasiones”*⁵⁶

2. UN MODELO NUEVO PARA UNA GUERRA NUEVA

Hacia fines de 1645, en tanto asistía a las negociaciones de paz celebradas en el Congreso de Münster, el diplomático español Diego de Saavedra Fajardo comenzaba a escribir su obra posteriormente intitulada *Locuras de Europa*. Señalaba así con brevedad, cual si de un aspecto obvio se tratase, cómo “*los exemplos pasados nos muestran que en las repúblicas generosas no faltan espíritus grandes que se expongan a qualquier peligro, por la libertad y conservación dellas*”⁵⁷. La aseveración manuscrita retrataría, no obstante, el pulso de una Europa y especialmente de una España que, durante más de siglo y medio en guerra, había sacrificado cuantos hombres y recursos disponía para defender, hasta la extenuación, el inmenso legado político-territorial universalmente conocido por sus aliados y ambicionado por sus enemigos, como la Monarquía Hispánica.

Así, de todas las pugnas bélicas que acosaron incesantemente al constructo imperial erigido por los Habsburgo desde la entronización de su dinastía en las primeras décadas del siglo XVI, sería la rebelión flamenca acaecida en 1567 la que, lejos de apaciguarse con presteza, ejemplificara con cruda perfección la afirmación del diplomático español al convertirse en el campo de batalla europeo por excelencia, insaciable sumidero de los cientos de miles de hombres que acudieron en auxilio de la corona católica. La denominada Guerra de los Ochenta Años (1568-1648) se constituiría de este modo, al margen de los numerosos conflictos que se solaparon o integraron como parte del mismo a lo largo de la siguiente centuria, como el verdadero eje vertebrador del reinado de los Austrias, condicionando su devenir histórico y redefiniendo no solo la naturaleza de la política moderna, sino de la propia guerra.

Una guerra en la que, desde los bastiones de Borgoña hasta las enlodadas trincheras de Flandes, Juan Fernández de Velasco, Condestable de Castilla, y Domingo de Toral, capitán de infantería, ejemplificarían con su intachable servicio en la defensa de la monarquía los cambios y avatares de aquellas centurias, combatiendo “*al enemigo en su casa, con poca gente aunque*

⁵⁶ LÓPEZ DE MENDIZORROZ, Fermín: *Observaciones de la vida del Condestable Juan Fernández de Velasco y cifra de sus dictámenes*. Vigevano, Juan Baptista Malatesta. Impresor Real, 1625, p. 115.

⁵⁷ SAAVEDRA FAJARDO, Diego: *Locuras de Europa. Diálogo póstumo de don Diego Saavedra Faiardo*. 1748, p.31 en Biblioteca Nacional.

bien gobernada y dispuesta”⁵⁸, si bien siempre “*menos en número, mas no en el valor inferiores*”⁵⁹.

2.1 De los combates renacentistas a las guerras modernas

Siguiendo la controvertida tesis del historiador norteamericano Michael Roberts, inaugurador de la teoría de la “Revolución Militar”, así como los posteriores estudios sobre la materia desarrollados por el profesor Geoffrey Parker, resulta preciso destacar tres factores fundamentales que desencadenarían la reconfiguración del modelo de enfrentamiento bélico en los siglos modernos, permitiendo con ello, como se verá, la renovación del canon militar impuesta por el duque de Frías. Una actualización auspiciada por tres grandes pilares; el incremento del tamaño de los ejércitos, la difusión y perfeccionamiento de las armas de fuego, y las innovaciones técnicas en los sistemas defensivos.

Resulta preciso señalar, así pues, como punto de partida, las confrontaciones armadas acontecidas en Morat y Grandson (1476), o Nancy (1477), en el contexto de las Guerras de Borgoña, que establecieron un eje de no retorno en la historia socio-militar. Contraviniendo las tácticas empleadas hasta el momento, lograrían demostrar que, pese a la aparente potencia arrolladora de la caballería pesada, el soldado debidamente armado era capaz no solo de soportar tales ataques, sino de sobreponerse a ellos; la infantería podía derrotar a la caballería.

Un hecho, que trastocaría con rapidez los planteamientos estratégicos más elementales de la guerra, dejando anquilosada la costumbre medieval de conformar unas huestes integradas en la medida de lo posible por jinetes y sus respectivas monturas, con el elevadísimo coste que ello infería. Se había revelado que un soldado de a pie, provisto con poco más que un yelmo y una pica de dieciséis pies, era obstáculo suficiente para hacer perecer las temibles cargas caballerescas⁶⁰.

En segunda instancia, cabe destacar por su particular valor la aportación ibérica al nuevo *modus operandi* de hacer la guerra moderna. De este modo, ya desde la Guerra de Granada (1482-1492) en la que los Reyes Católicos decidieran emplear pioneramente un tren artillero de hasta 180 piezas para doblegar la resistencia del reino nazarí, y en especial durante las

⁵⁸ LÓPEZ DE MENDIZORROZ, Fermín: *Observaciones de la vida del Condestable Juan Fernández de Velasco y cifra de sus dictámenes*. Vigevano, Juan Baptista Malatesta. Impresor Real, 1625, p. 84.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 70

⁶⁰ PARKER, Geoffrey: *El Ejército de Flandes y el Camino Español (1567-1659). La logística de la victoria y derrota de España en las guerras de los Países Bajos*. Madrid, Alianza Editorial, 1986, p. 39.

primeras décadas del siglo XVI⁶¹, en las luchas que tendrían lugar por el control de la península italiana. En la pugna por tales territorios el empleo de armas de fuego, aún denostado entre la élite nobiliaria de la corte francesa, reticente a abandonar los métodos convencionales que tan buenos réditos habían proporcionado en el pasado, se impondría, alterando irrevocablemente el desarrollo de un arte marcial cuyos resultados inmortalizara el escritor cervantino en uno de sus sonetos;

*“Di (que al fin lo dirás): allí volaron
por el ayre los cuerpos, impelidos
de las fogossas machinas de guerra,
aquí las aguas su color cambiaron,
y la sangre de pechos atreuidos
humedecieron la contraria tierra”⁶²*

De este modo, el segundo cambio consustancial que transformara la naturaleza de la guerra se iniciaría con Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, quien comenzara a rediseñar la infantería española para conformar lo que poco después, con la Real Ordenanza de Génova de 1536, recibiera el nombre de “tercios”. Incorporando a los formidables cuadros de piqueros suizos un contingente de hombres dotados de armas de fuego en detrimento de las fuerzas montadas, otorgaría a la nueva estructura militar de un alcance ofensivo⁶³ sin precedentes, de las que las insignes victorias de Cerignola (1503), Rávena (1512) y Mariñano (1515) ofrecerían fiel manifiesto. Daba comienzo una nueva era; la edad del infante⁶⁴.

Apenas unos años después, tras las durísimas campañas de Seminara y Garigliano, Fernando de Ávalos, marqués de Pescara, demostraría finalmente que el tiempo de los caballeros había tocado a su fin. El 24 de febrero de 1525, en la batalla librada en las inmediaciones de la ciudad de Pavía, el ejército invasor francés, comandado bajo las órdenes del monarca Francisco I, confrontaba sus fuerzas con las unidades dirigidas por el de Pescara,

⁶¹ PARKER, Geoffrey: *La Revolución Militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente (1500-1800)*. Barcelona, Crítica, 1990, p. 27.

⁶² CERVANTES SAAVEDRA, Miguel: *Canción primera de la pérdida de la armada que fue a Inglaterra*. Madrid, Biblioteca Nacional, ms 2856, fols. 20-22 en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, *Poesías sueltas*, XX.

⁶³ Tal era la potencia que ostentaban arcabuces y mosquetes en comparación con arcos y ballestas, que eran capaces de lanzar un proyectil de dos onzas de plomo con la potencia suficiente como para atravesar una chapa de acero a cien metros de distancia.

⁶⁴ PUDDU, Raffaele: *El soldado gentilhombre. Autorretrato de una sociedad guerrera: la España del siglo XVI*. Barcelona, Argos Vergara, 1984, p. 19.

en una liza que parecía representar la pugna entre pasado y futuro, tradición y eficacia. El resultado de la contienda despejaría toda sombra de duda de la sociedad europea; los fusileros españoles, en sintonía con el conjunto de piqueros, lansquenets y rodeleros de Ávalos, merced a las novedades tácticas introducidas, devastaron las formaciones del enemigo galo, “no acostumbrado a sentir tan duras fuerças como las de los Españoles”⁶⁵, padeciendo apenas 1.500 bajas por casi 13.000 del ejército sitiador, entre muertos y heridos⁶⁶.

Simbólicamente, el cristianísimo rey francés sería tomado preso durante la refriega a punta de espada por Juan de Urbieta, un simple soldado raso de origen vascongado, en una analogía que parecía corroborar el advenimiento de un nuevo orden; la infantería había triunfado. El propio Fernández de Velasco⁶⁷, en una lección de pericia estratégica, daría habida cuenta de ello hacia 1595, durante las campañas libradas en Borgoña, en las inmediaciones de la villa de Gray, donde;

“Estauan los dos exércitos en sus alojamientos, entreteniéndose con algunas escaramuças, sintiendo estremadamente el Príncipe de Bearne verse allí embaraçado (...). La cauallería española se alojaua en vna aldea junto al río Sena, de donde el Condestable, conociendo el daño que podía suceder, la auía mandado retirar, porque auía vn vado que no era dificultoso de passar, que guardauan cien arcabuzeros españoles para que en aquel puesto se hiziesse frente a los enemigos mostrando con el exemplo (...) lo mucho que importaba resistir en aquel passo y defenderle”⁶⁸. Pareciendo a los franceses que aquella no era mucha guarda, y desseando auerlo con la cauallería católica, por ser la suya en tanto número, a los doze de Iulio se mostraron en la otra ribera como mil coraças francesas, que es cauallería que lleua armas fuertes de pies a cabeça (...), negras, sin casaca ni otra cosa alguna encima dellas, con arcabuzes cortos tan bien templados que hazen muy gran batería: yuan con ellos quinientos arcabuzeros a cauallo, y queriendo passar el río, los cien arcabuzeros españoles se lo defendieron con tan buena orden, tirando tan a terrero y a tiempo, que los hizieron dexar el passo [hasta que] acabándoseles la

⁶⁵ PÉREZ DEL PULGAR, Hernán: *Crónica llamada de las dos conquistas del Regno de Nápoles... con los hechos y hazañas maravillosas que en paz y en guerra hizo el Capitán Consalvo Hernández y Aguilar y Córdoba*. Zaragoza, 1559, pp. 21 en PUDDU, Raffaele: *El soldado gentilhombre. Autorretrato de una sociedad guerrera: La España del siglo XVI*. Barcelona, Argos Vergara, 1984, p.16.

⁶⁶ TUCKER, Spencer: *Battles that changed History: An enyclopedia of world conflict*. Santa Bárbara, ABC CLIO, 2010, p. 163.

⁶⁷ Cabe señalar como la defensa del vado fluvial desempeñada por tan sólo un centenar de arcabuceros frente a un nutrido grupo de caballería pesada, fue posible gracias a la técnica de la “contramarcha”, difundida tras el estudio publicado en 1590 en Holanda por Guillermo y Mauricio de Nassau, aplicada en esta ocasión por el Condestable. Este sistema de combate, adaptado al peso decisivo que las armas de fuego habían alcanzado a lo largo de la segunda mitad del siglo XVI, permitía suplir la baja cadencia de disparo de mosquetes y arcabuces mediante la colocación de los fusileros en largas filas. De este modo, tras la descarga de la primera, esta se retiraba para permitir que la segunda se adelantase y efectuara una segunda descarga repitiendo el proceso, y así sucesivamente, dotando a los escuadrones de la capacidad de resistir a un enemigo superior mediante una barrera de fuego casi continuo. Para más información, ver PARKER, Geoffrey: *La Revolución Militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente (1500-1800)*, Barcelona, Crítica, 1990, pp. 39-45.

⁶⁸ HERRERA, Antonio: *Tercera parte de la Historia General del mundo, de XIII años del tiempo del señor Rey don Felipe II el prudente, desde el año de 1585 hasta el de 1598 que passó a mejor vida*. Madrid, Impresor Alonso Martín de Balboa, 1612, Libro XI, p. 500.

*pólucora, huuieron de yr a juntarse con la otra infantería, que estaba bien apartada a la buelta de Grey*⁶⁹.

Consecuentemente, dada la ya innegable eficiencia en combate demostrada frente a la caballería de carácter medieval, piqueros, mosqueteros, arcabuceros “*que por mil embaraços, (...) rrompiendo por el ayre, tierra y fuego, declararon por suyo el mortal juego*”⁷⁰ comenzarían a monopolizar el uso de la fuerza en los campos de batalla europeos. Tal sería su predominio, que hacia mediados de la decimosexta centuria provocarían la extinción de otros especialistas militares como los mandobleros, rodeleros y alabarderos, reduciendo a una proporción mínima -centrada sobre todo en tareas de reconocimiento, transmisión de mensajes y órdenes-, la presencia de jinetes en los ejércitos de los estados modernos⁷¹. No obstante, resulta preciso señalar en tercer lugar cómo, merced al abaratamiento que suponía armar y financiar un ejército de infantería frente al elevadísimo costo que implicaba proveer del equipo necesario a las fuerzas montadas, habría de tener lugar un nuevo fenómeno que de modo invariable y progresivo, obligaría a las potencias del viejo continente a reinventar sus sistemas fiscales en aras de alcanzar y mantener la primacía militar: el aumento de tamaño de los ejércitos.

Este proceso, en el que quizá la historiografía tradicional no ha incidido con la debida profusión, supuso sin embargo una verdadera revolución ya no solo en el ámbito bélico, sino muy especialmente en lo tocante al sector logístico, financiero, y humano, pues los mayores costes, los mayores daños tanto infligidos como recibidos y las mayores dificultades administrativas causadas por las acrecentados contingentes armados provocaron que la guerra se convirtiese en un problema notablemente más complejo, no solo para las poblaciones civiles, sino también para los gobernantes.

De este modo, en el largo espectro cronológico que abarca desde 1500 hasta 1700, se estima que el tamaño de los ejércitos modernos se multiplicó por diez, pues si bien los Reyes Católicos habían acometido la rendición del último bastión musulmán en la Península Ibérica con poco más de 20.000 efectivos, apenas medio siglo después su nieto Carlos V emprendía el fracasado asedio de Metz con 150.000 hombres aproximadamente bajo su mando -22.000

⁶⁹ *Ibidem*, p. 499.

⁷⁰ CERVANTES SAAVEDRA, Miguel. *Canción primera de la pérdida de la armada que fue a Inglaterra*. Madrid, Biblioteca Nacional, ms 2856, fols. 20-22, en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, *Poesías sueltas*, XX.

⁷¹ PARKER, Geoffrey: *La Revolución Militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente (1500-1800)*. Barcelona, Crítica, 1990, pp. 37-38.

jinetes y 87.000 infantes en el Sacro Imperio y Países Bajos, 24.000 soldados en la región del Milanesado y otros 15.000 dispersos entre sus dominios de Sicilia, Nápoles y norte de África, alcanzando una cifra carente de precedente alguno en la historia militar⁷².

No obstante, hacia 1625, *annus mirabilis* de la Monarquía Hispánica, el Cuarto Felipe afirmaba estar sosteniendo con el sudor de Castilla unas fuerzas regulares que rozaban los 300.000 efectivos, liderando un proceso que el resto de potencias continentales, en especial Francia, principal “*enemiga del reposo común y de la grandeza de la Espanna*”⁷³, se esforzarían por emular. El resultado de todo ello sería que, tan solo durante el siglo XVII, como hicieran el duque de Frías o el propio capitán Toral, entre diez y veinte millones de europeos se decidirían⁷⁴ a tomar las armas, bien por “*tan conoçido el desseo de ymitar a sus antepasados*”, bien por empuje de la necesidad, para “*representar a su Magestad*”⁷⁵.

Por último, cabe destacar cómo pese a la imposición de la infantería sobre la caballería, la proliferación del uso de armas de fuego entre las fuerzas combatientes y, en consecuencia, el aumento prodigioso del tamaño de los ejércitos, que alteró de manera definitiva el curso de las guerras renacentistas, habría de ser el conjunto de innovaciones técnicas extendidas prolijamente en la década de 1550 por el centro y norte de Europa, aquel factor que transformara de forma radical el carácter no solo de los conflictos bélicos, sino de los propios hombres que habrían de batirse con denuedo en ellos.

Así pues, con el desarrollo científico experimentado en los artefactos de artillería por los potentados italianos desde principios del siglo XV, capaces de derribar los muros de la práctica mayoría de los castillos y fortalezas concentrando varias salvas en un punto concreto, quedaría de manifiesto la imperiosa necesidad de idear un nuevo tipo de construcción defensiva que, adaptada a las necesidades de los nuevos tiempos, estuviese dotada de las características pertinentes a fin de soportar la embestida de un cañoneo prolongado, evitando o postergando en su defecto, la toma de las plazas por asalto tras conseguir abrir el enemigo una brecha en las fortificaciones. Nacería, en consecuencia, un nuevo sistema defensivo comúnmente

⁷² *Ibidem*, pp. 71-72.

⁷³ SAAVEDRA FAJARDO, Diego: *Locuras de Europa. Diálogo póstumo de don Diego Saavedra Faiardo*. 1748, pp.45, en Biblioteca Nacional.

⁷⁴ PARKER, Geoffrey: *La Revolución Militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente (1500-1800)*. Barcelona, Crítica, 1990, p. 72.

⁷⁵ Archivo General de Indias, Indiferentes, 161, N.261 fol.3 *Relación de Méritos y servicios de Sancho de Monroy, maestro de campo*, sirvió en Flandes, Extremadura, 1646.

denominado por los contemporáneos como la “*trace italienne*” en honor a la procedencia de sus inventores, cuyo empleo se difundiría rápidamente desde las regiones de Toscana y Lombardía hasta los territorios septentrionales de Flandes, Brabante, Frisia, Holanda y Zelanda, pasando por los siempre discutidos enclaves de Bohemia, Alsacia y Lorena, hasta la encrucijada palatina.

De este modo, los ingenieros italianos lograron pergeñar un complejo modelo defensivo militar, que difería en numerosos aspectos de las fortificaciones medievales clásicas, basadas en la erección de defensas verticales, merced a la ausencia de artillería. Se decidió por tanto, reducir la altura de los muros exteriores e incrementar en compensación su espesor, ideando la construcción de torres cañoneras que sobresaliesen en ángulo del trazado de los muros, donde se instalaría la artillería de los defensores, posibilitando así tanto repeler un intento de asalto como mantener a distancia las baterías enemigas.

El resultado fue la construcción de verdaderos baluartes de menor altura, muros macizos y trazado en ángulo con torres paralelepípedicas distribuidas regularmente a lo largo de los muros principales, a lo cual se irían incorporando con el transcurrir del tiempo otros elementos que aumentaron aún más su efectividad; amplios y profundos fosos exteriores que impedían la aproximación de la artillería enemiga y dificultaban la labor de zapa y mina bajo los muros; fortines anteriores al foso y bastiones triangulares por fuera del trazado -los denominados revellines-, para mejor defensa de los invasores, así como coronas y hornabeques, prolongaciones defensivas que encerraban en el perímetro zonas estratégicas originalmente situadas extra muros, entre otros⁷⁶.

Numerosos testimonios evidencian así el recrudecimiento que las nuevas mejoras defensivas conllevarían para los combatientes, si bien sobre todo para los sitiadores, también para los defensores. De este modo, el infante Martín Flores, que había asentado plaza de soldado, cuenta como hacia 1603, “*hallándose (...) en el sitio de Ostende, le hirieron dos veces muy mal, la vna en el asalto de la villa vieja, donde haviendo peleado como valiente soldado le dieron vn mosquetazo que le atrauesaron hambos muslos, y el día que el enemigo hechó fuego a la plataforma le hirieron muy mal en vn brazo*”⁷⁷.

⁷⁶ PARKER, Geoffrey: *La Revolución Militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente (1500-1800)*. Barcelona, Crítica, 1990, pp. 27-30.

⁷⁷ AGI, Indiferente, 161, N.540 fol.1 *Relación de Méritos y servicios de Martín Flores de Acevedo, capitán*, sirvió en Flandes, Lombardía, Saboya y la Armada, 1610.

El capitán Francisco Molino refiere por su parte, como en 1638, durante el sitio de Fuenterrabía, peleando “*pica a pica con el enemigo y estando por cauo de 10 soldados en la contramina del Cubo de la Reyna le volaron siete dellos, dexándolo muy maltratado*”⁷⁸, y Diego Mejía, soldado raso que lograra ascender en el escalafón militar merced a sus méritos en combate, insiste en como durante el durísimo asedio de Hulst, en 1596, “*se señaló para tomar el reuellín de los napolitanos, pasando con su capitán hasta la muralla a su lado y huiéndole muerto, se rretiró al reuellín, siendo parte para que se sustentase, de donde salió herido de que estuvo a pique de perder la vida*”⁷⁹.

El éxito defensivo de la *trace italienne* al sur de los pasos alpinos, generaría su presta extensión al resto del viejo continente, especialmente en los territorios relativos a los Países Bajos, donde hacia 1544 se constata la existencia de quince bastiones en la frontera holandesa contruidos siguiendo dicho modelo y defendidos por la sorprendente cantidad de 1.012 piezas artilleras. Ya entre 1529 y 1572, según los estudios del historiador británico Geoffrey Parker, se habrían erigido más de 40 kilómetros de este sistema defensivo; cuatro ciudadelas, doce recintos amurallados contruidos *ex novo*, y otras dieciocho plazas fuerte notablemente modernizadas “*alla maniera italiana*”, de modo que para 1648, momento en que el conflicto hispano-flamenco consumase su fin, la práctica totalidad de los enclaves septentrionales disponían de tales parapetos defensivos⁸⁰.

Cabe señalar así, como prueba del extraordinario esfuerzo que podía llegar a suponer para un ejército tratar de rendir una guarnición de estas características, el sitio acometido por el propio Condestable Juan Fernández de Velasco hacia 1595, en la villa de Temblacurt, de lo cual su escribiente Fermín López de Mendizorroz refiere;

“Tierra de gran vezindad, murada y fortalecida de dos mil soldados que la defendían, con muchas retiradas y trincheras (...). Plantóse la artillería y a pocos tiros se hizo vn abertura en lo superior de la muralla, no más ancha de lo que podía caber vn hombre, y poco menos alta del suelo que vna pica, y adelantóse con denuedo [el Condestable] con su Tercio de milaneses, que començaron a querer subir ayudados de las picas y algunas escalas (...). Verdaderamente que si bien la determinación fue resuelta y el acometimiento formidable, con todo parecía casi imposible surtir glorioso fin, respeto de la mucha y luzida gente que hauía dentro (...) Todas estas razones pareçe podían mouer al Condestable para que impidiese aquel asalto (...), pero pudo más el brío y consideración de lo que importa no perder la ocasión quando la fortuna la ofrece buena (...).

⁷⁸ AGI, Indiferente, 161, N.247, fols. 2-3 *Relación de Méritos y servicios de Francisco Molino, capitán*, sirvió en Cataluña, Flandes y Piamonte, 1645-1646.

⁷⁹ AGI, Indiferente, 161, N.39 fols. 1-2 *Relación de Méritos y servicios de Diego Mejía de Porras, capitán*, sirvió en Flandes, Francia etc, 1616.

⁸⁰ PARKER, Geoffrey: *La Revolución Militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente (1500-1800)*. Barcelona, Crítica, 1990, pp. 31-32.

Persuadiéndoles [a los soldados] a pertinaz perseuerancia, leuantó la voz y con ella los ánimos de los que acometían, y lo que dixo fue; Santiago, Santiago (...). Palabras fueron estas, que (...) entraron de golpe por el portillo de la muralla y por las puertas que inmediatamente se derribaron; rindieron la tierra, se poderaron de las fortificaciones del enemigo, degollando más de 1.000 en la villa y en el alcançe que les dieron a la subida del castillo, que está en vna eminencia muy grande, por caminos muy ásperos y lodosos. Hazíalo más fuerte vn terraplano ancho, muchas medias lunas, cortaduras y retiradas que tenía.. Subióse la artillería con gran dificultad y trabajo, y al cabo de quinze días de batería y de hauer llegado los españoles al foso abriendo trincheras para ello y arrimándose a la muralla, cubriéndose con tablones, no dexaron por eso de recibir notable daño de los artificios de fuego que los enemigos echauan [hasta que], rindióse en fin Temblacurt”⁸¹.

No debiera extrañar a tales efectos, que lo que comenzase en Flandes como una rebelión ordinaria en 1567 por la subida de los tipos impositivos, el deseo de establecer un mayor control político sobre la región y el intento de impedir la difusión de las ideas luteranas por parte de los Habsburgo españoles, terminara derivando en una cruenta lucha de ocho décadas. Un conflicto que enfrentaría a la monarquía más poderosa del orbe con el pulmón económico-industrial de Europa, que amparado en el nuevo sistema defensivo italiano haría de los Países Bajos un baluarte casi inexpugnable. No en vano, el soldado y teórico militar de origen galés Sir Roger Williams, manifestaba con resignación hacia 1590 en su obra *Briefe discourse of Warre* que, si bien “*Alejandro, César, Escipión y Aníbal fueron los más notables y famosos guerreros que jamás hayan existido (...), nunca hubieran conquistado países tan fácilmente si hubiesen estado tan fortificados como Alemania, Francia, los Países Bajos y otros lo vienen estando desde sus días*”.

2.2 Valor y prudencia, coraje e inteligencia. El paradigma del modelo militar

Con la imposición genérica de la *trace italienne* a lo largo y ancho del viejo continente, las leyes naturales de la guerra, férreamente consolidadas en la mentalidad y cultura europeas tras diez siglos de conflictos, se verían abocadas a una profunda transformación, pues si los sistemas defensivos habían cambiado, los ofensivos habrían de hacerlo a la fuerza también. Así pues, ante los imponentes bastiones erigidos desde mediados del siglo XVI que permitían, como se ha mencionado ya, no sólo soportar durante un periodo prolongado el vapuleo continuado de la artillería, sino obstaculizar seriamente la posibilidad del aproximamiento enemigo, las tácticas de ataque diseñadas debieron, a su vez, adaptarse a las nuevas circunstancias.

⁸¹ LÓPEZ DE MENDIZORROZ, Fermín: *Observaciones de la vida del Condestable Juan Fernández de Velasco y cifra de sus dictámenes*. Vigevano, Juan Baptista Malatesta. Impresor Real, 1625, pp. 61-64.

A tal efecto, Juan Fernández de Velasco conocería de primera mano las soluciones de los generales y estrategias que trataron de hallar una solución al problema planteado en el fortificado enclave flamenco. Tras el estallido de la revuelta armada en el año de 1567, Felipe II decidiría enviar a Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel, duque de Alba, dada su consumada valía en materia militar, para sosegar los ánimos populares y acallar lo que se intuía podía llegar a convertirse en un serio problema para la monarquía de los Austrias. Este, sabedor como lo fuera después el Condestable de la trascendencia de mantener el control de “*las cosas de aquella prouincia; que como está rodeada por todas partes de diuersos confinantes, de los cuales vnos son hereges, otros sospechosos, de todos es necesario rezelarse, porque todos tienen por sobregueso el dominio del Rey*”⁸², respondería con determinación a la demanda regia.

Así, diez mil soldados partirían en pos del grande de España para, a través de la ruta terrestre que se conocería en lo sucesivo como “*Le Chemin des Espagnols*”, marchar desde Génova hasta la fortaleza de Alessandria, en el Milanesado, centro de poder hispano en la Italia septentrional, continuando a través de Asti, en el Piamonte -perteneciente al duque de Saboya, aliado de la Monarquía Católica hasta 1610-, hasta Pinerolo, desde donde tomarían la senda del noroeste para alcanzar el paso alpino de Mont Cenis. Superada dicha etapa, el contingente liderado por Alba atravesaría la propia Saboya y el Alto Ródano hasta alcanzar el Franco Condado, desde donde continuarían su larga marcha por el ducado lorenés, Luxemburgo y al fin, el frente flamenco. El Camino Español se convertiría así, a la postre, en una verdadera proeza logística por donde los Habsburgo enviarían, atravesando el corazón de Europa y a lo largo de sus 1.100 kilómetros, la asombrosa cifra de 123.000 hombres entre 1567 y 1620⁸³, frente a tan solo 17.600 por vía marítima⁸⁴.

El duque de Alba, fiel a su creencia de que “*estos trabajos se han de acabar con las armas y fuerza sin que se aya de tomar ningún medio de gracia, blandura, negociación ni trato hasta que todo esté llano (...), entonces terná buen lugar la clemencia*”⁸⁵, desataría en los

⁸² *Ibidem*, p. 86.

⁸³ WILSON, Peter Hamish: *La Guerra de los Treinta Años. Una tragedia europea (1618-1630)*. Madrid, Desperta Ferro, 2018, pp. 168-170.

⁸⁴ Conviene incidir a este respecto, en que si los respectivos Habsburgo españoles determinaron el envío de tropas, recursos y dinero a los Países Bajos preferentemente por vía terrestre, con el tiempo y las dificultades que de ello se derivaba, se debería al hecho de que la armada holandesa, con ayuda de la flota inglesa, controlaría durante la mayor parte del conflicto las rutas marítimas a través de las costas atlánticas, el Canal de la Mancha y el Mar del Norte.

⁸⁵ Archivo General de Simancas, Estado, 554/146, *Punto de vista del Duque de Alba, Don Luis de Requesens al rey*, 30 de diciembre de 1573.

territorios alzados en armas una feroz campaña represora, destinada a concluir a sangre y fuego el alzamiento que había tenido lugar en el enclave flamenco⁸⁶.

No obstante, los métodos empleados por el estratega hispano, quien se mostrara incapaz de adoptar el proceder militar que advirtiera Fernández de Velasco, “*commensurando el valor del vencedor con la fuerza del enemigo que vence*”⁸⁷, no harían, sin embargo, sino avivar aún más la llama de la rebelión, derivando los sucesos en un acrecentamiento de las hostilidades que llevaría al duque de Alba a lanzar una cruenta contraofensiva en 1572, durante la cual se lograría retomar el control de varias ciudades de los territorios meridionales, aislar a los neerlandeses de los hugonotes franceses, y alejar a los rebeldes hasta las regiones de Holanda y Zelanda. Los acontecimientos desarrollados tras desatarse la *furia española* en ciudades como Malinas (1572), Harlem (1573) o Amberes, hacia 1576⁸⁸, obligarían al de Alba a pactar a la postre una tregua forzosa con los rebeldes, y retirar sus tropas para reagruparse apenas unos meses después, en febrero de 1577, provocando finalmente que la rebelión de los “*Estados Bajos*” recrudeciera aún más su ya de por sí sombrío cariz.

Hallándose el Condestable comenzando aún su carrera político-militar en la embajada del reino luso junto a su suegro el duque de Osuna, Pedro Téllez de Meneses⁸⁹, en Madrid, disgustada la corte por la estrategia seguida en Flandes y la complejísima situación en que esta había desembocado, el monarca decidiría relevar al de Alba del mando de las veteranas tropas acuarteladas en Bruselas y Gante, enviando en su lugar a don Luis de Requesens.

Sin embargo, la deriva en que se había consagrado la rebelión era ya incorregible; enardecidos por la falta de tacto mostrada por el grande de España, y aprovechando la ausencia temporal de las tropas españolas, los rebeldes, concentrados en los territorios de Holanda y

⁸⁶ A tal fin, el duque de Alba establecería el Tribunal de los Tumultos, difamado por la leyenda negra bajo la denominación de “Tribunal de la Sangre”, merced al cual se realizarían numerosos juicios a nobles y civiles de la región, dirimiendo si habían incurrido en traición a su señor natural o herejía al abrazar los planteamientos luteranos y calvinistas. Cabe señalar a este respecto, como del conjunto de los procesos desarrollados, pese a que se sancionaran con pena de vida un número notorio de encausamientos, la cifra total de ejecuciones habría estado muy lejos de las 100.000 difundidas por la propaganda rebelde, tal como señala el historiador británico miembro de la *Royal Historical Society*, Peter H. Wilson. Para más información, ver en WILSON, Peter Hamish: *La Guerra de los Treinta Años. Una tragedia europea (1618-1630)*. Madrid, Desperta Ferro, 2018, p. 146.

⁸⁷ LÓPEZ DE MENDIZORROZ, Fermín: *Observaciones de la vida del Condestable Juan Fernández de Velasco y cifra de sus dictámenes*. Vigevano, Juan Baptista Malatesta. Impresor Real, 1625, pp. 83-84.

⁸⁸ Merece la pena señalar a este respecto, la importancia que tendría en estos sucesos la acumulación de atrasos en la remuneración de las tropas de Alba, cuya acumulación de soldadas por la suspensión de pagos decretada por la monarquía entre 1575 y 1576 desencadenaría los mencionados motines y saqueos.

⁸⁹ MONTERO DELGADO, Juan: *De todos los ingenios los mejores: El Condestable Juan Fernández de Velasco y Tovar, V Duque de Frías (1550-1613)*. Sevilla, Real Maestranza de Caballería de Sevilla, 2014, pp. 26-27.

Zelanda, incrementaron su control al incorporar Utrecht y el oeste de Güeldres, y protegidos al este por el río Ijssel, al sur por el Rin y el Mossa, al oeste por las islas de Zelanda, al sudeste por el neutral Arzobispado de Lieja y los yermos páramos de Kempen, lograrían tomar la ciudadela de Amberes, asegurando así el vital estuario del Escalda y la entrada desde el sudoeste⁹⁰.

Desde esta posición de aparente invulnerabilidad, con el control de las siete provincias septentrionales de los Países Bajos, los rebeldes determinarían formar la Unión de Utrecht en enero de 1579 y firmar el Acta de Abjuración en 1581, merced al cual repudiaban la autoridad de los Habsburgo declarando su práctica independencia. Se alcanzaba de este modo un punto de no retorno, en el que los Países Bajos quedaban seccionados; al norte, los rebeldes, incapaces de tomar los territorios asegurados por la monarquía hispana; al sur, las provincias leales a Felipe II, controladas por un poderoso contingente armado. Su labor de recuperar las regiones septentrionales sería no obstante, como comprobaran el duque de Frías y Domingo de Toral junto a tantos otros miles de soldados, una proeza humana y materialmente, inalcanzable.

Bajo circunstancias similares las que encontrara el duque de Frías a su llegada al Milanesado, décadas de lucha encarnizada habrían de seguir pues a aquel momento, durante las cuales distinguidos hombres de confianza del rey tratarían de solventar el conflicto y alzarse con la victoria, tales como el propio Luis de Requesens, don Juan de Austria, hermano del soberano y héroe de Lepanto, o Alejandro Farnesio, duque de Parma. Sin embargo, el primero demostraría poseer si bien grandes dotes como diplomático y hábil político, escasa destreza en el comando de las fuerzas militares; en cuanto a los siguientes casos, resulta cierto que se lograron insignes victorias, como en la batalla de Gembloux contra los ejércitos protestantes liderados por el general De Goignie (1578), el sitio de Maastricht (1579), o la toma de Amberes (1585), considerado como prodigioso ejemplo de táctica militar, pero “*nunca es más de vidrio la fortuna que quando reluze*”⁹¹. Así, la muerte habría de sorprender a ambos de forma temprana en el encuentro que tendría lugar en las cercanías de Namur y durante el asedio de la villa francesa de Caudebec, hacia 1578 y 1593 respectivamente, truncando el lento y costoso progreso que las fuerzas de los Habsburgo habían logrado bajo su mando.

⁹⁰ WILSON, Peter Hamish: *La Guerra de los Treinta Años. Una tragedia europea (1618-1630)*, Madrid, Desperta Ferro, 2018, pp. 146-148.

⁹¹ SAAVEDRA FAJARDO, Diego: *Locuras de Europa. Diálogo póstumo de don Diego Saavedra Faiardo*, 1748, pp.37, en Biblioteca Nacional.

Habría de ser entonces, en la última década de la decimosexta centuria, en el momento más crítico de la Monarquía Hispánica, tras los sucesivos decretos regioes de suspensión de pagos, la derrota en las aguas del Canal de la Mancha de la *Grande y Felicísima Armada* frente a los bajeles isabelinos de los “*mendigios del mar*”, el despertar de la nación francesa tras casi medio siglo inmersa en conflictos intestinos conocidos como Guerras de Religión, y las fuerzas rebeldes avanzando posiciones en los Países Bajos, merced a consecutivas victorias sobre las agotadas tropas de los Austrias, cuando Juan Fernández de Velasco, Condestable de Castilla y capitán general del Milanesado, “*con su pequeño ejército que no passaua de cinco mil infantes y la caullería referida*”⁹², acudiera a la llamada de la monarquía en sus horas más funestas⁹³.

En el año de 1592, tras el fallecimiento del duque de Terranova, Felipe II había decidido en un intento por revocar el embate al que el colosal imperio que regía se hallaba sometido, cercado desde los cuatro puntos cardinales por el resto de potencias contemporáneas, otorgar al duque de Frías el gobierno del territorio lombardo, “*siendo el Estado deste gouierno el más importante y dispuesto para mantener la paz en Italia, conseruar los señoríos que tiene S.M en ella y aún para refrenar las intenciones de los que la suelen inquietar*”⁹⁴. Un honor que le instituía en otros términos, como guardián de la *Porta de Europa*, centinela del Camino Español y por ende, principal custodio de cuanto aconteciera en gran medida no solo en los potentados trasalpinos, sino en el propio Flandes.

A tales efectos, cabe destacar como el Condestable, en virtud de la formación tanto humanista como caballeresca que había recibido desde la juventud, como ya se mencionara anteriormente, continuaría con los pilares estructurales en los que el Gran Capitán había sustentado el desarrollo del modelo de combate de la infantería española, observando las mejoras de flexibilidad operacional introducidas por el marqués de Pescara en la misma.

⁹² HERRERA, Antonio: *Tercera parte de la Historia General del mundo, de XIII años del tiempo del señor Rey don Felipe II el prudente, desde el año de 1585 hasta el de 1598 que pasó a mejor vida*. Madrid, Impresor Alonso Martín de Balboa, 1612, Libro XI, p. 503.

⁹³ A juicio de la historiadora italiana Daniela Frigo, la década de 1590 habría supuesto el verdadero punto de inflexión en el devenir de la Monarquía Hispánica. Esta, además de lo mencionado, debería de hacer frente a la amenaza otomana que comenzaba a dar indicios de su recuperación tras la derrota en Lepanto, así como al desequilibrio de los potentados italianos, que trataban de aumentar sus dominios en detrimento del control hispano. Para más información, ver FRIGO, Daniela: “Mantua: Política y diplomacia” en MARTINEZ MILLÁN, José; VISCEGLIA, Maria Antonietta: *La monarquía de Felipe III: Los Reinos (vol. IV)*. Madrid, Fundación Mapfre, , 2008, p. 1178.

⁹⁴ LÓPEZ DE MENDIZORROZ, Fermín: *Observaciones de la vida del Condestable Juan Fernández de Velasco y cifra de sus dictámenes*. Vigevano, Juan Baptista Malatesta. Impresor Real, 1625, pp. 41-42.

No obstante, consciente el de Frías de que “*las guerras se vencen con las preuenciones y diuersiones*”⁹⁵, estudiaría a su vez los errores táctico-diplomáticos cometidos por el duque de Alba -cuyo impetuoso carácter había llevado a recrudecer el conflicto hispano-flamenco-, y por Luis de Requesens -cuya falta de firmeza a la hora de emplear la fuerza armada había provocado el menoscabo del diversos territorios en Países Bajos-, inspirándose finalmente en el éxito de las estratagemas aplicadas por el duque de Parma en tanto comandó los ejércitos de la monarquía. El Condestable reconfiguraría así profusamente el canon militar imperante hasta la fecha, sabedor de que si la corona deseaba preservar el legado imperial, el arte de la guerra, como el de gobierno, debía adecuarse a las exigencias de los nuevos tiempos.

De este modo, mientras Gonzalo Fernández de Córdoba denotaba aún en su conducta indicios inequívocos de la mentalidad propia de la aristocracia medieval, tales como el trato cortés, la piedad hacia el enemigo derrotado como virtud, o incluso una cierta permisividad en la disciplina de sus subordinados, a los que llega a conceder permiso para saquear su propia hacienda al no disponer con que satisfacer sus soldadas, ningún rastro puede advertirse de tal actitud en el duque de Frías para finales de siglo⁹⁶.

Por tanto, en el nuevo arquetipo de hombre de armas diseñado por el gobernador de Milán, perfecto equilibrio entre el caballero y el puro soldado, el alma del combatiente, entendida a su vez por voluntad, por razón del mismo, ha de refrenarse y doblegar con calculada frialdad tanto al cuerpo como a los sentidos, a fin de ofrecer valor en la lucha sin llegar a ceder a las peligrosas tentaciones que conlleva la temeridad, causa y a la vez consecuencia de tan numerosos estragos en la guerra⁹⁷. Así pues, lejos de la imprudente y visceral osadía mostrada por el duque de Alba en los primeros años de la rebelión flamenca, como también de la falta de arrojo de Luis de Requesens, achacada a sus carencias formativas en materia bélica, la prudencia habría de ser en el nuevo *milite* moderno inaugurado por Fernández de Velasco, el factor más relevante e inherente a la constatación del valor, puesto que de no verse este pese a

⁹⁵ HERRERA, Antonio: *Tercera parte de la Historia General del mundo, de XIII años del tiempo del señor Rey don Felipe II el prudente, desde el año de 1585 hasta el de 1598 que pasó a mejor vida*. Madrid, Impresor Alonso Martín de Balboa, 1612, Libro XI, p. 492.

⁹⁶ PUDDU, Raffaele: *El soldado gentilhombre. Autorretrato de una sociedad guerrera: la España del siglo XVI*, Barcelona, Argos Vergara, 1984, pp. 53-54.

⁹⁷ LÓPEZ DE PALACIOS RUBIOS, Juan López: *Tractado del esfuerço bellico heroyco*, Madrid, 1793, pp. 5-6.

su imperiosa necesidad, acompasado por el raciocinio y la moderación cabal, tan solo devendrían fracasos⁹⁸.

Una nueva forma de hacer y entender la guerra, de la que el propio Condestable daría habida cuenta ya en 1595, durante la reñida campaña de Borgoña contra el Príncipe de Bearne, cuando tras lograr expugnar la guarnición francesa acuartelada en el fuerte de Temblacurt, muy a pesar de su determinación de acabar con la resistencia enemiga que había conseguido retirarse, este abandonara finalmente la idea, “*juzgando ser de mayor importancia conseruar las [plazas] ya cobradas y hazer frente a Borbón (...), considerada la desigualdad de la gente y el peligro del sitio que tenía la nuestra, rodeado de tantos asomos de exércitos enemigos, en un pays abierto, amedrentado y embidiado de los hereges de Alemania y suizos, (...) no tuuiese [el primer impulso] más de intrépido coraje, que de seguro acierto*”⁹⁹.

El nuevo modelo militar instaurado por el duque de Frías en la década de 1590 respondería, en definitiva, a las arduas exigencias que el vertiginoso incremento del tamaño de los ejércitos con el triunfo de la infantería, el uso masivo de la artillería, la difusión de las armas de fuego y sobre todo, la imposición de los sistemas defensivos inspirados en la *trace italienne*, reclamaban. Con la proliferación de este tipo de fortificaciones a lo largo de Europa, con especial atención a los Países Bajos, la naturaleza clásica de la guerra se vería seriamente adulterada; la rápida resolución de las contiendas mediante la confrontación de dos huestes a campo abierto había tocado a su fin; las cargas de la potente caballería acorazada francesa se revelaban incapaces de superar el muro de picas sostenido por los infantes; los arcos y ballestas nada tenían que hacer frente a la potencia de mosquetes y arcabuces, y los valores renacentistas del cortés gentilhomme, habían dado paso a una mentalidad radicalmente distinta simbolizada por el soldado de a pie.

De este modo, en los albores del siglo XVI y a lo largo de la siguiente centuria, las breves guerras de exterminio serían sustituidas, dada la imposibilidad de llevarse a término, por largos y prolongados conflictos basados en el lento pero progresivo desgaste de las fuerzas enemigas hasta que estas, agotadas, padeciesen la derrota. Así, las batallas campales, aunque seguirían produciéndose -especialmente entre los ejércitos sitiadores y las columnas de socorro que acudían en auxilio de los defensores, como en San Quintín (1557), Nördlingen (1634) o

⁹⁸ *Ibidem*, p.74.

⁹⁹ LÓPEZ DE MENDIZORROZ, Fermín: *Observaciones de la vida del Condestable Juan Fernández de Velasco y cifra de sus dictámenes*. Vigevano, Juan Baptista Malatesta. Impresor Real, 1625, pp. 65-66.

Rocroi (1643)-, ya no poseerían ese carácter decisivo, resolutorio de los conflictos. La erección de baluartes y bastiones prácticamente impenetrables alumbrarían un nuevo modo de enfrentamiento, la guerra de sitio, merced a la cual una fortaleza medianamente defendida por unos miles de efectivos, y apoyada por otras fortificaciones próximas – hecho habitual desde la adopción de la *trace italienne*-, suponía un riesgo demasiado elevado para el ejército invasor como para dejarla atrás y continuar avanzando; se hacía pues imperiosa, su conquista a cualquier precio¹⁰⁰.

Si se tiene en la debida consideración además, que por numeroso que fuere el ejército invasor, no existían medios materiales que permitiesen reducir el tiempo que requería someter una plaza, no ha de sorprender que en lo sucesivo las victorias en batalla no lograsen decantar la balanza, ya que pese a todo, el control de los territorios continuaba en manos de quienes mantuviesen la posesión de los respectivos presidios. En consecuencia, la guerra pasaría a caracterizarse por la toma, pérdida, conquista y expugnación de las plazas fuertes, en un fenómeno sin precedentes en la historia militar que por vez primera, equiparaba, sino favorecía, las tácticas defensivas sobre las ofensivas, dando lugar a asedios que podían durar días, meses, incluso años¹⁰¹. Así, en 1605 señalaba el estadista italiano Giovanni Botero, que “*actualmente, la guerra se prolonga todo lo que es posible, y su finalidad no es aplastar sino cansar; no es derrotar sino desgastar*”. No le faltaba razón.

Como evidenciaría el Condestable con la puesta en práctica del nuevo canon militar, adecuado a la evolución de los tiempos, el cambio en la naturaleza de la guerra implicaba también, a su vez, una transformación en el modo de practicarla y por ende, en la mentalidad y valores de los hombres que en ella se medían. De este modo la victoria, convertida en el único objetivo a batir, habría de lograrse mediante la aplicación de un tacitismo que, subordinando la razón de Estado a la religión, se inspiraría en los planteamientos del filósofo florentino Nicolás Maquiavelo. Consecuentemente, todo medio o recurso disponible, lícita o ilícitamente sería válido, difundiéndose una conducta desleal, anticaballeresca, en virtud de la cual los pactos

¹⁰⁰ PARKER, Geoffrey: *La Revolución Militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente (1500-1800)*, Barcelona, Crítica, 2002, p. 35.

¹⁰¹ Quizá uno de los casos más representativos fuera el sitio y toma de la ciudad de Breda, transcurrido entre el 28 de agosto de 1624 y el 5 de junio de 1625, bajo el auspicio del general Ambrosio Spínola, el cual sería tenido como ejemplo de sitio rápido, dada la extenuante duración del asedio en otros casos como el de Ostende, que se prolongaría durante más de tres años (1601-1604).

podrán ser violados y las treguas, quebrantadas. Nacía así una guerra cruel, sucia, encarnizada, en la que no habrá lugar para concesión alguna al enemigo¹⁰².

A tales efectos, merced al saber que otorga la experiencia, Fernández de Velasco alertaría con la puesta en práctica del nuevo modelo militar, del cambio en los paradigmas tradicionales del enfrentamiento bélico; en las nuevas guerras de desgaste que combatía ya, y aún en las que habría de librar la Monarquía Hispánica en las décadas ulteriores, reconocimientos, salidas y acciones de diversión habrían de preceder a las escasas batallas campales, dadas las circunstancias impuestas tras la adopción generalizada del férreo sistema defensivo italiano en los Países Bajos.

El duque de Frías reivindicará así, más que los asaltos victoriosos -realmente escasos, salvo excepciones como el saco de Amberes de 1576 o la toma de Vesoul en 1595, ubicada en el Franco Condado, donde “*auiendo el Condestable sitiado [la villa] a 2 de mayo la tomó por assalto, degollando el presidio y saqueando el lugar que daua el castillo, y dentro del otros trecientos loreneses*”¹⁰³-, el valor que adquiriría en lo sucesivo la defensa, y no tanto el ataque, por cuanto poseía de constancia, disciplina y fidelidad a los intereses del soberano. De este modo, una retirada digna, ordenada y honorable permitiría a la corona salvaguardar sus recursos, conservar hombres y banderas, pudiendo emplearlos en el teatro de operaciones en momento más propicio¹⁰⁴.

Por consiguiente, en el nuevo canon estratégico pergeñado por el Condestable merced a los aciertos y errores de sus predecesores en la milicia, en las nuevas guerras del siglo XVII, y todavía en los enfrentamientos de fines del XVI, caracterizadas por el desgaste, y donde pesara tanto la astucia como la fuerza, el lento menoscabo y deterioro del conjunto de recursos humanos, materiales y económicos de los que disponía el enemigo, el aprovechamiento fríamente calculado de los recursos financieros, logísticos y psicológicos, adquiriría absoluta primacía a la hora de dirigir las tropas en batalla¹⁰⁵.

¹⁰² PUDDU, Raffaele: *El soldado gentilhombre. Autorretrato de una sociedad guerrera: la España del siglo XVI*, Barcelona, Argos Vergara, 1984, p. 26.

¹⁰³ HERRERA, Antonio: *Tercera parte de la Historia General del mundo, de XIII años del tiempo del señor Rey don Felipe II el prudente, desde el año de 1585 hasta el de 1598 que pasó a mejor vida*, Madrid, Impresor Alonso Martín de Balboa, 1612, Libro XI, p.495.

¹⁰⁴ PUDDU, Raffaele: *El soldado gentilhombre. Autorretrato de una sociedad guerrera: la España del siglo XVI*, Barcelona, Argos Vergara, 1984, p. 27.

¹⁰⁵ *Ibidem*, pp. 58-60.

Un aspecto crucial que, pese a su condición de simple soldado de infantería, no pasará inadvertido para Domingo de Toral, quien como legatario de la cultura militar instituida por Fernández de Velasco, refiere en su *Relación* “*que aquella famosa ciencia del saber acuartelar un ejército, reconocer la calidad y circunstancias de un sitio, o alojarse o dar batalla, según guerra ofensiva o defensiva, que tanto les importó saberla a César en la Francia; a Carlos V en Alemania, con el de Lanzgrave y Sajonia (...) no la enseña Euclides en su geometría, ni reglas, ni preceptos de famosos ingenieros, mas un claro natural curtido en una larga experiencia de casos militares*”¹⁰⁶.

De este modo, el de Frías conseguiría desarrollar una nueva forma de combate en idiosincrasia con el pulso que el terreno, las armas y las fortificaciones de fines de la decimosexta centuria habían impuesto, dando lugar a un nuevo modo de hacer la guerra que, mediante la especialización en rápidas maniobras, ataques por sorpresa, emboscadas y combates continuados en la defensa o sitio de plazas fuertes, lograría socavar las fuerzas rebeldes.

Un arduo y agotador proceso en el cual, “*usando para ello de mil cavilaciones y estratagemas*”¹⁰⁷, no dudaría el Condestable en centrar el proceder de sus hombres en la lucha mediante el uso de pequeñas unidades seleccionadas de arcabuceros -que habían probado su efectividad actuando tanto en estructuras móviles de compañías y escuadrones, como individualmente-, o, en caso de refriega en campo abierto, empleando una combinación de gran flexibilidad operativa, al tiempo que sólida por su potencia en ataque, de infantería y caballería ligera, capaces de soportar el embate de las tropas contrarias sin dejar por ello de avanzar, gracias al acoso continuo al que se hallaban sometidos los flancos y retaguardia enemigas por los jinetes¹⁰⁸.

¹⁰⁶ DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55, tomo LXXI, p. 502.

¹⁰⁷ LÓPEZ DE MENDIZORROZ, Fermín: *Observaciones de la vida del Condestable Juan Fernández de Velasco y cifra de sus dictámenes*. Vigevano, Juan Baptista Malatesta. Impresor Real, 1625, p. 92.

¹⁰⁸ PUDDU, Raffaele: *El soldado gentilhombre. Autorretrato de una sociedad guerrera: la España del siglo XVI*, Barcelona, Argos Vergara, 1984, pp. 23-24.

Fernández de Velasco lograría así, “*supliendo las canas con la madurez de juicio, y la falta de experiencia con el ánimo prudente y valor incontrastable*”¹⁰⁹, inaugurar en definitiva, una profunda reconversión del canon militar acondicionado a los avatares que el azote de Marte exigía, sin posibilidad de demora, en el decenio de 1590. Un modelo fielmente arraigado en los principios que regirían en todas y cada una de las acciones llevadas a cabo al mando de sus hombres, magistralmente recogidos por el tratadista Juan López de Palacios Rubios; osadía frente al enemigo, justicia y disciplina con vasallos y subordinados del monarca y, sobre todo, razón, frialdad en la elección del lugar y el momento de la batalla, personificando el adecuado balance entre valor y prudencia, coraje y templanza¹¹⁰.

Así daría reiterada fe de ello en el encuentro acontecido ante la ciudadela de Marne, en Borgoña, donde dado “*el gran temor que en la tierra auía de su nombre, (...) no quiso dexarle [los defensores] tomar pie, sino tratar desde luego de echarle de la tierra, y con la gente que tenía (aunque poca), vn cañón, vna culebrina, vna bastardela, y dos piezas de campaña, se encaminó sobre Marnê, plaça que ya tenía el enemigo, (...) y el Condestable la tomó y ahorcó a veynte y cinco hombres por la resistencia, perdonando a los demás*”¹¹¹.

A tales efectos, si bien el Condestable consideraría aguardar pacientemente el momento propicio para cargar sobre los ejércitos y marchar sobre los bastiones, en aras si no de una evidente superioridad numérica, al menos estratégica, en función de la situación y tamaño de sus propias fuerzas, no vacilaría tampoco cuando la ocasión lo demandase en comportarse más como capitán de compañía que como general en jefe de la tropa, acudiendo al combate junto a sus hombres y “*arriesgando su persona por asegurar el cuerpo de su ejército*”¹¹².

Tal sería su determinación en las inmediaciones de la Fontana Francesa, hacia 1595, donde “*a las fronteras de Grey, de la otra banda del Sona (...) pelearon buen rato con pérdida de gente de ambas partes, tocándonos a nosotros la de Don Alonso de Idiáquez, gouernador de la cauallería*”, de tal modo que “*entendiendo la refriega, el Condestable formó al punto vn*

¹⁰⁹ LÓPEZ DE MENDIZORROZ, Fermín: *Observaciones de la vida del Condestable Juan Fernández de Velasco y cifra de sus dictámenes*. Vigevano, Juan Baptista Malatesta. Impresor Real, 1625, pp. 42-43.

¹¹⁰ LÓPEZ DE PALACIOS RUBIOS, Juan López: *Tractado del esfuerço bellico heroyco*, Madrid, 1793, p.76.

¹¹¹ HERRERA, Antonio: *Tercera parte de la Historia General del mundo, de XIII años del tiempo del señor Rey don Felipe II el prudente, desde el año de 1585 hasta el de 1598 que passó a mejor vida*, Madrid, Impresor Alonso Martín de Balboa, 1612, Libro XI, p. 494.

¹¹² LÓPEZ DE MENDIZORROZ, Fermín: *Observaciones de la vida del Condestable Juan Fernández de Velasco y cifra de sus dictámenes*. Vigevano, Juan Baptista Malatesta. Impresor Real, 1625, p. 55.

*esquadrón volante de españoles, y partió con ellos al socorro de la caullería, no dudando del poder y número de enemigos que ya sabía*¹¹³.

En conclusión, en las postrimerías del siglo XVI, el actualizado modelo militar en cuya elaboración tanto había perseverado el duque de Frías durante cuatro décadas de servicio a la corona de los Hasburgo, se revelaría al fin como el sistema más idóneo con el que afrontar las guerras que, a lo largo y ancho del viejo continente, con especial incidencia en la encrucijada flamenca de los Países Bajos, habrían de dirimirse en los tiempos venideros. La victoria en las tomas de Marne, Gray, Temblacurt, “*Sur, Belbedere, Tartara, Chausin, Fouan, Richicot, Duli*”¹¹⁴ y hasta veinte baluartes más del territorio borgoñón según la crónica oficial de Antonio de Herrera¹¹⁵, “*las más dellas bien fuertes*”¹¹⁶, daban sobrada fe de su eficacia en las cruentas e interminables guerras de desgaste en que deberían batallar aún los tercios de Castilla.

Juan Fernández de Velasco, duque de Frías, gobernador y capitán general del Milanesado, realizaba con “*la restauración de las plazas del Condado, ahuyentado el enemigo, desbaratado sus fuerças y restituydo al dominio del Rey los antiguos y muy queridos vasallos*”¹¹⁷, su impagable aportación en la férrea defensa de la Monarquía Hispánica y su inmenso legado. No obstante, bajo el versado amparo del nuevo canon militar, habrían de ser otros generales y otros soldados los que continuasen, en otros frentes, su pesada labor; hombres como Ambrosio Spínola y Domingo de Toral y Valdés, cuyo deber no sería otro sino sostener sobre sus hombros, acompasados por el lento batir de los tambores, la ardua responsabilidad de salvar de la ambición de sus enemigos la que había sido, era, y aún sería por más de medio siglo, la nación más poderosa de la tierra.

¹¹³ *Ibidem*, pp. 74-75.

¹¹⁴ *Ibidem*, pp. 81.

¹¹⁵ HERRERA, Antonio: *Tercera parte de la Historia General del mundo, de XIII años del tiempo del señor Rey don Felipe II el prudente, desde el año de 1585 hasta el de 1598 que passó a mejor vida*, Madrid, Impresor Alonso Martín de Balboa, 1612, Libro XI, pp.496

¹¹⁶ LÓPEZ DE MENDIZORROZ, F, *Observaciones de la vida del Condestable Juan Fernández de Velasco y cifra de sus dictámenes*, Vigevano, Juan Baptista Malatesta. Impresor Real, 1625, p. 81

¹¹⁷ *Ibidem*, p. 79.

*“Del frío de las centinelas, del peligro de los asaltos, del espanto de las batallas, de las hambres de los cercos, de la ruina de las minas, con otras cosas de este jaez, que algunos las tienen por añadiduras del peso de la soldadesca, y son la carga principal della”*¹¹⁸

3. ESPAÑA MI NATURA, FLANDES MI SEPULTURA

En mayo de 1624, reanudadas las enconadas hostilidades entre las autoproclamadas Provincias Unidas y la monarquía de los Habsburgo, regida ya bajo la jovencísima mirada del Rey Planeta, el primer ministro francés Armand Richelieu escribía preocupado por el desarrollo de los acontecimientos bélicos, una misiva al monarca Luis XIII. En ella, el cardenal advertía con notable alarma, *“no se puede dudar que los españoles aspiran al dominio universal, que los únicos obstáculos que hasta el presente han encontrado son la distancia entre sus dominios y su escasez de hombres”*¹¹⁹. Efectivamente, sus razonamientos eran acertados.

En poco más de medio siglo, la corona católica había logrado hacerse con un imperio ostensiblemente aún mayor que el de Alejandro Magno o los Césares, incorporando en ese tiempo millones de almas a la fe romana. De la natal Iberia a las yermas costas de Berbería, de la cálida Italia al lóbrego Flandes, de la selvática Tenochtitlán a la glaciaria Patagonia, y del abrupto Perú a los remotos confines de Filipinas, los monarcas hispanos habían logrado imponerse frente a los imprevisibles potentados italianos, la herejía de los príncipes alemanes, la insubordinación de los Países Bajos, el acoso de la ladina Albión, la omnipresente amenaza de la media luna, la indiscutible potencia gala y la perenne lacra del corso.

A tal fin, la monarquía de los Austrias llevaría a término un sobreesfuerzo logístico, financiero, humano y material difícilmente calculable, enviando sus pesados galeones al Nuevo Mundo hasta veintinueve veces tan solo durante la primera mitad del siglo XVII, a fin de recibir tanto el oro y la plata de las minas del Potosí, como los diez millones de ducados anuales que generaba en réditos el comercio transatlántico. Del conjunto de estas expediciones, únicamente dos lograrían ser interceptadas por los bajeles enemigos¹²⁰.

¹¹⁸ CERVANTES SAAVEDRA, Miguel: *Novelas Exemplares I. El licenciado Vidriera*. Valencia, 1797, pp. 286-287.

¹¹⁹ HANOTAUX, Gabriel: *Histoire du Cardinal de Richelieu*. París, Société de l'Histoire Nationale, 1893, Vol. III, pp. 5-6; *“On ne peut douter, lisons-nous dans le mémoire destiné au Roi et au Conseil, que les Espagnols n'aspirent à la domination universelle et que, jusqu'à présent, les seuls obstacles qu'ils ont rencontrés sont la séparation de leurs États et la faute d'hommes”*.

¹²⁰ WILSON, Peter Hamish: *La Guerra de los Treinta Años. Una tragedia europea (1618-1630)*. Madrid, Desperta Ferro, Madrid, 2018, p. 134.

No obstante, pese a las esperadas remesas coloniales, los fundamentos del mérito de sostener un vasto solar como lo fue el español habrían de recaer sobre la fidelidad castellana, la cual, pese al estancamiento de su economía, las trabas burocráticas o la profunda crisis demográfica acaecida desde el último tercio del siglo XVI, sacaría aún suficientes fuerzas como para prorrogar la causa imperial, aportando la asombrosa cantidad de doscientos dieciocho millones de ducados entre 1556 y 1654. Tan sólo el mantenimiento del Ejército de Flandes demandaría, entre 1596 y 1600, más de tres millones anuales para continuar sosteniendo la encarnizada lucha en la encrucijada del norte¹²¹. Un sacrificio cuyo ritmo era imposible de mantener en las circunstancias contemporáneas para cualquier Estado moderno, por extenso y poderoso que este fuera, como se comprobaría a la postre.

Así pues, la respuesta al dilema planteado por el modo en que fuera posible la empresa acometida por los monarcas hispanos, podría hallarse humildemente, “*observando el consejo que dio Carlos Quinto a Felipe Segundo; buscando hombres para los oficios, y no oficios para los hombres*”¹²². Figuras como Juan Fernández de Velasco o Domingo de Toral, que deseosos de gloria o impelidos por la pobreza, e indiferentes a la estela de su origen o los prejuicios de su condición social, desfilarían junto a tantos otros bajo las desgarradas banderas de la poderosa y aún temida Monarquía Católica.

3.1 De aquellas guerras, estos hombres. El soldado del siglo XVII

Las innumerables guerras libradas a lo largo del viejo continente desde inicios del Renacimiento hasta finales de la decimosexta centuria, en virtud de sus características y avatares dieron lugar a un tipo de conflicto bélico radicalmente opuesto a los anteriores. La renovación del modelo militar establecido por el Condestable de Castilla otorgaría, como ya se ha visto, la mejor solución posible acorde con las posibilidades de su tiempo, reuniendo para ello un equilibrio entre prudencia y valía, fuerza y diplomacia. Este canon, sin embargo, no se limitaría a su mera aplicación estratégica, sino que la experiencia de combate acumulada tras décadas de conflictos, profundizaría hasta los estratos más bajos de la jerarquía militar, contribuyendo de manera decisiva en el proceso formativo de lo que el filósofo José Ortega y Gasset calificó como “el verdadero soldado”.

¹²¹ *Ibidem*, pp. 135-137.

¹²² LÓPEZ DE MENDIZORROZ, Fermín: *Observaciones de la vida del Condestable Juan Fernández de Velasco y cifra de sus dictámenes*. Vigevano, Juan Baptista Malatesta. Impresor Real, 1625, p. 117.

De este modo, las postrimerías del siglo XVI alumbraron el nacimiento de una nueva tipología de combatiente, cuya influencia alcanzaría no sólo a los cimientos de la sociedad moderna, sino a sus *ordines* más privilegiadas, en un proceso cuyo éxito y asimilación habría resultado tan solo unas pocas décadas atrás del todo impensable. El final del reinado de Felipe II en 1598, a las puertas del cambio de centuria, culminaba la lenta pero firme creencia del pueblo castellano en su particular disposición para las artes de la guerra, la cual se había convertido, y aún lo haría con mayor profundidad en años posteriores, en una parte esencial e inherente a la existencia de aquellos hombres cuya vida transcurría por sus senderos, ya fuera aquella tomada por oficio o como experiencia transitoria¹²³.

La actividad en que había tornado la milicia, conformando una ideología militar rica y emprendedora, caminaba además de la mano de las necesidades del Estado moderno, que veía en la ciencia de Marte una vía insustituible para lograr su cohesión y consolidación interna, máxime en el caso hispano, cuyo imperio política, cultural y geográficamente heterogéneo resultaba una amenaza latente a su poderío. Así pues, monarcas y súbditos, hallarían en la llamada de las armas un instrumento igualmente retributivo para ambos. Los primeros, exhortando a la entrada en la milicia, “*madre de los valientes de la guerra, archiuo de catholicos soldados*”¹²⁴, lograban un medio de fidelidad al Estado y a sus intereses político-militares. Los segundos, encontraban de este modo una inigualable oportunidad de promoción social, merced a la honorable vía de ennoblecimiento que brindaba el servicio regio para todos aquellos que, como el propio Toral, estuvieren dispuestos a arriesgar la vida en las brechas de la monarquía¹²⁵, tal como lo refiere el soldado y tratadista vascongado, Marcos de Isaba;

“Quienes quieren [ascender] de soldado honrado y entendido en la milicia y buen Christiano (...) que tengan por cierto y verdadero que no faltando el vno ni el otro a la reputación y grado de tal officio ni seruicio de su Magestad serán en los demás cargos ocupados y antepuestos, hasta llegar a ser capitanes, que teniendo su merecer, el General no les podrá despojar de tal honra. Estas menudencias en la soldadesca es menester se guarden y executen, porque son de mucho prouecho (...) pues vemos oy día que vn soldado mísero (...) verá que el seruir y entender en los officios y

¹²³ PUDDU, Raffaele: *El soldado gentilhombre. Autorretrato de una sociedad guerrera: la España del siglo XVI*, Barcelona, Argos Vergara, 1984, p.119.

¹²⁴ CERVANTES SAAVEDRA, Miguel: *Canción segunda de la pérdida de la armada que fue a Inglaterra*. Madrid, Biblioteca Nacional, ms 2856, fols. 20-22, en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, *Poesías sueltas*, XXI.

¹²⁵ PUDDU, Raffaele: *El soldado gentilhombre. Autorretrato de una sociedad guerrera: la España del siglo XVI*. Barcelona, Argos Vergara, 1984, pp.119-120.

*cargos, y andar ocupado en ellos, viuiendo de virtuoso, le han de poner en la honra, y condición, y grado tan desseado de todos los que siguen la guerra, y piensan en ella ser estimados*¹²⁶

A tales efectos, si bien impelidos por vocaciones diferentes, campesinos, estudiantes, letrados, pecheros todos ellos, hidalgos de la nobleza de segunda fila e insignes miembros de la más alta aristocracia castellana como Fernández de Velasco, difuminarán las barreras jurídico-sociales que los separaban para dar lugar al nuevo combatiente moderno, congregados todos ellos sin distinción de origen, bajo el marcial amparo del servicio al rey. La necesidad de “*pelear, y venir a las manos*”¹²⁷ conjuntamente, repeliendo una escalada sobre las mismas murallas, o soportando el fogeo de la artillería enemiga en la miseria de las mismas trincheras, preparó el nacimiento del soldado del siglo XVII, caracterizado por una idónea simbiosis entre el caballero y el soldado de a pie, entre el noble y el plebeyo, firmemente imbricada en las instituciones militares que soportaban el abrumador peso de la Monarquía Católica.

Así, la progresiva acumulación de años y décadas de servicio al soberano ciñendo la espada, portando pica o arcabuz al hombro durante largas marchas, interminables sitios y cruentas batallas, conformaban un cúmulo de fatigas, victorias y pesares que consagrarían el nuevo arquetipo del soldado moderno, aplicable con indiferencia de la posición social que pudiese ostentar en tiempos de paz, idóneamente retratado por un Domingo de Toral, para quien “*primero soy yo y mi honra*”¹²⁸. La dura existencia de estos hombres de armas, marcada por la guerra, las enfermedades y en no pocas ocasiones el cautiverio, junto con el choque con la realidad que padecían al ser trasladados a un teatro de operaciones alejado cientos de millas merced al sistema de expatriación militar¹²⁹, que intensificaba la sensación de aislamiento y la

¹²⁶ ISABA, Marcos: *Cuerpo enfermo de la milicia española, con discurso y auisos, para que pueda ser curado, viles y de prouecho*. Madrid, 1594, Cap. XIII, pp. 79-80.

¹²⁷ CASTILLO DE BOVADILLA, Jerónimo: *Política para corregidores y señores de vassallos, en tiempo de paz, y de guerra, y para juezes eclesiásticos y seglares y de Sacas, Aduanas, y de Residencias, y sus Oficiales...* Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1978, p. 209.

¹²⁸ DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*, Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, tomo LXXI, p. 533 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

¹²⁹ El mencionado sistema de expatriación, por el que las instituciones militares de los Habsburgo españoles mostraron gran predilección pese a los problemas derivados con la población civil, consistía en el reclutamiento de tropas en un lugar concreto de sus dominios, para después de su debida instrucción, enviarlos a servir en territorio extranjero. De este modo se reducía notoriamente la desertión de las tropas, tan lejos de sus hogares, para cuyo retorno debían en caso de abandono del ejército, recorrer largas distancias en solitario con los peligros que ello suponía. Así, las tropas alistadas en la Península Ibérica solían recibir formación en los presidios de Italia o del norte de África, siendo enviados después a Países Bajos o Centroeuropa. Valones y flamencos, por el contrario, eran traídos a España donde su rendimiento mejoraba de forma ostensible, como demuestra el cuerpo de guardia de Felipe IV. Para más información, ver PARKER, Geoffrey: *La Revolución Militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente (1500-1800)*. Barcelona, Crítica, 2002, pp. 75-77.

hostilidad de que eran víctimas en el nuevo entorno, “*que aunque parezca que este el lugar pacífico, no ay que fiar ni asegurar jamás en este caso de ninguna prouincia*”¹³⁰, no haría en consecuencia, sino acentuar el perfil del nuevo combatiente castellano¹³¹.

No debe extrañar por tanto, el carácter propio adoptado por los miembros de la milicia con el transcurrir del tiempo y el devenir de los conflictos: grave, austero, impasible bajo las picas cuando resuena la corneta anunciando el momento de cerrar el cuadro para entrar en liza; disciplinado y valeroso en las salidas de las guarniciones y los encuentros en camisa que se acometen al amparo de la noche; arrogante, fanfarrón, orgulloso y las más de las veces, hambriento, en los escasos periodos en que puede pasearse por las calles de ciudades como Amberes o Nápoles, la mano presta en el pomo de la espada, calado el sombrero, sabedor de su pertenencia a un ente corporativo distinguido, privilegiado, que lo diferencia y eleva del común de aquellas gentes extrañas. Un carácter, una forma de ser y proceder la del soldado moderno, que uno de sus contemporáneos, el dramaturgo Pedro Calderón de la Barca, sintetizaría magistralmente en su obra *El sitio de Bredá*;

*“Estos son españoles. Ahora puedo
hablar, encareciendo estos soldados,
y sin temor; pues sufren a pie quedo
con un semblante, bien o mal pagados.*

*Nunca la sombra vil vieron del miedo,
y aunque soberbios son, son reportados.
Todo lo sufren en cualquier asalto.
Sólo no sufren que les hablen alto”*¹³²

De este modo, desde finales del siglo XVI y principios del XVII, germinaría una verdadera síntesis interclasista, que en virtud de la ventajosa vía de ascenso social que ofrecían las instituciones militares, facilitaría las condiciones necesarias para que se produjese un trasvase de valores. “*Siguiendo lo bueno y verdadero de la milicia, que no le puede faltar la*

¹³⁰ EGUILUZ, Martín: *Milicia, discurso y regla militar del capitán Martín de Eguiluz, bizcaíno*, Amberes, 1595, Libro I, pp. 3-4.

¹³¹ PUDDU, Raffaele: *El soldado gentilhomme. Autorretrato de una sociedad guerrera: la España del siglo XVI*, Barcelona, Argos Vergara, 1984, pp. 154-155, 188.

¹³² CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro: *El sitio de Bredá, Madrid*. 1640, Jornada I en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2001.

buena costumbre y ley que se ha introducido”¹³³, los hijosdalgo adoptarían las cualidades de un rango seminobiliario que les dota de las mejores virtudes de la raza y la sangre, los plebeyos se impregnarían del espíritu aristocrático y del sentido de la fidelidad y el honor, y la élite nobiliaria asumirá buena parte del ardor guerrero que caracterizaba al combatiente pedestre de la milicia española¹³⁴.

Se produciría, en consecuencia, una armoniosa conciliación en la que, tomando al duque de Frías y a Toral como ejemplos representativos, se injertan el prestigio guerrero, las cualidades morales y la destreza individual con las técnicas y tácticas que aquellas grandes estructuras llamadas tercios, supieron incorporar con flexibilidad merced a la nueva doctrina militar, surgiendo “*mill Cides, mill Roldanes y mil Martes, valiente aquel, a queste más valiente*”¹³⁵. Un nuevo soldado fruto de la convergencia de un conjunto de variopintos valores culturales y presiones sociales, dotados no obstante, de unos mismos objetivos políticos e ideológicos.

Nace así el infante-caballero, y también el caballero-infante, capaz de empuñar la pica o disparar el arcabuz, que tomará a su vez el pico y la pala cuando así lo requieran los ardides de la guerra, y que impelidos de virtudes antiguas y nuevas, se batirá ya fuere en pos de promoción social, de deseos de gloria o por el brillo del oro, en nombre de Dios y del Rey - aspiraciones que podían ser tomadas por una misma, dado el halo cuasi sacral del soberano-, en los enclaves más remotos del imperio. El Estado Moderno halla de este modo, merced al férreo sentimiento corporativo que ha logrado aunar tan dispares espectros sociales ante unos mismos miedos, peligros y fatigas por la fe jurada que todos ellos han declarado al soberano y a sus banderas, los elementos perfectos que le permitirán acometer el prosaico proyecto de defensa de un vasto legado territorial.

¹³³ ISABA, Marcos: *Cuerpo enfermo de la milicia española, con discurso y auisos, para que pueda ser curado, viles y de prouecho*. Madrid, 1594, Cap. XIII, p. 79.

¹³⁴ PUDDU, Raffaele: *El soldado gentilhombre. Autorretrato de una sociedad guerrera: la España del siglo XVI*, Barcelona, Argos Vergara, 1984, pp. 133, 185-186.

¹³⁵ CERVANTES SAAVEDRA, Miguel: *Canción primera de la pérdida de la armada que fue a Inglaterra*. Madrid, Biblioteca Nacional, ms 2856, fols. 20-22 en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, *Poesías sueltas*, XX.

En la agonía de la decimosexta centuria se asiste, en definitiva, a la rápida difusión de los ideales nobiliarios en las camarillas que los infantes plebeyos formaban entre sí, y que bajo la inapelable dureza de la estricta disciplina militar¹³⁶, “*porque el que no obedece bien no sabrá mandar y hazerse obedecer, ni vale nada para official ni para soldado*”¹³⁷, fomentaría el acrecentamiento del coraje individual de los combatientes, pero también el sentimiento corporativo, abocando dicho resultado en la consecución de los fines regios. No en vano el mariscal galo Blaise de Montluc, acérrimo opositor de los intereses de los Austrias, reconocería pese a la rivalidad manifiesta, que “*en la milicia española se respiraba una atmósfera moral, una disciplina y un sentido del honor generalmente desconocidos entre la ruda soldadesca de la época*”¹³⁸.

A tales efectos, en el seno de una institución armada que antepone con notable rigor la meritocracia, la destreza en el desempeño funcional de los cargos frente a las divisiones de origen estamental -como demuestra un humilde Domingo de Toral, que huyendo de la pobreza lograría alcanzar el rango de capitán-, surgirá en Europa el puro soldado. Este, pragmático instrumento de un fin que no siempre conoce, tal y como advierte oportunamente el filósofo José Ortega y Gasset, “no lo hubo en Europa antes ni tampoco después”, pues si hasta finales de 1500 tan solo existía el guerrero, llegado el siglo XVIII lo haría el militar¹³⁹.

Es así hacia 1600, en las encarnizadas guerras que se libraban en el viejo continente por el control de Flandes, y aún en la Guerra de los Treinta años, entre la “*gente principal*” y la de “*gente de rapiña, que biuen mal y presto son conocidos en la Infantería, pues ya se saue quán infame vicio es y que mal tenido y castigado*”¹⁴⁰, presente en todos los ejércitos contemporáneos, donde nacería, se desarrollaría y consagraría, el verdadero y honrado soldado de infantería. Este nuevo *milite*, para quien los riesgos de la batalla, el golpe de pica o el

¹³⁶ Sirva como caso representativo el del propio Domingo de Toral, cuando tras haber finalizado sus servicios en Flandes, solicitase asentar plaza nuevamente de soldado en el Ejército de Flandes “diciendo que mi voluntad era servir donde mereciese”, a lo cual el secretario Pedro de Arce le respondería “que servía a S.M. haciendo lo que se me mandaba”. En DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, Tomo LXXI, p.533 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

¹³⁷ EGUILUZ, Martín: *Milicia, discurso y regla militar del capitán Martín de Eguiluz, bizcaíno*. Amberes, 1595, Libro I, pp. 3-4.

¹³⁸ GARCÍA HERNÁN, Daniel: *La cultura de la guerra y el teatro del Siglo de Oro*. Madrid, Sílex, 2006, pp. 256.

¹³⁹ ORTEGA Y GASSET, José: *Mirabeau o el político, Contreras o el aventurero*, Madrid, El Arquero, 1974, p. 72.

¹⁴⁰ EGUILUZ, Martín: *Milicia, discurso y regla militar del capitán Martín de Eguiluz, bizcaíno*. Amberes, 1595, Libro I, p. 3.

repentino balazo rivalizaban con el hambre, el frío y las epidemias por las que necesariamente había de pasar, viviendo sobre el terreno “como la langosta”, se convertiría en una inexorable máquina de combate¹⁴¹, ya lejos de la humanizada visión de que aún se hallaban dotados los soldados del Gran Capitán e incluso los que comandaron los generales de Carlos V.

Estaba surgiendo, pues, en el siglo XVII un nuevo tipo de soldado al que von Clausewitz despojaría de toda componente trascendental: “*reclutado, vestido, armado, instruido, que duerme, come, bebe y marcha solo para combatir en el lugar adecuado y en el momento oportuno*”¹⁴². Desde las plazas norteafricanas a Países Bajos, pasando por Italia, se le instruirá con severo rigor en los presidios, debiendo “*exercitarse en nadar y jugar las armas, que es virtud, así pica como alabarda; espada, daga y rodela, que para infante estas armas acompañadas son muy buenas, y exercitarse de arcabuz. Y no se pierde nada en saber caualgar bien en un cauallo así a la gineta como a la brida, y de sacar con graçia vna lança y enristarla (...) para quando se le ofrezca, que nunca ha de pensar no lo auer menester*”¹⁴³. Estos combatientes profesionales, cada vez más técnicos en las artes de la guerra, constituyeron el prototipo del soldado del siglo XVII, brazo armado y espina dorsal de la Monarquía Hispánica.

Cabe señalar finalmente, como advierte el historiador italiano Raffaele Puddu, que desde el simple soldado raso de infantería al más insigne general, el férreo vínculo del honor entrelaza de forma inexorable a todos y cada uno de los miembros de la institución militar. La nobleza implícita en el servicio soberano con las armas, la idea católica de que en todo hombre por humilde que pudiere ser su condición, había un alma que honrar, así como un cierto sentido paternalista derivado de las altas esferas gubernamentales, reforzarán el retrato del soldado moderno y su dignidad profesional, engranajes de un mecanismo cuyos designios alcanzaban ya tintes míticos¹⁴⁴.

Precisamente en virtud de tales presupuestos políticos, sociales e ideológicos, será a la nación española, de todo el amplio conjunto de territorios que integran los dominios de los Habsburgo, a la que se le exija, a cambio del privilegio que supone pertenecer a la corporación

¹⁴¹ ORTEGA Y GASSET, José: *Mirabeau o el político, Contreras o el aventurero*, Madrid, El Arquero, 1974, pp. 70-71, 73.

¹⁴² VON CLAUSEWITZ, Carl: *De la guerra*, Madrid, La esfera de los Libros, 2005, p. 41.

¹⁴³ EGUILUZ, Martín: *Milicia, discurso y regla militar del capitán Martín de Eguiluz, bizcaíno*. Amberes, 1595, Libro I, p. 3.

¹⁴⁴ PUDDU, Raffaele: *El soldado gentilhombre. Autorretrato de una sociedad guerrera: la España del siglo XVI*. Barcelona, Argos Vergara, 1984, pp. 208-209.

miliciana, las más altas cotas de un sacrificio personal y colectivo. La fe, el vasallaje, el honor de la profesión y la esperanza de ascenso social, que un meritorio servicio otorgaba, empapan la obra de Cervantes, de Lope, de Calderón y de Quevedo. Así lo recoge el también infante Martín de Eguiluz en su tratado *Milicia, discurso y regla militar*, donde constata con detalle;

*“Todo Español, que assentare su plaça de soldado para servir a su Magestad en los libros y listas de su Real sueldo, es su criado desde aquella hora y punto, y promete toda fidelidad y lealtad, hasta ser licenciado de su superior, y ser borrado de tal lista, sin que haga ningún otro juramento como lo acostumbra a hazer la nación Alemana (...) La nación Española con solo el assiento que haze está obligado a seguir la vadera debaxo de que tal assiento hizo, sin ningún otro juramento, y de no la dexar en ningún modo ni tiempo, ni por todos los peligros que se le ofrecieren, sin que tenga licencia por escrito de su superior, que el tal no la dará sino por causa legítima. Y ha de hazer todo lo que le ordenaren sus oficiales en servicio de su Rey y señor, sin rehusar en cosa ninguna (...) porque aquello no es rogarle nada en su particular, sino que le manda en servicio de su Rey. Y alo de hazer forçosamente, que no tiene apelación pues su Rey (...) donde quiera que se halle, en Italia, Flandes, España, Indias y Berbería, por todas partes le paga y sustenta en su real servicio muchos meses y años para solo el tiempo que los ha menester”*¹⁴⁵

Con los presupuestos desarrollados hasta aquí, es posible alcanzar a comprender tanto a “Torales” como “Velasco” en la conflictiva Europa de su tiempo, que requería de la absoluta entrega de unos soldados tan honorables como, en ocasiones, despiadados y feroces, y siempre disciplinados. Sirve ejemplarizarlo con el desconocido capitán de infantería Diego de Boliaga, quien tras haber servido en los estados flamencos bajo las órdenes del general Spínola durante las campañas de Frisia, pediría licencia para “pasar” a Sicilia. Allí, en la jornada liderada por el capitán Almonte en 1618 con dos galeras de la propia isla y tres de Malta para “reconocer la armada turquesca (...) de Alejandría, fue vno de los que más se señalaron en la proa de su galera donde yba por cabo de siete soldados y aunque le quemaron la cara y los braços con diversos artificios de fuego que arrojaban los enemigos en ellas, no desanparó su puesto hasta que rindió el bajel con que abordó”, a resultas de lo cual el virrey de Sicilia determinaría nombrarle “ayudante de sargento mayor de aquel tercio”¹⁴⁶.

En una muestra de similar valía, en la noche del 21 de junio de 1638, durante el asalto al fuerte y dique de Calo, tomado por las fuerzas holandesas, el que llegaría a ser maestro de campo, Sancho de Monroy, marcharía con su compañía tras recibir orden de acudir en apoyo

¹⁴⁵ EGUILUZ, Martín: *Milicia, discurso y regla militar del capitán Martín de Eguiluz, bizcaíno*. Amberes, 1595, Libro I, pp. 1-2.

¹⁴⁶ Archivo General de Indias, Indiferente, 161 ,N.56, fols. 1-2 *Relación de Méritos y servicios de Diego de Boliaga, capitán de infantería*, sirvió en Flandes, 1621.

de los capitanes que en un primer acercamiento ya habían entrado en contacto con el enemigo. El infante, resuelto a cumplir con su misión, acometería con tanto valor “*que passando a la vanguardia de todos y peleando gran rato le hirieron de vn mosquetazo en el braço izquierdo*”, pero indiferente al dolor “*y sin embargo de la herida, empeçó a pelear de nuevo animando a sus soldados hasta que le dieron otro mosquetazo en el mismo braço, de cuya herida cayó en el suelo y della le resultó el cortársele, cumpliendo en esta y las demás ocassiones con las obligaciones de su calidad*”¹⁴⁷.

El alférez de infantería Diego de Montenegro no demostró menor coraje que sus compañeros de profesión. Tal como recoge su hoja de servicios, en la década de 1640, tras la recuperación de los baluartes de Sluys y Duay, continuaría sus servicios acometiendo la toma de la ciudad de Lille, donde “*fue el segundo hombre que entro dentro de la media luna de la puerta, donde quedo muy mal herido*”, no obstante, “*assí como estaua se halló en presentar batalla en las colinas*”, solicitando por propia voluntad el acudir con una manga suelta, logrando finalmente “*asistir en manguardia y hechar los franceses de las trincheras, ocuparlas y boluer a sitiar la dicha villa*”. Meses después, tras recibir permiso para volver a España con licencia temporal, el infante se embarcaría rumbo a la península; sin embargo, al saber que la fortaleza de Gravelinas había sido sitiada por el enemigo, “*dexó su viage y entró de socorro en ella de manguardia con el agua hasta los pechos*”, logrando junto al resto de su compañía “*romper dos cuerpos de guardia de cauallería y infantería, y forçar la línea hasta llegar al foso*”, donde en una terrible lucha al arma blanca, cuerpo a cuerpo, “*peleó dentro del agua y por cargar los enemigos fue preso*”¹⁴⁸.

Por último, merece la pena rescatar los hechos emprendidos por el aún soldado de infantería Jerónimo Benavente, quien coincidiendo con las últimas y agónicas décadas previas a la Paz de los Pirineos, demostraría cómo la propia España continuaba siendo un adversario temible incluso en la derrota. Así en 1648, en el transcurso del sitio y asalto que se daría a “*la ciudadela de Cotray (...), en vna salida que hiço el enemigo que ganaron nuestras trincheras hasta la plaça de armas*”, hallándose el mismo en otro puesto, se determinaría a acudir con

¹⁴⁷ AGI, Indiferente, 161, N.261 fols. 2-3, *Relación de Méritos y servicios de Sancho de Monroy, maestre de campo*, sirvió en Flandes, Extremadura, 1646.

¹⁴⁸ AGI, Indiferente, 161, N.270 fols. 1-3, *Relación de Méritos y servicios de Miguel de Montenegro y Sotomayor, alférez de infantería*, sirvió en Flandes y en la Armada, 1650, pp. 1-3.

“ocho oficiales reformados a cortarlos, y haviendo muerto y herido los cinco se entró en las trincheras y las recuperó, prendiendo, rindiendo y matando a todos los que estauan dentro”.

Finalmente, en el que fuera el último gran enfrentamiento bélico de la Guerra de los Treinta Años, Benavente demostraría que a los tercios de infantería española, pese a su escasez de efectivos y su consumado agotamiento tras siglo y medio de luchas, aún les restaban fuerzas para oponerse al nuevo mejor ejército del viejo continente. De este modo, en la batalla de Lens, embistiendo su tercio *“con las Guardias del Rey de Françia, los rompieron, y fue el primero que mezclándose con ellos y peleando con el capitán Monsiur [sic], que mandaua dichas guardias, pica a pica, le rindió y pasando adelante se ganó la artillería y la voluió al enemigo con otro capitán y disparó muchos cañonaços hasta que se perdió la batalla y quedó preso”.* Y ello, tras haber combatido en 1643 en el desastre de Rocroi, donde abandonados por italianos y valones, agrupado junto al reducto de 2.000 españoles¹⁴⁹ que bajo las desgarradas banderas de Borgoña aún se resistían a morir, *“defendiendo su puesto le mataron a dos hermanos a su lado y él quedo con catorce heridas, defendiéndose”*¹⁵⁰ hasta la capitulación final, con honores, dispuesta por el duque de Enghien, quien dada la bravía oposición ofrecida por los infantes hispanos, temió pudiera llegar a tiempo el socorro comandado por el barón de Beck.

Estos son ejemplos inéditos de la conocida mentalidad y pulso que caracterizó a los “verdaderos soldados” del siglo XVII, cuyo ardor guerrero, sentido del honor y del deber mantuvo *“sujetos a mill bárbaros açeros”*¹⁵¹. Hombres como el Condestable de Castilla y Domingo de Toral, un simple capitán de infantería que también sirvió en la India, dan contenido a las palabras del escritor cervantino: *“si es posible, hazer que se intente aún lo imposible”*¹⁵².

¹⁴⁹ PARKER, Geoffrey: *El Ejército de Flandes y el Camino Español (1562-1659). La logística de la victoria y derrota de España en las guerras de los Países Bajos*. Madrid, Alianza Editorial, 1986, p. 54.

¹⁵⁰ AGI, Indiferente, 116, N.70 fols. 1-3, Relación de Méritos y servicios de Jerónimo Benavente y Quiñones, Maestre de campo de un tercio de infantería, sirvió en Flandes, 1656.

¹⁵¹ CERVANTES SAAVEDRA, Miguel: *Canción segunda de la pérdida de la armada que fue a Inglaterra*. Madrid, Biblioteca Nacional, ms 2856, fols. 20-22, en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, *Poesías sueltas*, XXI.

¹⁵² *Ibidem*.

3.2 A espada y pico, arcabuz y pala. El soldado “proletario”

El periodo que abarca desde 1500 a 1700, ha sido reconocido por los especialistas como el más belicoso de la historia. Desde las Guerras de Italia (1494-1559) a la Guerra de los Treinta Años (1618-1659), se pasó por la Guerra de Esmalcalda (1546-1547), la guerra con Inglaterra (1585-1604), la Guerra de Monferrato (1628-1631), la guerra con el Imperio Otomano y, por supuesto, la cruenta Guerra de los Ochenta Años (1568-1648). Apenas es posible contabilizar diez años de paz absoluta durante la primera centuria, y únicamente cuatro durante la segunda¹⁵³.

A lo largo de dos siglos de modernidad, el continente estuvo alzado en armas y la Monarquía de España, por factores políticos, religiosos o militares, las más de las veces en conjunta sintonía, no se desentendería de los problemas europeos. Consciente la corte de Madrid de las intenciones de “*la Reyna de Inglaterra, vnida con los protestantes de Alemania, con los rebeldes de Flandes y otros, para poder más libremente establecer su heregía, y enflaquecido el partido del Rey en Flandes, inquietar las costas de España y nauegación de las Indias*”¹⁵⁴, el Estado de los Austrias movilizaría cuantos hombres disponía en sus vastos territorios imperiales, creando la mayor fuerza operacional habida hasta la fecha: 61.000 hombres conformaban el Ejército de Flandes hacia 1582, a los que se sumaban 15.000 efectivos acantonados en las guarniciones italianas, y casi otros 20.000 repartidos en los cinco continentes¹⁵⁵.

La Corona Católica, en su férreo intento por evitar que “*lo que a todos les quitó sola, se lo pudieran a ella sola quitar todos*”¹⁵⁶, como finalmente terminaría sucediendo, se embarcaría merced a la inquebrantable fidelidad de sus tercios viejos de infantería en una encarnizada lucha contra medio mundo, posibilitando que en 1641 el poeta y diplomático italiano Fulvio Testi, pudiera afirmar, sin temor a equivocarse, “*Questo è il secolo de’soldati*”.

¹⁵³ PARKER, Geoffrey: *La Revolución Militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente (1500-1800)*. Barcelona, Crítica, 2002, p. 17.

¹⁵⁴ LÓPEZ DE MENDIZORROZ, Fermín: *Observaciones de la vida del Condestable Juan Fernández de Velasco y cifra de sus dictámenes*. Vigevano, Juan Baptista Malatesta. Impresor Real, 1625, pp. 86-87.

¹⁵⁵ WILSON, Peter Hamish. *La Guerra de los Treinta Años. Una tragedia europea (1618-1630)*, Madrid, Desperta Ferro, 2018, pp. 148, 149.

¹⁵⁶ QUEVEDO VILLEGAS, Francisco: “Advertencia a España, de que ansi como se ha hecho señora de muchos, ansi sera de tantos enemigos invidiada y perseguida, y necesita de continua prevención por essa causa”, *El Parnaso español*. Madrid, 1648, Polimnia, Musa II, p. 67.

Los cambios técnicos arriba mencionados, recogidos en la historia militar, marcan las campañas de Borgoña durante la década de 1590 dirigidas por el Capitán general y gobernador del Milanesado. En efecto, el duque de Frías desarrolló un complejo modelo de combate basado en la veteranía, profesionalidad y destreza de los soldados para quebrantar la guerra de desgaste, la guerra de posiciones, ante las mejoras en las fortificaciones¹⁵⁷. Fernández de Velasco asumió buena parte de las ingeniosas estrategias ideadas medio siglo antes por el marqués de Pescara, en la que cualquier medio resultaba válido para alcanzar la victoria sin suponer menoscabo del honor de los generales.

Así la “encamisada”, también conocida bajo la denominación de “alborada” o “trasnochada”, “*que es desnudarse la camisa el soldado que la tiene vestida, y si no tiene otra se la viste encima de sus armas, y la correa ceñida por encima para ponerse la espada, así el que sirue con coselete, como el arcabuzero, y la celada cubierta de lienço blanco con pañizuelos, o seruilleras, por que no se descubra ninguna arma*”¹⁵⁸, recibía este nombre debido a que era llevado a término bajo el amparo de la oscuridad, en las horas de madrugada, “*de noche y escuro (que así deue de ser la tal noche)*”¹⁵⁹, cuando el enemigo descansaba profundamente y a los centinelas les costaba más resistir el sueño.

Práctica habitual de la milicia española durante el conflicto con los rebeldes holandeses, sobre todo en el primer tercio del siglo XVII, consistía en un rápido golpe de mano llevado a cabo por no más de unos centenares de tropas seleccionadas, arcabuceros en su mayoría, consideradas como las fuerzas de élite del ejército hispano, “*gente que han de ser muy diestros y animosos, y muy sueltos (...), soldados escogidos de la propia suerte los más ágiles de su persona, y de buena opinión, ordenados y corregidos, porque no se desmanden ni salgan de la orden que se les diere*”¹⁶⁰, equipados con una camisa de tono blanquecino sobre el resto de las piezas de armadura y equipamiento a fin de distinguirse del enemigo¹⁶¹, “*que por esso van vestidos todos de blanco para que no se maten los vnos a los otros, sino que se vean y se conozcan*”.

¹⁵⁷ PUDDU, Raffaele: *El soldado gentilhombre. Autorretrato de una sociedad guerrera; la España del siglo XVI*. Barcelona, Argos Vergara, 1984, pp. 22-23.

¹⁵⁸ EGUILUZ, Martín: *Milicia, discurso y regla militar del capitán Martín de Eguiluz, bizcaíno*. Amberes, 1595, Libro I, pp. 71-72.

¹⁵⁹ *Ibidem*, p. 72.

¹⁶⁰ *Ibidem*, p. 72.

¹⁶¹ PUDDU, Raffaele: *El soldado gentilhombre. Autorretrato de una sociedad guerrera: la España del siglo XVI*. Barcelona, Argos Vergara, 1984, pp. 23-24.

Así pues, con el tiempo concisamente calculado para que los atacantes se retirasen con las primeras luces crepusculares, apoyados por fuego de cobertura dispuesto a tal fin, estas acciones rápidas y violentas optimizaban el carácter sorpresivo para desequilibrar al enemigo. Los atacantes irrumpían en silencio en los campamentos y fuertes contrarios, “*derecho a las tiendas del Capitán General, que si bien se toca arma en todo el campo no se sabe lo que es tan presto, y en el ínterin (...) le han de rodear las tiendas y degollarle la guardia, y todas las tiendas entorno, que son las importantes*”¹⁶².

Bien pertrechados con arcabuces y pistolas, “*dos cabos de cuerda encendidos, y sus balas en la boca*”¹⁶³, así como armas blancas (espada y daga por lo común), los atacantes procedían metódicamente haciendo estragos tanto tiempo como fuera posible: “*haziendo todo el daño (...) y degollarse todo lo que se pudiere, que allí todo lo ha de hazer bote de pica y golpe de espada*”¹⁶⁴. El asalto concluía con la alarma general, antes de que el ejército enemigo se echase sobre ellos, momento que determinaba una rápida pero disciplinada retirada¹⁶⁵, “*que no es poco auer degollado o prendido al general y los personajes vecinos*”, aprovechando los últimos momentos de confusión para “*pegar fuego a las barracas del enemigo, que se encandilarán*”¹⁶⁶.

Una táctica la de la encamisada tan audaz como mezquina, “*de tanto terror (si se haze con destreza) que sea la vitoria de lo que se dessea, que de noche el sobresalto, y más a deshora, es terrible y descompone mucho y con poca pérdida se puede hazer gran efeto*”¹⁶⁷. Como advirtiera el Condestable, en las nuevas guerras el triunfo requería no tanto el virtuosismo o los nobles ideales caballerescos, como el empleo de la astucia, síntesis de valor y prudencia, a ejemplo de lo que Fernando de Ávalos refirió al mismo Carlos V: “*una noche, viendo yo algunas banderas, aunque fortificadas, fuera del fuerte de todo el ejército, pedí licencia para*

¹⁶² EGUILUZ, Martín: *Milicia, discurso y regla militar del capitán Martín de Eguiluz, bizcaíno*. Amberes, 1595, Libro I, p. 72.

¹⁶³ *Ibidem*, p. 72.

¹⁶⁴ *Ibidem*, p. 72.

¹⁶⁵ Cabe señalar como ejemplo significativo de la eficiencia que este tipo de acciones alcanzaba, como en 1572, en la encamisada que las tropas imperiales llevaron a cabo en la villa de San Sinforien, en las inmediaciones de Mons, el resultado de la incursión fue tal que el propio príncipe de Orange, que comandaba las fuerzas rebeldes, logró esquivar la muerte tan sólo gracias a los ladridos de su perro, que lo despertaron en el último momento permitiendo su huida.

¹⁶⁶ *Ibidem*, p. 72.

¹⁶⁷ *Ibidem*, p. 72.

*dar en ellas; el duque y el visorrey tuviéronlo por muy bueno, y así fui con doce banderas españolas y creo que les matamos ochocientos hombres”*¹⁶⁸.

En cualquier caso, esta nueva forma de hacer la guerra no resolvió los problemas hacendísticos de la Corona Católica, que se vio impelida a emplear hasta el último de los recursos disponibles para financiar, o al menor tratar de hacerlo, el altísimo precio que exigía en hombres y dinero el mantenimiento de una guerra basada en la conquista y defensa sistemática de cada ciudad fortificada en un territorio como el flamenco que, merece la pena recordar, no era sino el más fortificado del viejo continente. No debe resultar extraño así, la alarma con que el Consejo de Estado advertía a Felipe IV en 1623 de que “*la forma en que se está librando la guerra en este momento es la peor que imaginarse pueda*”, llevando la guerra en los Países Bajos a “*la ruina de esta monarquía*”¹⁶⁹.

Ciertamente, como señala el profesor Geoffrey Parker, el sostenimiento de un ejército compuesto por 63.000 soldados y que exigía del envío de 100.000 libras esterlinas mensuales resultaba una gravosa carga que, pese al agotador sacrificio realizado por los reinos que integraban la corona de los Habsburgo, revelaría la imposibilidad de ser mantenido de forma ininterrumpida en el tiempo¹⁷⁰. Entre las décadas de 1590 y 1640 los viejos tercios de infantería, que tantos triunfos habían otorgado en el pasado, acometerían igualmente la dificultosa empresa de someter a unos “*Estados Baxos*” cuyas fuerzas aguardaban férreamente acantonadas tras los muros de unos bastiones adaptados o contruidos *ad hoc* siguiendo el ingenioso diseño de la *trace italienne*.

De este modo, el proceso de expugnación (que por lo común requería de meses e incluso años), habría de convertirse siguiendo el renovado canon bélico establecido por el duque de Frías, en una magna obra de arquitectura e ingeniería militar. Una vez apostado el ejército alrededor de la respectiva plaza, esta quedaba oficialmente sitiada, siendo el objetivo obtener su rendición incondicional merced al hambre que podían llegar a padecer sus defensores tras haber agotado sus provisiones y verse privados de bastimentos por el cerco enemigo¹⁷¹.

¹⁶⁸ ALBI DE LA CUESTA, Julio: *De Pavía a Rocroi. Los tercios españoles*. Madrid, Desperta Ferro, 2017, p. 198.

¹⁶⁹ PARKER, Geoffrey: *Europa en crisis (1598-1648)*. Madrid, Siglo Veintiuno, 1986, p. 122.

¹⁷⁰ *Ibidem*, p. 122.

¹⁷¹ Para lograr la rendición de una plaza, era común que los ejércitos sitiadores construyesen una “línea de circunvalación”, o cerco principal mediante el cual aislaban a la guarnición de contacto con el exterior, llevando a

Paralelamente, las fuerzas sitiadoras acometían una compleja y fatigosa tarea mediante la construcción de un conjunto de obras de asedio que hacían del soldado no solo un combatiente, sino un auténtico proletario de guerra merced al pico y la pala, pues como refiere el propio Domingo de Toral en su *Relación*, “*esto se hace a puro trabajo de personal, con la perfección que acostumbra la nación castellana en Flandes y otras partes*”¹⁷². Así, dichas obras se basaban en dos proyectos paralelos; la apertura de trincheras que permitiesen la máxima aproximación a las murallas enemigas¹⁷³, a fin de emplazar los cañones y batir los muros mediante sucesivas baterías para dar el asalto, y la excavación de túneles subterráneos que alcanzasen a los cimientos de la fortaleza, donde se colocarían minas de pólvora que dinamitasen las defensas¹⁷⁴.

En ello consistía a su vez la preciada labor de los ingenieros militares, considerados “*todos de bien poca falta notable, no por la calidad de la persona, sino por la falta que hacía y hace*”¹⁷⁵, cuyos servicios ha estudiado profusamente una de las mayores especialistas, A. Cámara Muñoz. Baste así como ejemplo, un memorial inédito presentado por la viuda del capitán Juan Alonso Rubión, ingeniero de Carlos V, Felipe II y Felipe III, en el que aparecen algunos de los escenarios más estratégicos:

“Dize que su marido el capitán Juan Alonso Rubión, ingeniero que fue de V. Md., sirvió más de 60 años a la cesaria Md. del emperador Carlos quinto, agüelo de V. Md., en todas las ocasiones que hubo con don Bernardino de Mendoza, y en la Rebelta de Napoles acudió con el dicho don Bernardino quando el príncipe de Salerno tuvo allí tantos forajidos, que le ocuparon por ayudante de ingeniero en el cavallero [sic] que se hizo nuevo en el qual estaba la pólvora que se quemó. Y después de sosegado esto fue a la jornada de Pedro Estroçi en Córcega, y hallándose después en lo de los Jelvez y en lo de

cabo igualmente otra “línea de contravalación”, que rodease así mismo al ejército invasor, protegiendo su perímetro de eventuales ataques que podría ocasionar la llegada de un ejército de socorro. Para más información, ver ALBI DE LA CUESTA, Julio: *De Pavía a Rocroi. Los tercios españoles*. Madrid, Desperta Ferro, 2017, p. 242.

¹⁷² DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, tomo LXXI, p. 526 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

¹⁷³ Cabe señalar, que a fin de que brindaran una protección adecuada a los combatientes y permitiera a su vez el desplazamiento de estos con un frente aproximado de unos tres hombres, las trincheras debían ser construidas con una anchura de unos diez pies de ancho por cinco de profundidad, lo que permite comprender la ardua labor que podía suponer el cerco completo de una ciudad bajo sitio. Para más información, ver en ALBI DE LA CUESTA, Julio: *De Pavía a Rocroi. Los tercios españoles*. Madrid, Desperta Ferro, 2017, pp. 242-243.

¹⁷⁴ PARKER, Geoffrey: *La Revolución Militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente (1500-1800)*. Barcelona, Crítica, 2002, pp. 31-32.

¹⁷⁵ DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*, Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, tomo LXXI, p. 508 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

Túnez y la Goleta, y en el año 1566 le fue mandado que fuese a las yslas de gran Canaria a fortificar allí lo que por orden de V. Md. le fue mandado como parece por la carta de V. Md. y después vino por orden de V. Md. a España y siendo la rebolución de los moriscos de Granada fue a servir ally a fortificar lo que le mandó el señor don Juan de Austria. Y después se halló en la guerra Naval y otra vez por Orden de V. Md. fue a la gran Canaria a fortificar y visitar todas las fuerças puertos y caletas della como se efetuase todo lo que en sus instrucciones le mandó V. Md., y dio aviso de lo que allí usurpavan los poderosos como de todo consta por cartas de V. Md. y por las instrucciones y trasuntos que con este presenta. Y venido a Spaña le fue mandado por V. Md. fuese a fortificar la ysla de Iviza como lo hizo muchos años como consta por las cartas de V. Md. y fees de los que governavan dicha ysla y de los ingenieros que pasaron por allí de quán bien y con quanta atención a servido. Y después por orden de V. Md. le fue mandado fuese a fortificar la ciudad de Mallorca como lo hizo y fue con su muger y dos hijas sin darle nada de ayuda de costa, antes para acudir al Real Servicio vendía lo poco que tenía y ella havia traydo en dote y quando lleugo a Mallorca prosiguió la dicha fortificación y fue Dios servido llevársele desta vida”¹⁷⁶.

Así pues, era necesaria la movilización de todos los recursos materiales y los conocimientos técnicos disponibles para lograr abrir brecha en unas fortificaciones infranqueables. Una vez logrado, los sitiados tenían tres opciones: capitular conservando la vida, banderas y posesiones o, por el contrario, continuar ofreciendo resistencia, sabiendo que en caso de penetrar los soldados invasores en la plaza solo podían esperar el degüello y el saqueo. La habitual presencia de un foso perimetral alrededor de la villa, seco o no, añadía un nuevo obstáculo no desdeñable para los sitiadores que habían de hallar la forma de superarlo.

Durante el asedio de Rheinberg de 1606, defendida por una guarnición estimada de unos 3.000 hombres¹⁷⁷, el maestro de campo Juan de Meneses no dudaría en ordenar al infante Cristóbal de Aranda que acudiese una noche para levantar una barrera improvisada en las trincheras españolas, colocando “*vnos cestones delante de vn traués de adonde el enemigo tiraaua y hazía mucho daño*”. A pesar de las férreas defensas que presentaba la villa, y aun “*hauiendo en todo conocidíssimo peligro*”, el soldado sería enviado nuevamente en una arriesgada tarea, a que “*midiese la distancia que quedaua de cestón a cestón y a medir el agua que hauía en el fosso de vna media luna del enemigo que se pretendía cegar*”¹⁷⁸.

¹⁷⁶ Archivo General de Simancas, Estado, leg. 1690, f. 468, *Memorial de Catalina Rubiona*, 13 de junio de 1605. Agradecimientos a mi tutor por haberme facilitado el presente documento.

¹⁷⁷ GIMÉNEZ MARTÍN, Juan: *Tercios de Flandes*. Madrid, Falcata, 1999, p. 260.

¹⁷⁸ AGI, Indiferente, 161, N.48 fols. 1-2 *Relación de Méritos y servicios de Cristóbal de Aranda, capitán de infantería*, sirvió en Flandes, Milán, Portugal etc., 1622.

Por su parte, el capitán Hernando Herrera durante las exitosas campañas dirigidas por el general genovés Ambrosio Spínola en la toma de Jülich, iniciada la década de 1620, tras ser destinado en “*reconocer algunos puestos de inportançia allándose en ocupallos y defendellos con mucha satisfzión de sus superiores*”, recibiría orden (como uno de los alféreces reformados para tal efecto) de aproximarse a la segunda muralla para “*reconocer la casa bóveda, donde con vn garabato quitó las cestillas al manpuesto del enemigo*”¹⁷⁹. Se evitaba así el temible fogueo a que se veían sometidos los hombres que trabajaban en las trincheras; la fortaleza se rendiría al día siguiente. De forma similar, el anteriormente citado alférez Miguel de Montenegro, tras haberse hallado de “*centinela perdida*”¹⁸⁰ y haber combatido en vanguardia en el asalto que se diera a la ciudadela de Lens en 1642, prestaría servicio en el sitio y toma de La Bassé un año después, donde como “*vno de los dos reformados que salieron de cada tercio*” sería designado en la ardua tarea de “*hechar el puente de cerca del fosso*”, habiendo de medirlo “*pasando con vn cordel de la otra parte*”, no recibiendo licencia para retirarse pese al fuego enemigo, “*hasta que picó la muralla*”¹⁸¹.

Las fuerzas defensoras, a fin de retrasar todo lo posible la tarea de los invasores en aras de permitir la llegada de un ejército de socorro a tiempo para evitar la pérdida de la plaza, dificultarían lógicamente el proceso, ofreciendo no solo una enconada resistencia desde el propio baluarte o los diversos fuertes y revellines dispuestos a lo largo de su perímetro, sino llevando a cabo también numerosas salidas y escaramuzas en las que se pretendía derrumbar las trincheras enemigas, clavar su artillería -inutilizando así los cañones-, diezmar al ejército invasor y prorrogar su también penosa estancia al descubierto. Abundan ejemplos inéditos con que ilustrar.

En el sitio de Rheinberg de 1606, acometido por los españoles bajo las órdenes del marqués de los Balbases, el capitán Cristóbal de Aranda fue herido de un mosquetazo estando una noche “*de enboscada con otros tres alféreces reformados que hauían salido a cubrir las*

¹⁷⁹ AGI, Indiferente, 161, N.555 fol. 1, *Relación de Méritos y servicios de Hernando Herrera, capitán de infantería*, sirvió en Flandes, Italia y Portugal, 1622.

¹⁸⁰ En la germanía soldadesca del siglo XVII, se designaba como centinela perdida a aquellos hombres seleccionados para colocarse lo más próximos al campamento o fortaleza enemiga, a fin de vigilar los movimientos de sus tropas y tratar de escuchar sus conversaciones. Así, en una labor de enorme riesgo, los centinelas perdidos debían pasar la noche entera tendidos en el suelo, camuflados entre la maleza.

¹⁸¹ AGI, Indiferente, 161, N.270 fols. 1-3, *Relación de Méritos y servicios de Miguel de Montenegro y Sotomayor, alférez de infantería*, sirvió en Flandes y en la Armada, 1650.

compañías que trabajauan en las trincheras”¹⁸², cuando el enemigo determinó salir de los muros para “*estorbarselo dos vezes, y entrambas se los estoruó*”¹⁸³. Del mismo modo, durante el asedio de la ciudad de Gravelinas, guarnecida por fuerzas españolas, “*teniéndola sitiada el enemigo*”, el soldado de infantería Pedro Díaz se distinguiría con gran valor por sus servicios “*en dos salidas que hizo a hechar al enemigo de las trincheras y diuertirle peleando mientras se le clabaua la artillería*”, saliendo herido “*en el hombro izquierdo de una cuchillada y en vna mano de vn pistoletazo*”¹⁸⁴.

Ciertamente, la defensa de una plaza fuerte podía terminar rápidamente en aquellos casos en los que la guarnición encargada de repeler el sitio se viera superada por abrumadora mayoría por el ejército invasor, rindiendo la fortaleza para abandonarla después con honores. Sin embargo, cabe señalar que en las ocasiones en que las fuerzas defensoras eran conscientes de la inminente llegada de tropas de socorro, la resistencia se volvía a ultranza, tal como demuestra el cerco con que los ejércitos franceses habían sometido a la guarnición española de Hères, donde el futuro maestre de campo Jerónimo de Benavente “*peleó en defensa de la brecha animando los soldados y con granadas y otros artificios de fuego*”, logrando rechazar el asalto enemigo, quemando a su vez “*vn puente de tres que tenían hechados al fosso, con que se les quitó la comunicación*”¹⁸⁵.

Los sitios y asedios emprendidos aunque innumerables durante la primera mitad del siglo XVII, resultaban, sin embargo, el último recurso al que recurrirían los generales en la rendición de los baluartes, habiendo agotado previamente opciones tradicionales como una rápida escalada, y otras menos honorables pero mucho más convenientes como la traición, el soborno o la compra de la propia plaza por una sustanciosa cantidad de dinero; métodos en definitiva, que permitían un considerable ahorro de vidas y tiempo.

Hay que considerar el costo que esto supuso al tener que acometer al mismo tiempo la defensa de las fortalezas propias, siendo necesario el acopio no solo de una notable cantidad de hombres, sino también y muy especialmente de aquellos recursos y materiales que habían de

¹⁸² AGI, Indiferente, 161, N.48 fols. 1-2, *Relación de Méritos y servicios de Cristóbal de Aranda, capitán de infantería*, sirvió en Flandes, Milán, Portugal etc., 1622.

¹⁸³ AGI, Indiferente, 161, N.39 fols. 1-2, *Relación de Méritos y servicios de Diego Mejía de Porras, capitán*, sirvió en Flandes, Francia etc., 1616.

¹⁸⁴ AGI, Indiferente, 114, N.66 fols. 1-5, *Relación de Méritos y servicios de Pedro Díaz de Rivero, capitán de infantería*, sirvió en Alemania, Flandes y Cataluña, 1652.

¹⁸⁵ AGI, Indiferente, 116, N.70 fols. 1-3, *Relación de Méritos y servicios de Jerónimo Benavente y Quiñones, Maestre de campo de un tercio de infantería*, sirvió en Flandes, 1656.

sustentarlos durante meses o años. Había así que reunir soldados para combatir, artillería para bombardear, medios para alojar a la tropa y sus bagajes, alimentos con que sustentarla, municiones con las que cargar arcabucería y mosquetería, y por último, dinero con el que pagar si era posible, tanto a aquellos que proveían de recursos, como a aquellos que marchaban a la guerra.

3.3 Entre hielo y lodo. La campaña de La Inclusa (1621)

Un reto logístico verdaderamente complejo para unos ejércitos siempre escasos de bastimentos y acostumbrados a vivir al día. En consecuencia, los problemas no tardaban en surgir, dando lugar a situaciones que rozaban la más absoluta de las miserias. El propio capitán Toral daría detallada fe de ello cuando tras sentar plaza de soldado de infantería, partiera en 1615 de Alcalá de Henares, donde había residido circunstancialmente, rumbo a Lisboa, punto de embarque para las fuerzas destinadas en Flandes. Ya en la capital lusa, narra como ante la falta de suficientes alojamientos adecuados para las bisoñas tropas, “*juntáronse en ella 43 compañías, todas las metieron en navíos de flete que estaban embargados de mercaderes, socorriendo a cada soldado con un real, que aún para una comida no había*”¹⁸⁶.

Cabe destacar, por extraño que hoy pueda parecer, que en las ordenanzas militares quedaba establecido que el rey no tenía deber de alimentar a la gente de guerra, salvo en las embarcaciones de mar, suministrando dos libras y media de pan por hombre y día si las tropas se hallaban en campaña¹⁸⁷. Para ello recibía el soldado su paga, con la que había de proveerse no solo de armas y equipo pertinente, sino de sustento, como corrobora Toral, debiendo comprar lo necesario “*a cuatro mujeres regatonas que lo iban a vender a los navíos*”¹⁸⁸.

No obstante, en aquella ocasión la falta de previsión logística derivaría en una desagradable experiencia para los soldados, quienes tras pasar siete semanas encerrados en los navíos atracados, durmiendo “*amontonada [la gente] una sobre otra sobre las tablas embreadas, que lo ordinario era amanecer la cabeza pegada a ellas*”¹⁸⁹, sin recibir socorro

¹⁸⁶ DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, tomo LXXI, p. 498 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

¹⁸⁷ ALBI DE LA CUESTA, Julio: *De Pavía a Rocroi. Los tercios españoles*. Madrid, Desperta Ferro, 2017, pp. 130-131.

¹⁸⁸ DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, tomo LXXI, p. 498 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

¹⁸⁹ *Ibidem*, p. 498.

alguno de los debidos, partirían finalmente rumbo a Flandes en un periplo a través de las aguas del atlántico que duraría veintiocho días en durante el cual, a causa de las míseras condiciones, de tres mil hombres que zarparon “*se apuraron en 2.300*”¹⁹⁰.

Arribarían finalmente a su destino en noviembre de 1615, desembarcando en el estratégico enclave portuario de Dunquerque en tales condiciones de miseria, “*que los más bien vestidos iban sin zapatos, ni medias, ni sombrero, y lo común era desnudos, de tal suerte que las partes que la honestidad obliga a que más se oculten eran más patentes a la vista*”¹⁹¹. El archiduque Alberto afectado por la lastimosa situación de las nuevas tropas, tendría a bien proveer de lo necesario a los infantes “*vistiendo a todos cuantos íbamos*”¹⁹², distribuyéndolos, una vez equipados, en las diversas guarniciones y tercios de la región flamenca.

Resulta evidente que el imperio universal en que se había convertido la Monarquía de España mediante la agregación de territorios de Europa, América u Oceanía y, desde la incorporación del Reino de Portugal y sus colonias, también de África y Asia, aspiraba más a su conservación que a su engrandecimiento. Como señala el historiador británico John H. Elliot, la Corona Católica había enfrentado un desafío de suma complejidad, repleto de trabas y obstáculos, al que ninguna sociedad europea se había visto abocada en lo pretérito, y pese a todo, lo había superado; las fuerzas de control que emanaban desde la corte de Madrid habían logrado sobreponerse a las fuerzas centrífugas inherentes a un vasto imperio mundial¹⁹³.

La respuesta al modo en que esto se logró ha de buscarse en los dos pilares que cimentaron la estructura de aquella inabarcable monarquía: una sólida organización burocrática, germen y causa del Estado Moderno, y un aparato militar integrado por soldados a los que según el tratadista Marcos de Isaba, en su *Cuerpo enfermo de la milicia española*, se exigía lo posible y también lo imposible en nombre del rey y sus banderas;

“Que [el soldado] se vista sendos coseletes, y entienda qué cosa son guardias, rondas, obediencia, caminar en la orden, estar en esquadron, escaramuçar, calar las picas, hazer cara, abrir la trinchera, hinchir el cestón, plantar la artillería y entender como se hazen las minas, y muchas noches acostarse sin cenar, y puestos en pie en la mañana, pasearse todo el día sin mascar, y a la noche vn mendrugillo, costra de bizcocho sepa mejor que

¹⁹⁰ Cabe señalar que el contingente armado del que formó parte Domingo de Toral, fue enviado por vía marítima y no por terrestre a través del acostumbrado Camino Español, en virtud de la relativa seguridad de que podía gozar la navegación en el Atlántico tras el cese de la guerra angloespañola con la firma del Tratado de Londres de 1604 entre Jacobo I y Felipe III, en el que asistiera el Condestable Fernández de Velasco como principal embajador.,

¹⁹¹ *Ibidem*, pp. 498-499.

¹⁹² *Ibidem*, p. 499.

¹⁹³ ELLIOT, John Humoldt: *España y su mundo (1500-1700)*. Madrid, Santillana, 2007, pp. 34-35.

*otro tiempo un capón, y enterrarlo con vn jarro de agua, y yrse a dormir sobre vna tabla, o sobre vna poca de paja*¹⁹⁴

La vida militar de Domingo de Toral lo ejemplifica espléndidamente. Habiendo arribado al frente flamenco, tras ser asignado al tercio de don Íñigo de Borja, maestre de campo, en el presidio de Amberes, en el que durante cuatro años estuvo su “*compañía de guarnición hasta que se acabaron las treguas*”¹⁹⁵. Allí se instruyó formándose según lo establecido en el sistema de organización militar hispano, aprendiendo “*a tratar sus armas, a hazer sus guardias, respectar sus oficiales, obedecer las órdenes, conseruar los vandos*”¹⁹⁶, tras lo cual podía considerarse que “*ya le auemos hecho soldado*”¹⁹⁷.

En el año de 1619, reanudadas las hostilidades entre la Corona Católica y las autoproclamadas Provincias Unidas, el futuro capitán saldría finalmente en campaña agregado a la compañía de don Francisco Laso, diferente a la suya aunque perteneciente al mismo tercio, “*porque mi compañía no salió y sacaron diez soldados, y yo fui uno*”¹⁹⁸. Transcurridos varios meses en los que acudiría junto al resto de hombres a guarnecer el dique de Calo en su retaguardia, fortificándolo para distraer algunas fuerzas enemigas que pretendían socorrer la ciudadela de Jülich, cercada por el general Ambrosio Spínola, marqués de los Balbases, Toral recibiría orden de acudir junto con su tercio y maestre de campo Íñigo de Borja a tomar el estratégico enclave de La Inclusa, actual ciudad de Sluys, en el Flandes zelandés.

Dada la importancia de la operación, con la que se pretendía acabar con los ataques constantes que desde allí acometían los rebeldes holandeses a la ciudad de Brujas, bajo dominio de la monarquía, se reuniría un destacamento considerable: “*10.000 hombres que estaban repartidos por diversos alojamientos del país, (...) la mejor gente que se podía escoger, todos soldados viejos, del tercio de don Íñigo de Borja, el de Ballon, el de Monsieur de la Fontana,*

¹⁹⁴ ISABA, Marcos, *Cuerpo enfermo de la milicia española, con discurso y auisos, para que pueda ser curado, vtilis y de prouecho*. Madrid, 1594, Cap. XIII, p. 76

¹⁹⁵ DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, tomo LXXI, p. 499 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

¹⁹⁶ ISABA, Marcos: *Cuerpo enfermo de la milicia española, con discurso y auisos, para que pueda ser curado, vtilis y de prouecho*. Madrid, 1594, Cap. XIII, p. 78.

¹⁹⁷ *Ibidem*, p.78.

¹⁹⁸ DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, tomo LXXI, p. 499 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

de valones, dos regimientos de alemanes, compañías de valones del país de Artois y seis compañías de irlandeses”¹⁹⁹.

Tal como indica el historiador británico Peter H. Wilson, la notable desigualdad proporcional existente entre las tropas que integraron los ejércitos plurinacionales de los Habsburgo, compuestos en su mayor parte por soldados procedentes de Alemania, de Borgoña o del propio Flandes, y tan solo por una minoría íbera en comparación; no obstante, serían las fuerzas españolas las que invariablemente se encontrarán en la vanguardia de todos los enfrentamientos, constituyéndose como verdaderos cuerpos de élite, la punta de lanza que decidía en las batallas bajo asedio²⁰⁰.

De igual modo, tampoco todas las naciones gozaban de igual reconocimiento, de manera que desde inicios del siglo XVII, italianos e irlandeses católicos eran muy estimados por los generales hispanos como fuerzas de combate, dado el elevado grado de similitud existente respecto a las características de la milicia española, mientras que alemanes y valones, grueso del ejército imperial, serían en la medida de lo posible desplazados a tareas menos trascendentes, dada la facilidad con la que desertaban por la cercanía de su nación de origen, y el menor riesgo que por ello estaban dispuestos a correr en las acciones bélicas²⁰¹.

La siguiente acción que narra Toral es la salida de la plaza de armas de Brujas en dirección a la isla de Cadzand o “*Casante*”, en las inmediaciones de La Inclusa, donde llegarían a pesar de los contratiempos. La expresión empleada en el texto: “*marchó a la sorda*”²⁰², alude a la orden de caminar en silencio, sin hacer ruido para evitar los contratiempos. Tras haber llegado el grueso del ejército imperial al punto señalado, se hizo un alto en espera de que llegasen por la orilla de costa desde Ostende los carros y bagajes pertinentes, cargando en ellos los pontones y artillería que los soldados deberían usar para cruzar el canal que separaba a la dicha isla de tierra firme. Sin embargo, “*en el caminó se le quebró a un carro en que venía un pontón una rueda, y en el íter que la buscaron y acomodaron en el carro, amaneció esperando a los demás a que viniese este con ellos*”²⁰³. Así las tropas que defendían la isla, como los barcos

¹⁹⁹ *Ibidem*, pp. 499-500

²⁰⁰ WILSON, Peter Hamish: *La Guerra de los Treinta Años. Una tragedia europea (1618-1630)*. Madrid, Desperta Ferro, 2018, p. 149.

²⁰¹ *Ibidem*, pp. 149-150.

²⁰² DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, tomo LXXI, p. 500 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

²⁰³ *Ibidem*, p. 500.

que transitaban el propio canal, descubrieron las intenciones del ejército católico, “*acudiendo al remedio, fortificando la Isla que hasta este caso no habían hecho, guarneciéndola, no sirviendo tanto gasto y prevención y gente más de a despertar a quien dormía*”²⁰⁴.

La estrategia inicial de tomar por sorpresa la fortaleza de la isla fracasó antes de ser puesta en marcha, debiendo retirarse unas leguas el contingente imperial hasta que, pasados ocho días, recibieran órdenes directas del general Spínola instando a que “*puestos a vista de la Inclusa no se partiesen dél sin haber hecho dos fuertes reales; uno a la orilla del canal, en lo más estrecho della, enfrente de la isla de Casante, con una buena batería que estorbase el poder entrar embarcaciones con socorro*”²⁰⁵. El otro fuerte sin embargo, requeriría de toda la pericia de la ingeniería militar, al deber ser emplazado “*en un dique con cuatro baluartes que le sujetase, tomando puesto en una pradería que estaba entre unos diques que detenían la creciente de la mar*”²⁰⁶; una empresa nada sencilla habiendo de ser ejecutada en condiciones adversas y bajo el cañoneo de la artillería enemiga.

Así, durante los nueve meses que duraron los trabajos de construcción de los fuertes, se sucedería un auténtico calvario para los soldados que allí acantonados habían de prestar servicio, como corroboran las peticiones realizadas por la guarnición española tras amotinarse en Amberes, en mayo de 1574, reclamando “*que su Excellencia no pueda tener a los soldados más de seis meses en campaña si no fuere gran necesidad, causa de los grandes trabajos que con los fríos y nieves se pasa, y a causa dello se an muerto muchos soldados, elados por los caminos y haciendo en las trincheras sus centinelas*”²⁰⁷. Tales exigencias no deberían resultar sin embargo sorprendentes, dado el peculiar carácter nómada, itinerante, que definía a los tercios como fuerzas de intervención, debiendo trasladarse con asiduidad de un lugar a otro. En unos Países Bajos donde las provincias controladas por los rebeldes formaban una media luna a lo largo de la costa, mientras las leales a los Habsburgo se concentraban en su interior, esto suponía a su vez una considerable ventaja para las fuerzas enemigas que sí disponían de líneas interiores²⁰⁸.

²⁰⁴ *Ibidem*, p. 500.

²⁰⁵ *Ibidem*, p. 500.

²⁰⁶ *Ibidem*, p. 500.

²⁰⁷ AGS Estado, 558/51, art. 18, *Artículos convenidos con los amotinados de Amberes*, 23 de mayo de 1574.

²⁰⁸ ALBI DE LA CUESTA, Julio: *De Pavía a Rocroi. Los tercios españoles*. Madrid, Desperta Ferro, 2017, pp. 111-112.

De este modo, el incansable deambular suponía que tanto las marchas como los alojamientos provisionales fueran un elemento importante en la vida de los tercios. Aunque fuera una costumbre ampliamente consensuada la paralización de las operaciones militares durante el periodo invernal, dando lugar a una especie de “tregua tácita” entre los contendientes (por la dificultad para el aprovisionamiento y el desarrollo de las acciones bélicas), lo cierto es que no siempre esta era cumplida. Si las exigencias de la guerra resultaban ineludibles, la lucha continuaba y el día a día en los fuertes y campamentos se recrudecía con creces.

A tales efectos, las compañías solían disponerse, como indica Julio Albi de la Cuesta, en campamentos de trazado rectangular de treinta y dos pies de largo por dieciséis de ancho, en los que destacamentos se turnaban para recorrer el perímetro recogiendo desechos animales e inmundicias para quemarlos y evitar la propagación de pestes y epidemias²⁰⁹. Así mismo, las compañías se establecían dentro del campamento en un conjunto de barracas hechas con palos, paja y barro, materiales relativamente fáciles de encontrar en los alrededores, las cuales disponían de acomodo para cuatro hombres²¹⁰. La existencia en ellas solía ser desagradable por la escasez de agua potable, la posibilidad de inundaciones y asaltos del enemigo, o la composición arcillosa del propio terreno²¹¹. A ello se unía el agotador trabajo de erigir los fuertes: “*que comprendieron todo el invierno, con los trabajos más notables que soldados han pasado en Flandes*”²¹², en una región inhóspita, donde “*los cuarteles estuvieron en hondo, entre diques*”²¹³, con las abundantes precipitaciones que se darían aquel año y los “*cursos de carros y gentes, se hicieron unos lodazales, entre lodo y agua, [que] los hombres se metían hasta la rodilla y las cabalgaduras no podían salir*”²¹⁴.

El margen de maniobra del tercio de Íñigo de Borja estaba reducido a una sola vía de acceso desde los cuarteles donde se guarecían los soldados hasta los baluartes que se estaban erigiendo junto al canal, próximos a los del enemigo, consistente en un estrecho y peligroso dique “*poco más ancho que un carro*”, delimitado en sus lados por “*fosos de agua que hinchía*

²⁰⁹ *Ibidem*, p. 129.

²¹⁰ PARKER, Geoffrey: *El Ejército de Flandes y el Camino Español (1562-1659). La logística de la victoria y derrota de España en las guerras de los Países Bajos*. Madrid, Alianza Editorial, 1986, pp. 210-211.

²¹¹ ALBI DE LA CUESTA, Julio: *De Pavía a Rocroi. Los tercios españoles*. Madrid, Desperta Ferro, 2017, pp. 129-130.

²¹² DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, tomo LXXI, p. 501 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

²¹³ *Ibidem*, p. 501.

²¹⁴ *Ibidem*, p. 501.

la marea”²¹⁵. De este modo, siendo esta la única forma posible de abastecer a los trabajadores de los fuertes, enviar las guardas y sus respectivos pertrechos, el conjunto de carros y hombres se veían obligados a transitar semejante sendero, “*que cuando llegaba la gente de desatacarse y de levantar y de caer, la cara, manos y todo el cuerpo iban cubiertos de lodo y sin aliento ninguno*”²¹⁶.

La peor parte se la llevarían, no obstante, los propios soldados, quienes durante su servicio habían de cruzar tan peligroso paso para dar el relevo en el turno de guardia, en circunstancias que “*si iban por las orillas del dique tal vez resbalaban y daban en los fosos que estaban a los lados (...) con el peso de las armas, y si era de noche se ahogaban*”²¹⁷. El enemigo supo sacar partido de ello hostigando a los hombres de Toral, abriendo fuego y tocando “*las más de las noches, y era necesario ir desde los cuarteles hasta los fuertes a la voz del arma*”, de modo que con el inevitable aumento del número de veces que las tropas habían de cruzar el peligroso dique “*en tiempo de invierno, con grandísimas tempestades de agua y nieve, (...) era ordinario de cuatro o seis que iban de camarada, faltar vno*”²¹⁸.

La campaña de La Inclusa sería recordada a tales efectos, como una de las operaciones más catastróficas, en términos humanos y militares, de cuantas se acometerían en la primera mitad del siglo XVII. De nueve mil efectivos con que había iniciado las operaciones de fortificación y asedio el ejército de los Austrias, en diciembre de 1619, tan solo restaban en condiciones de combatir dos mil en el mes de abril. Como el propio Toral, cabo de infantería ya por entonces, refiere con desoladora exactitud, “*los fríos y los hielos fuero tan grandes que a muchos soldados cortaron los brazos y las piernas, de helados. La gente toda desnuda, los cuarteles inundados de agua, que no se podía salir de las barracas a la plaza de armas sin venir hechos un lodo*”. No obstante, a pesar de todas las calamidades sufridas a lo largo de crudos meses, el futuro capitán, junto al resto de hombres, soportaron el sacrificio que aquella imperturbable empresa de defensa de la Monarquía les exigía, haciéndose justo eco de los versos que el poeta y soldado del Siglo de Oro, Calderón de la Barca, les dedicara años después:

²¹⁵ *Ibidem*, p. 501.

²¹⁶ *Ibidem*, p. 501.

²¹⁷ *Ibidem*, p. 501.

²¹⁸ *Ibidem*, p. 501.

*“Este Ejército que ves,
vago al yelo y al calor,
la República mejor,
y más política es
del mundo, a que nadie espere
que ser preferido pueda,
por la nobleza que hereda,
sino por la que él adquiere”²¹⁹*

El tercio de don Íñigo de Borja supo soportar todas las adversidades ofrecidas por el enemigo y una naturaleza ajena al sufrimiento de los hombres, como testimoniaría el maestre de campo Pedro de Ocampo: *“por palabras expresas, que los que se hallaron en hacer los fuertes de la canal de la Inclusa hicieron prueba de los más valientes y honrados soldados”*²²⁰. También es sabido que cuando los soldados se comprometían y asentaban plaza en la milicia, lo hacían por medio de un contrato vinculante de carácter indefinido, que los obligaba a continuar en el servicio regio hasta la muerte, la invalidez o la desmovilización de las fuerzas, la cual no se dio en el Ejército de Flandes desde que comenzara el conflicto cinco décadas atrás²²¹.

Así pues, tras sobreponerse a la terrible campaña en la isla de Cadzand, donde el porcentaje de bajas superó el setenta por cien de los efectivos, ejemplificando no solo el inmenso reto que suponía el mantenimiento y coordinación del mayor ejército de Europa, sino también las fatales consecuencias que de sus errores podían derivarse, el servicio regio llevaría a Domingo de Toral y sus compañeros de armas al imponente baluarte de Bergen Op Zoom, símbolo de la resistencia flamenca, ya bajo asedio. En el nuevo teatro de operaciones, la dureza del sitio y las enormes dificultades que la defensa del patrimonio dinástico supuso para la Corona Católica, evidenciarían de forma singular los requerimientos impuestos por el nuevo tipo de guerra moderna. En ella, Ambrosio Spínola, marqués de los Balbases, dirigiría en

²¹⁹ CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro: *Comedia famosa: Para vencer a amor, querer vencerle*. Valencia, 1650, Jornada I, pp. 9-10 en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2001.

²²⁰ DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, tomo LXXI, p. 501 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

²²¹ PARKER, Geoffrey: *El Ejército de Flandes y el Camino Español (1562-1659). La logística de la victoria y derrota de España en las guerras de los Países Bajos*. Madrid, Alianza Editorial, 1986, pp. 228-229.

calidad de comandante en jefe las fuerzas imperiales a fin de alcanzar la victoria, observando para ello el modelo bélico que actualizara a comienzos de siglo, el propio Condestable.

*“Los soldados de bien, por hazer larga la vida de su patria, hazen la suya corta. Entre venenos, y fatigas guardan la vida para vn golpe, su muerte no haze más estruendo que el que hizo el golpe, que les dio la muerte. Su mira, en su vida, solo fue la buena fama. Ellos supieron merecerla, pero no hazerla. Quien la sabe hazer, debe labrarla”*²²²

4. LOS TERCIOS SABEN MORIR. EL SITIO DE BERGEN OP ZOOM (1622)

Desde el turbulento decenio de 1590, en que las sucesivas suspensiones de pagos, las victorias protestantes en Centroeuropa, la pérdida de dominios en Países Bajos y la declaración de guerra pronunciada por Francia habían puesto en serios apuros al que fuera conocido como el Rey Prudente, la Monarquía de España sabría dirimir con notable eficiencia los numerosos frentes abiertos en el viejo continente, que a punto habían estado de derrumbar sus sólidos pilares.

La firma de la Paz de Vervins en 1598 alejaba, pese a unas cláusulas poco favorecedoras a los intereses hispanos, el fantasma de la potencia gala, y el Tratado de Londres de 1604 con Inglaterra ponía fin a quince años de lucha y asedio corsario que habían minado seriamente las posibilidades estratégicas de Felipe II, incapaz de abastecer por ruta marítima a las provincias leales del norte de hombres y recursos. La Tregua de los Doce Años alcanzada en abril de 1609, pese a la oposición de no pocos sectores de la corte que como el conde de Fuentes, veterano de Flandes, alertaban *“no puedo dejar de poner adelante a Vuestra Magestad (...) que ande mendigando pazes con sus rebeldes, (...) pues perdida la reputación, solo Dios por milagro podría remediar el daño”*²²³. El repentino fallecimiento de Enrique IV en 1610 y la decisión de la regente María de Médicis de cesar la política de hostilidades, dieron comienzo a un periodo conocido como *Pax Hispanica*, durante el cual Felipe III y su valido el duque de Lerma tratarían de acometer la reparación de los graves problemas que aquejaban a España debilitándola. No obstante, como es sabido, la tregua fue empleada con gran habilidad por las Provincias Unidas.²²⁴

Cuando estuvo próximo el fin de la tregua, Felipe IV y su privado don Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares, siguieron los dictámenes del Condestable Juan Fernández de Velasco de que *“no se ha de vender tan barato, lo que ha costado tan caro, no sea causa de*

²²² ZABALETA, Juan: *Obras en prosa de don Iván de Zavaleta, coronista del rey nuestro señor, por él mismo añadidas*. Madrid, 1672, p. 222.

²²³ Archivo General de Simancas, Estado 1297/42, *El conde de Fuentes al rey Felipe III*, 5 de noviembre de 1608.

²²⁴ ELLIOT, John Humboldt: *España y su mundo (1500-1700)*. Madrid, Santillana, 2007, pp. 159-160.

que se pierda lo que vna vez perdido dificultosamente se buelue a cobrar”²²⁵. La tregua no se prorrogaría y en 1621 la monarquía reemprendió la guerra. El general genovés Ambrosio Spínola, quien lograra rendir la guarnición de Ostende en septiembre de 1604, fue el encargado de defender y recuperar los territorios de la frontera flamenca, uno de los tres grandes pilares en que se sustentaba como ya se ha visto, el poder y la estabilidad de aquella vasta monarquía. El tercio de Íñigo de Borja, en el que figuraba como capitán Toral, tuvieron encomendado acudir en apoyo de las tropas que ya habían comenzado a asediar el bastión de Bergen Op Zoom, cuya “importancia de su puesto, dieron motiuo al Olandés para yrlo haciendo inaccessible”²²⁶. La empresa resultaba sumamente difícil. Situada “en Ducado de Bravante, en el mar de Migilburx”²²⁷, la ciudad portuaria de Bergen Op Zoom protegía el saliente holandés del Rin, brindando un apoyo logístico y militar fundamental en el bloqueo de la desembocadura del Escalda, y con ello de Amberes.

El baluarte representaba, como señala el cronista contemporáneo Céspedes de Meneses, “franca puerta para las Islas de Zelanda, y reduzida, ni Lilo prisión, y obstáculo de Amberes quedara libre”²²⁸, de modo que con su dominio, el enemigo tenía “el passo abierto para Brauante, y en perdiéndola, puesta a Zelanda en condición”²²⁹. La recuperación de Bergen, distante tan solo siete leguas de la joya del norte, obligaría a realizar un enorme esfuerzo bélico.

4.1 Un baluarte inexpugnable

Defendida por una guarnición numerosa de tropas veteranas, erigida en un enclave orográfico hábilmente determinado, y con una extensión de “más de diez mil pies, y muchos más si ponderamos el que circunda con baluartes, fortificaciones, medias lunas, que tiene fuera de los fossos”²³⁰, siguiendo el estilo italiano, la ciudadela ofrecía unas sombrías perspectivas para las fuerzas sitiadoras. El propio Domingo de Toral, con el carácter observador que le caracterizaría, detallaba; “tiene [la fortaleza] una canal o ría, que con el creciente cubre muchos bajíos, hinche el foso y entran algunas embarcaciones no muy grandes; hacia el Poniente le

²²⁵ LÓPEZ DE MENDIZORROZ, Fermín: *Observaciones de la vida del Condestable Juan Fernández de Velasco y cifra de sus dictámenes*. Vigevano, Juan Baptista Malatesta. Impresor Real, 1625, p. 124.

²²⁶ CÉSPEDES DE MENESES, G., *Historia de don Felipe III, Rey de las Españas*, Barcelona, 1634, p. 97v

²²⁷ DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, tomo LXXI, p. 503 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

²²⁸ CÉSPEDES DE MENESES, Gonzalo: *Historia de don Felipe III, Rey de las Españas*. Barcelona, 1634, p. 97v.

²²⁹ *Ibidem*, p. 97v.

²³⁰ *Ibidem*, p. 97v.

*entra el canal, arrimado a él un dique que se remata en unos bajíos donde está un fuerte que sujeta la villa y guarda el canal, para que no se le pueda quitar el socorro*²³¹. Era necesario acometer el cerco de la ciudadela en sí misma, y también el bloqueo del amplio canal que posibilitaba el abastecimiento de vituallas y municiones.

Spínola ordenaría una movilización general de tropas sin precedentes desde tiempos del duque de Parma, en *“un llamamiento de gente por todo el país hasta 32.000 hombres”*²³². El contingente que finalmente se logró reunir estaba integrado por *“mucha parte del ejército hacía la buelta de Mastric, donde llegó a los diez de Julio, (...) juntándose ocho mil hombres y cauallos de los dos tercios de Españoles con las banderas que de Flandes traya don Íñigo de Borja, (...) el de Italianos del Vallon, los del Varón de Beaunols y el Príncipe de Brabançon; dos mil Valones del Ognies, tres compañías del Chimai, vna del de Emden, otras sueltas, y diez y siete de cauallos (...) y diez cañones de Malinas”*²³³. Sin alcanzar los 20.600 efectivos²³⁴, se trataba de una cifra considerable dada la crisis epidémica y demográfica que había asolado Castilla en el primer tercio del siglo XVII.

Por consiguiente, aquellos 2.500 supervivientes del tercio de Íñigo de Borja, el capitán Toral incluido, emprenderían una larga marcha desde los fuertes levantados y defendidos con tanto sacrificio frente a la isla de Cadzand rumbo al bastión rebelde de Bergen Op Zoom. En los desplazamientos era norma obligada que el conjunto de fuerzas marchase escuadrada de forma similar al modo en que se componían las filas en aquellos magníficos cuadros durante la batalla; tras un reconocimiento preliminar del terreno practicado por la caballería, el contingente marchaba encabezado por una de las dos compañías de arcabuceros al completo, con sus alabarderos y mosqueteros, seguidos por los coseletes. Tras ellos caminaban las compañías de picas secas y las respectivas banderas del tercio, cerradas nuevamente por los contingentes de piqueros armados y, por último, la mitad restante de arcabuceros.

²³¹ DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, tomo LXXI, p. 503 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

²³² *Ibidem*, pp. 502-503.

²³³ CÉSPEDES DE MENESES, Gonzalo: *Historia de don Felipe III, Rey de las Españas*. Barcelona, 1634, p. 98.

²³⁴ PARKER, Geoffrey: *El Ejército de Flandes y el Camino Español (1562-1659). La logística de la victoria y derrota de España en las guerras de los Países Bajos*. Madrid, Alianza Editorial, 1986, pp. 259-260.

De este modo, en caso de eventual ataque el tercio podía componerse con rapidez, en un alarde de flexibilidad operativa, en aquellas fortalezas de carne y acero cuyas banderas se hallaban protegidas en el centro de la formación por las picas secas, los coseletes antes que estos y la arcabucería rodeando el cuadro²³⁵.

Pero los ejércitos no se hallaban integrados de forma exclusiva por efectivos militares, puesto que como se ha aludido anteriormente, el rey no tenía el deber de suministrar de sustento a las fuerzas terrestres, tan solo a las embarcadas, dando lugar a que ante la reiterada acumulación de retrasos en las pagas, el predominio de la escasez y el acecho del hambre, los combatientes se vieran impelidos a “*buscar la vida con los modos a que da licencia la soldadesca cuando no hay superior que lo estorbe ni remedio a la necesidad*”²³⁶. Era necesario en consecuencia, que un numeroso contingente de herreros, carpinteros, horneros, panaderos, vivanderos y mercaderes acompañasen a los soldados constantemente a fin de que estos pudieran abastecerse día a día de rancho, vestido y sustento. A este nutrido grupo se agregaba, además, una larga colección de mozos, sirvientes, carros para el transporte de bagaje, bestias de tiro y también, no pocas mujeres entre esposas y prostitutas, cuya presencia de estas últimas, se hallaba regulada por ordenanzas militares²³⁷.

Este variopinto contingente recibía, por ir a la zaga de las tropas armadas, la denominación de “cola”, y su presencia podía llegar a ser tan numerosa que alcanzara un tamaño similar al del propio ejército en marcha, tal como los residentes de la ciudadela de Bergen manifestaron en torno de burla al ver aproximarse el tercio de Íñigo de Borja: “*nunca se había visto una cola tan larga en un cuerpo tan pequeño, (...) con tantos carros, bestias de impedimenta, jacas, vivanderos, lacayos, mujeres, niños y una chusma más numerosa que el propio ejército*”²³⁸.

²³⁵ ALBI DE LA CUESTA, Julio: *De Pavía a Rocroi. Los tercios españoles*. Madrid, Desperta Ferro, 2017, pp. 111-112.

²³⁶ DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, tomo LXXI, p. 498 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

²³⁷ PARKER, Geoffrey: *La Revolución Militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente (1500-1800)*. Barcelona, Crítica, 2002, pp. 112-113.

²³⁸ “Jamais on ne vit un si petit corps avec une si grande queue, une si petite armée avec un tel nombre de chariots, chevaux de bagaje, bidets, vivandiers, garçons, femmes, enfans et un tas de racaille, qui faisoient un nombre sans comparaison plus grand que l’armée mesme” en CAMPAN, C.H: *Bergues sur le Soom assiégée le 18 de Juillet 1622*. Bruselas, Société de l’Histoire de Belgique, 1867, p. 247.

En los inicios del periodo estival del año de 1622 llegaba así el ejército católico a las inmediaciones de Bergen Op Zoom, consciente de que les aguardaba el sitio y asedio de un baluarte por cuya fama era considerado prácticamente inexpugnable, dado “*lo imposible de su efeto y su mayor dificultad*”²³⁹ desde que casi medio siglo atrás, en “*el año de mil y quinientos y setenta y siete, gouernando el señor don Iuan de Austria estos payses se le salió de su poder*”, y pese a los denodados intentos de 1588, en que “*sitiándola la estrechó el Príncipe de Parma, jamás la pudo conseguir*”²⁴⁰.

Los defensores de la ciudadela conocían las intenciones del estratega genovés así como del rumbo que había tomado su ejército, por lo que se prepararon para su llegada: “*se salió fuera de la plaza y tomó todos los puestos que pudo con muy buenas fortificaciones, caminó hacia nosotros con trinchera (...) y metió socorro dentro de la plaza*”²⁴¹. Spínola continuó los métodos de Fernández de Velasco, quien “*con puntualísima asistencia reconocía los puestos [enemigos] por su misma persona disfrazado, acompañado las más vezes del Maese de Campo General*”²⁴².

Decidido a evitar el despilfarro de hombres y recursos, usó el sistema de espionaje para “*hacer trato en Bergas con un sargento mayor que había de dar una puerta*”²⁴³, quien bajo el amparo de la oscuridad debería aprovechar su turno de guardia para bajar el puente que permitiría la entrada de las fuerzas imperiales²⁴⁴. A este fin ya había dispuesto Spínola “*1.400 hombres con don Luis de Velasco, general de la caballería, tomando puestos a lo largo*”²⁴⁵. La

²³⁹ CÉSPEDES DE MENESES, Gonzalo: *Historia de don Felipe III, Rey de las Españas*. Barcelona, 1634, p. 97v.

²⁴⁰ *Ibidem*, p. 97v.

²⁴¹ DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, tomo LXXI, p. 502 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

²⁴² ²⁴² LÓPEZ DE MENDIZORROZ, Fermín: *Observaciones de la vida del Condestable Juan Fernández de Velasco y cifra de sus dictámenes*. Vigevano, Juan Baptista Malatesta. Impresor Real, 1625 p. 65

²⁴³ DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, tomo LXXI, p. 498 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

²⁴⁴ Paradójicamente, Alejandro Farnesio había tratado de tomar Bergen Op Zoom en 1588 de igual modo, sobornando a uno de los centinelas para que distrajesse al resto de la guardia mientras las tropas hispanas daban una rápida y silenciosa escalada. En esta ocasión también fracasaría el intento, cuando el centinela rompiera su contrato y delatara a los atacantes que se hallaban ya junto al muro, dando lugar a que la guarnición los masacrara. Par más información, ver ALBI DE LA CUESTA, Julio: *De Pavía a Rocroi. Los tercios españoles*. Madrid, Desperta Ferro, 2017, pp. 239-240.

²⁴⁵ DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, tomo LXXI, p. 502 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

estratagema fracasó. Durante los habituales intercambios de fogeo artillero entre ambos contendientes, previos a cualquier asalto para ajustar y calcular la distancia de tiro de las baterías, “una de las balas que se dispararon mató al sargento mayor que había hecho el trato y en quien se tenía la confianza”²⁴⁶. El asedio formal sería pues, la única alternativa.

Los preparativos requeridos por la estrategia de sitio empezaron “tarde y mal [...] “levantados a trechos sus reductos para proveer las postas y socorrer los puestos”²⁴⁷. Pero también lo estorbaron la presteza del enemigo con “puestos fuera de la plaza y en ellos tenía piezas pequeñas que barrían la haz de la tierra”²⁴⁸. A ello tuvieron que enfrentarse las compañías comandadas por Gonzalo de Córdoba en el sector oriental de la ciudadela, aprovechando las grandes dunas de arena que se allí se hallaban y que podían “servirles de espaldas”²⁴⁹, mientras que el marqués de Spínola con sus hombres “ocupaba lo más del sitio”²⁵⁰, ordenando al tercio de Borja que tomase puestos “más delante de la plaza”, en la zona norte, donde con su gente habría de “arrimarsse y entendersse para la Isla de la Tola”²⁵¹, cavando las respectivas trincheras, reconociendo la fortaleza y erigiendo puestos convenientes.

Así pues, sin haber sucedido aún “cosa notable, más de algunas salidas y el haber hecho una batería para batir la muralla”²⁵², con las tropas alemanas y valonas custodiando las trincheras del sector izquierdo, las españolas el derecho, y habiéndose levantado “algunos fuertes y reductos que reprimiesen sus salidas y responder a su continuo barridero”²⁵³, sería cuando diera comienzo la encarnizada lucha ante los muros de Bergen Op Zoom²⁵⁴.

²⁴⁶ *Ibidem*, p. 503.

²⁴⁷ *Ibidem*, p. 503.

²⁴⁸ *Ibidem*, p. 503.

²⁴⁹ *Ibidem*, p. 503.

²⁵⁰ *Ibidem*, p. 503.

²⁵¹ CÉSPEDES DE MENESES, Gonzalo: *Historia de don Felipe III, Rey de las Españas*. Barcelona, 1634, p. 98.

²⁵² DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, tomo LXXI, p. 503 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

²⁵³ CÉSPEDES DE MENESES, Gonzalo: *Historia de don Felipe III, Rey de las Españas*. Barcelona, 1634, p. 98.

²⁵⁴ ORTEGA Y GASSET, José: *Mirabeau o el político, Contreras o el aventurero*. Madrid, El Arquero, 1974, pp. 76-77.

4.2 Sin disciplina no hay victoria. La escaramuza bajo las murallas

Tal y como refiere la *Relación* hasta aquí seguida, el 22 de julio del año 1622 la relativa calma del sitio daría definitivamente a su fin merced a la acción de dos soldados, el sargento Rincón y el alférez Moreno, “*entrambos de la compañía de Lorenzo Lasso*”²⁵⁵, quienes tras recibir orden de reconocer las trincheras que había construido el enemigo “*a poco más de seis pasos de las nuestras*”²⁵⁶, aupándose hasta el nivel del terreno y percatándose de la ausencia de soldados a la vista, animarían al resto de la compañía gritando “*¡Santiago y a ellos, que han desmamparado las trincheras!*”²⁵⁷. Los soldados holandeses que se hallaban en la cabecera de la trinchera más cercana, advertidos por el estruendo de los invasores que tomaban pie en su sector, se retiraron con disciplina a la plaza de armas contigua, donde bien guarnecidos con efectivos de los puestos próximos, presentaron una férrea oposición “*haciéndolos volver atrás*”²⁵⁸.

Pero la retirada no llegó a plantearse, pues “*habíanse llenado ya las trincheras del enemigo de soldados nuestros con la codicia de la acción*”²⁵⁹, de modo que bloqueados entre el nutrido grupo que se agolpaba en la retaguardia enfervorecido por el deseo de combatir, y el muro que habían formado los rebeldes en la entrada de la plaza de armas, “*queriendo pelear no pudieron, ni tampoco volver atrás (...), que en la misma trinchera murieron la mayor parte sin poder retirarse ni pelear*”²⁶⁰. Fue el resultado del impulso de unos hombres que cansados y mal pagados, enterrados en el barro de las trincheras durante semanas y meses, padeciendo los rigores de la guerra sin ver progreso patente en ella, a lo que se añadía el sentido del honor y de la reputación tan propia de aquellos viejos tercios enfermos de honra y gloria.

Como indica Albi de la Cuesta, la superioridad de la infantería española, tan avalada por naciones aliadas y enemigas por igual, residía precisamente no en el coraje, en el ardor guerrero de unos soldados a los que aquellas virtudes se les suponía, sino en un férreo sistema disciplinario que permitía que incluso en la derrota, bajo el fuego de los arcabuces y el bombardeo de la artillería, retirarse en formación, banderas en alto, los tambores tocando y

²⁵⁵ DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, tomo LXXI, p. 503 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

²⁵⁶ *Ibidem*, p. 503.

²⁵⁷ *Ibidem*, p. 503.

²⁵⁸ *Ibidem*, p. 504.

²⁵⁹ *Ibidem*, p. 504.

²⁶⁰ *Ibidem*, p. 504.

encarando mientras retrocedían paso a paso, los cuadros del enemigo. Sin disciplina no había estoicismo, y sin este de nada servía el valor innato²⁶¹.

Demostrando que “*lo que ha hecho formidables las armas del Rey ha sido el orden y disciplina militar que los nuestros han observado, y que faltando esta seremos yguales a los enemigos, y ellos nos tendrán por inferiores*”²⁶², el marqués de Spínola recompondría rápidamente la tropa, conforme a sus dotes militares. Consciente la jerarquía holandesa del abandono de las propias posiciones en que los soldados españoles habían incurrido, congregándose en la plaza de armas, ordenaron sin demora que se sacasen tres compañías “*de un reducto que estaba a un lado enfrente de las trincheras de nuestra batalla, y en medio una pradera que ocupasen las trincheras de la batalla nuestra y cortasen a los nuestros que estaban en las suyas, y a los demás que los iban a socorrer*”²⁶³.

La respuesta católica fue contundente, habiéndose enviado desde el reducto enemigo, según Céspedes de Meneses, un total aproximado de 3.000 infantes y 300 caballos con los que ocupar las posiciones imperiales, el general genovés dispondría con presteza que tres compañías españolas acudieran al paso, entre ellas “*la de don Íñigo (oy la mejor para batir y molestar asaz la tierra, de quien estaua muy vezina) con presunción de echarle della*”²⁶⁴, teniendo lugar el encuentro en la pradera que separaba ambas trincheras. La refriega resultó una auténtica carnicería.

Ambos contingentes, que “*escaramuzaron más de media hora donde murió gente de consideración de una y otra parte*”²⁶⁵, como refiere Toral, continuaron en lucha al arma blanca, cuerpo a cuerpo, enconados en vengar las bajas de una parte y otra. En el transcurso, un sargento navarro de nombre Miguel Olles, al que ya se hizo mención con anterioridad, se destacaría particularmente; “*adelantóse de los enemigos otro sargento enemigo, salióle a recibir, (...) y peleando con el alabarda le mató; acudió su capitán a vengarle, salióle a recibir otra vez*

²⁶¹ ALBI DE LA CUESTA, Julio: *De Pavía a Rocroi. Los tercios españoles*. Madrid, Desperta Ferro, 2017, pp. 149-151.

²⁶² LÓPEZ DE MENDIZORROZ, Fermín: *Observaciones de la vida del Condestable Juan Fernández de Velasco y cifra de sus dictámenes*. Vigevano, Juan Baptista Malatesta. Impresor Real, 1625, p. 129.

²⁶³ DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, tomo LXXI, p. 504 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

²⁶⁴ CÉSPEDES DE MENESES, Gonzalo: *Historia de don Felipe III, Rey de las Españas*. Barcelona, 1634, p. 98.

²⁶⁵ DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, tomo LXXI, p. 504 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

*Miguel Olles, y calando la pica le tiró un picazo que con la alabarda desvió, y ganándole la entrada le dio otro alabardazo con que le mató*²⁶⁶. Tras abatir al segundo oponente, el infante se apresuraría a recoger la pica dejada por el soldado que yacía en el suelo y que apenas unos instantes atrás se le enfrentaba con coraje, a fin de retirarla hacia las trincheras españolas, pero un tercer “*soldado olandés, de alta disposición, que también venía a buscarle*”²⁶⁷ se abalanzaría sobre el sargento, quien tras un intenso forcejeo, lograría herirle fatalmente con la alabarda. Sin tiempo de recuperar el resuello, “*le dieron [al Navarro] un mosquetazo en un brazo que fue fuerza el haberse retirar; después le cortaron el brazo por junto al hombro*”²⁶⁸.

La escaramuza se trataba, cabe precisar, de un tipo de combate originariamente preliminar, que se daba con frecuencia en la vanguardia de los ejércitos antes de que el grueso de estos entrase en batalla. Sin embargo, el género de operaciones que demandaban las nuevas guerras de 1600 haría de ella, como demostrara Fernández de Velasco, una parte fundamental en los asedios. Llevadas a cabo por arcabuceros y piqueros o alabarderos, en una proporción de tres a uno, las escaramuzas consistían en una primera toma de contacto en la que ambos grupos en disputa se fogueaban a corta distancia, para después, una vez sobrecalentados los cañones de mosquetes y arcabuces, entablar el cuerpo a cuerpo. Clave del éxito en numerosas ocasiones, esta táctica era idónea en la guerra de posiciones para infligir el suficiente desgaste numérico y anímico del enemigo, así como la toma por asalto de sus posiciones, sin poner en riesgo la seguridad del ejército en su conjunto²⁶⁹.

“*Con muerte de muchos que trataron de sustentarla*”²⁷⁰, la refriega continuaría con la llegada de refuerzos de ambos ejércitos al pequeño prado donde se había originado el encuentro, “*peleándose toda la tarde hasta la noche, que fue fuerza a los nuestros retirarse conociendo la gente que les mataban con tan poco fruto*”²⁷¹. Ambrosio Espínola no era, sin embargo, general que dejase pasar la ocasión cuando advertía propicio el momento, de modo que aprovechando la prueba de resistencia que habían superado las tropas tras el avance inicial de las holandesas

²⁶⁶ *Ibidem*, p. 504

²⁶⁷ *Ibidem*, p. 504.

²⁶⁸ *Ibidem*, p. 504.

²⁶⁹ ALBI DE LA CUESTA, J., *De Pavía a Rocroi. Los tercios españoles*, Ed Desperta Ferro, Madrid, 2017, pp. 203-204

²⁷⁰ DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, tomo LXXI, p. 505 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

²⁷¹ *Ibidem*, p. 505.

sobre sus trincheras, ordenaría “*divertir al enemigo*”²⁷², hostigándolo mediante el envío de dos compañías de portugueses que habrían de atacar el puesto fortificado que las fuerzas rebeldes tenían en “*una media luna que remataba en la cabeza de un ramal de trinchera nuestra que estaba en la vanguardia, a mano derecha*”²⁷³.

Los infantes lusos, como refiere el capitán Domingo de Toral, provenían de una nación sin duda guerrera, acostumbrados a “*pelear y al valor*”²⁷⁴, pero la empresa encomendada exigía más destreza de la que demostraron: “*no dejando nada a la industria, porque lo tienen por defecto, además que no guardan los preceptos de las órdenes con la puntualidad que requiere la guerra*”²⁷⁵. Finalmente fueron rechazados por unos defensores que, conscientes de la proximidad de un ejército de socorro, peleaban a ultranza por conservar sus posiciones. Tuvieron que ser los soldados de la vieja infantería española, “*por la obediencia que tienen y el castigo que se les sigue al que no los guarda*”²⁷⁶, los que pese al agotamiento tras la escaramuza vespertina acometiesen la toma, poniendo de manifiesto los versos que su compatriota el poeta Bartolomé de Torres Naharro, les dedicara;

*“Pues, hermanos y señores
ya sabéis sin que os lo diga
que se ganan los honores
con grandísima fatiga”*²⁷⁷

Así fue cómo la compañía de Francisco Lasso y con ella el propio Toral, haciendo “*cuanta diligencia podía un valiente soldado*”²⁷⁸, acometieron el asalto de la media luna durante toda la noche, cargando contra los muros para tratar de superarlos. La presencia de “*un torno con una púas atravesadas de parte a parte por el eje que estaban ensebadas y andaba muy ligero alrededor*”²⁷⁹ dificultaba el asirse a ellas los soldados para escalar los muros del puesto: “*escurrían de suerte que (...) el que subía venía rodando por la muralla abajo con algún picazo*

²⁷² *Ibidem*, p. 505.

²⁷³ *Ibidem*, p. 505.

²⁷⁴ *Ibidem*, p. 526.

²⁷⁵ *Ibidem*, p. 526.

²⁷⁶ *Ibidem*, p. 527.

²⁷⁷ TORRES NAHARRO, Bartolomé: *Comedia soldadesca*. Florencia, Alinea, 2009, Jornada III, p. 90.

²⁷⁸ DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, tomo LXXI, p. 505 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

²⁷⁹ *Ibidem*, p. 505.

o arcabuzazo”²⁸⁰, como le sucediera al soldado Alonso de Leites, natural de Madrid, quien enfervorecido por el valor, asido de una pica enemiga “*tres veces subió la muralla (...) y todas tres vino abajo*”²⁸¹.

Sea como fuere, con las primeras luces del alba, la compañía española recibiría orden del marqués de los Balbases para que se retirase. Tras de sí, como refiere el capitán, dejaban “*de ellos y de los nuestros las trincheras llenas de cuerpos muertos, que no se podía poner los pies en la tierra si no es en ellos*”²⁸². A su vuelta al campamento los veteranos infantes españoles “*parecían demonios de la noche que habían pasado, negros y deslustrados del humo de granadas, pez y alquitrán que echaban y de la arcabucería, (...) pasados los calzones y las ligas de arcabuzazos y del fuego y cascos de granada*”²⁸³.

4.3 Una guerra subterránea. La batalla por la media luna

Acorde con el pulso característico de las nuevas guerras de desgaste, el sitio de la ciudadela de Bergen Op Zoom se prolongó alternando periodos de encarnizada lucha en las trincheras al pie de las murallas, con otros de largas esperas. Durante el mes siguiente al último encuentro que ambos ejércitos habían tenido en la media luna, el asedio proseguiría sin sobresaltos, interrumpida la espera de nuevas órdenes tan solo por el continuo acoso de la arcabucería y mosquetería enemiga; un alférez reformado de las compañías españolas “*se puso un día a rayar los tiros que el enemigo tiraba*” llegando a contar 600 en una sola jornada²⁸⁴.

Se continuaba al mismo tiempo, con la costosa labor de la construcción de trincheras, cuyo lento avance representaba casi un triunfo dada “*la mucha gente que costaba cada palmo que se adelantaba*”²⁸⁵, hasta que las trincheras se aproximaron a los muros del baluarte “*tan cercadas del enemigo, [...] que para desembocarlas no faltaba más de con la pala echar la tierra que las dividía de la una en la otra sin descubrirse*”²⁸⁶. Podían así lanzarse las granadas de una a otra empleando únicamente las manos. El sitio no obstante, se encontraba en serios apuros.

²⁸⁰ *Ibidem*, p. 505.

²⁸¹ DE TORAL Y VALDÉS, D., *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*, Colección de documentos inéditos para la historia de España, Madrid, 1879, en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55, tomo LXXI, pp. 505

²⁸² *Ibidem*, p. 506.

²⁸³ *Ibidem*, p. 506.

²⁸⁴ *Ibidem*, p. 506.

²⁸⁵ *Ibidem*, p. 506.

²⁸⁶ *Ibidem*, p. 506.

Si el sitio no era sino el último recurso al que acudían los generales para la expugnación de una plaza fuerte, habiendo agotado previamente el resto de opciones como el soborno, la traición o incluso una rápida escalada, una vez iniciado el asedio, se trataba de rendir la guarnición por hambre, obligando a los propios defensores a abrir las puertas y evitar la inanición, pero esto no era para desgracia de Ambrosio Spínola, viable en Bergen.

Debido a su idiosincrasia como enclave portuario, el baluarte disponía de vías de comunicación de carácter marítimo y fluvial, de este modo, “*no se olvidauan los rebeldes en la defensa de tal plaça, tenían abierto ancho camino, y sin estoruo por el mar*”²⁸⁷, merced al canal fuertemente protegido de posibles invasores que daba acceso al bastión holandés, y a la que ya se ha aludido con anterioridad. Los defensores habían logrado así, aprovechando la ausencia de enfrentamientos directos y pese a los intentos de los atacantes por estorbarlo, mantener un flujo constante de aprovisionamiento con el exterior del cerco que invalidaba cualquier opción de una rendición por hambre o falta de municiones.

A través del canal los sitiados lograrían introducir no sólo vituallas y municiones, sino importantes destacamentos de refuerzo comandados por “*Famas, Coqueren, Hinderson y diligentes ingenieros, que con industria y artificio, fuertes reductos y trincheras fuera se hizieron de temer, y dentro mucho más seguros*”²⁸⁸, lo cual, pese a que las fuerzas católicas también recibieron algunos refuerzos “*con ocho mi hombres, y cauallos mil y trecientos de los Tercios del Iudiei y Simón Antúnez, y de Alemanes y Valones, (...) y al mismo tiempo el Conde Argil con los tres mil Ingleses, y Escocesses, y don Diego Mexía con su Tercio, y algunas tropas de naciones*”²⁸⁹. En aquellos momentos, Céspedes de Meneses estima que la guarnición fue acrecentada a 6.000 efectivos²⁹⁰.

Dadas las presentes circunstancias en las fuerzas imperiales, con un enemigo seriamente reforzado, unas tropas agotadas que comenzaban a manifestar los estragos de varios meses bajo fuego a la intemperie, y la sombra de su posible insubordinación pendiendo en el aire, con algunas compañías que con “*duda y no menor murmuración, quisieran alçar la mano de la empresa y reprobauan el pasar un punto más en su inuasión*”²⁹¹, el marqués de los Balbases

²⁸⁷ CÉSPEDES DE MENESES, Gonzalo: *Historia de don Felipe III, Rey de las Españas*. Barcelona, 1634, p. 98v.

²⁸⁸ *Ibidem*, p. 98v.

²⁸⁹ *Ibidem*, p. 98v.

²⁹⁰ *Ibidem*, p. 98v.

²⁹¹ *Ibidem*, p. 98v.

determinaría organizar un golpe de efecto. Comenzaron así en Bergen Op Zoom labores de zapa y mina, con la colocación de explosivos bajo los muros de la plaza enemiga para abrir una brecha que permitiera dar el asalto.

Sin embargo, como señala Albi de la Cuesta, se trataba de un proceso de riesgo elevado, pues los defensores, conocedores de estas técnicas, acostumbraban a emplear tambores que colocaban en el suelo boca abajo, para detectar posibles vibraciones provocadas por golpes de pico bajo tierra. Los sitiados comenzaban entonces un proceso simultáneo de “contramina”, cavando túneles subterráneos paralelos a los de los contrarios, para una vez hallados, colocar una carga que destruyese sus galerías y cuanto hubiese sobre estas²⁹². Cabía la posibilidad a su vez, de llegar a luchar bajo tierra, donde los hombres continuasen matándose a ciegas.

Tras casi dos meses de obras en los que las tropas de la monarquía habían logrado emplazar un hornillo junto a las murallas de la ciudadela, bajo la plaza de armas de las trincheras enemigas, el 20 de septiembre de 1622, el general en jefe del ejército de los Habsburgo, Ambrosio Spínola, “*mandó tomar al ejército las armas; guarneciéronse las trincheras muy bien con gente*”, acudiendo a la plaza de armas lo más florido del cuerpo marcial allí presente, desde Domingo de Toral y los miembros de su compañía hasta el marqués de los Balbases, pasando por al general de la caballería don Luis de Velasco, don Íñigo de Borja, comandando la artillería, dos hijos del conde de Benavente, don Manuel y don García Pimentel, así como los descendientes de los marqueses de Algaba y de las Navas respectivamente, “*puestos todos los más principales soldados y señores del ejército (...) en orden para cualquier cosa que pudiere suceder*”²⁹³.

Bajo el bombardeo indiscriminado de las baterías imperiales que “*hazía batir con más calor los edificios de la plaza, sin reseruar su templo y torre, bien que estas cosas induzían más que templauan el feruor a sus atentos defensores*”²⁹⁴, Spínola dio la orden de detonar el hornillo ubicado bajo las principales trincheras enemigas, “*para en volándoles embestir*”²⁹⁵.

²⁹² ALBI DE LA CUESTA, Julio: *De Pavía a Rocroi. Los tercios españoles*. Madrid, Desperta Ferro, 2017, pp. 251-252.

²⁹³ DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, tomo LXXI, pp. 506-507 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

²⁹⁴ CÉSPEDES DE MENESES, Gonzalo: *Historia de don Felipe III, Rey de las Españas*. Barcelona, 1634, p. 107.

²⁹⁵ DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, tomo LXXI, p. 507 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

Pero la guarnición rebelde, descubriendo la estrategia con que pretendían los soldados del rey, habían excavado con gran diligencia una contramina, una potente carga de pólvora a varios metros de profundidad bajo el hornillo de los católicos. Así, cuando la infantería se abalanzó gritando sobre el cráter abierto en las trincheras holandesas, los defensores esperarían aún “*a que los nuestros embistiesen, entonces pególe fuego y abrióse la tierra*”.

Cabe incidir, siguiendo al profesor Geoffrey Parker, que no resulta casual que desde principios del siglo XVII comenzaran a diagnosticarse entre los soldados una extraña pero común dolencia, que denominarían “mal del corazón”, enfermedad que tres centurias después se catalogará como neurosis de guerra. Provocaba una depresión profunda en los combatientes, paralizándolos a causa del trauma que habían experimentado durante la lucha, y que obligaba en pos de su discapacidad, a su pronta licencia²⁹⁶. Aquel día de septiembre de 1622 en Bergen Op Zoom, se dispondría un magnífico escenario para ello.

La deflagración en “*el fosso de la media luna, que dixen llamaron de los muertos*”²⁹⁷, daría ocasión a un combate turbulento, encarnizado, en el que la vanguardia de las fuerzas monárquicas, sorprendidas y maltrechas tras la segunda voladura “*que se tragó tres o cuatro soldados, los demás salieron medio quemados*”²⁹⁸, trataría de recomponerse. Mientras, el coronel Famas junto con cien soldados protestantes realizaban una oportuna salida desde la guarnición flamenca tratando de aprovechar la confusión reinante en las trincheras, donde la infantería española se hallaba a su vez apesadumbrada por la muerte de don García Pimentel, primogénito del conde de Benavente, grande de España, a quien años después, Pedro Calderón de la Barca rindiera tributo con sus versos:

*“Murió en Vergas mi hermano don García,
lograda con su muerte su esperanza.
Vuexcelencia perdone la osadía,
que no es vil, aunque es propia la alabanza,
donde es tan justa. Aqueste mismo día
insigne triunfo nuestra gente alcanza;*

²⁹⁶ PARKER, Geoffrey: *El Ejército de Flandes y el Camino Español (1562-1659). La logística de la victoria y derrota de España en las guerras de los Países Bajos*. Madrid, Alianza Editorial, 1986, p. 213.

²⁹⁷ CÉSPEDES DE MENESES, Gonzalo: *Historia de don Felipe III, Rey de las Españas*. Barcelona, 1634, p. 107.

²⁹⁸ DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, tomo LXXI, p. 507 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

*que pareció, no triste, alegre suerte,
que pagó su vitoria con su muerte*²⁹⁹

El joven noble, estimado por la tropa “*con grande sentimiento, (...) porque demás de ser tan gran señor, servía en cualquier puesto como un soldado, el más humilde, sujeto a la obediencia de un cabo de escuadra, sin excepción en su persona ni recatarse del peligro*”³⁰⁰, murió cuando, con el segundo estallido, uno de los pesados tiestos que se empleaban para cubrir las postas y permitir con seguridad el disparo de los tiradores, se elevara a gran altura, cayendo junto a otros cascotes “*en la plaza de armas donde estaban estos señores, y dio en la cabeza a Don García, que le torció el pescuezo y luego cayó muerto*”³⁰¹.

Calderón había versificado: “*porque aquí a la sangre excede/ el lugar que uno se hace,/ y sin mirar como nace,/ se mira como procede*”³⁰². En efecto, refiere el propio Domingo de Toral cómo estando su compañía una noche asegurando las trincheras y los puestos, el mencionado García Pimentel, pese a estar de guardia, “*sin morrión ni peto acudía a traer la fagina, a asentarla, a echar la tierra con tanto desenfado y poco cuidado de sí como si fuera por la Calle Mayor de Madrid paseándose*”³⁰³, ante lo cual el entonces aún cabo le advertiría del peligro que corría un gentilhombre de su lustre. El de Benavente se limitaría a contestar: “*¿qué es lo que dice, soy yo más que un pobre soldado?*”³⁰⁴.

A esta baja se unieron las provocadas por el atronador granizo que la artillería y mosquetería disparaba desde una y otra parte de la muralla, “*en tanta cantidad, que la tierra temblaba con el estruendo, y el humo y el ruido de las balas que cubrían el cielo y cegaban y aturdían los hombres*”³⁰⁵. Por fin, tuvo lugar el choque de los soldados en una refriega encarnizada, donde a espada, pica y daga, como indica el propio Toral tomando parte en la

²⁹⁹ CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro: *El sitio de Bredá*. Madrid, 1640, Jornada I, en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2001.

³⁰⁰ DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, tomo LXXI, p. 507 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

³⁰¹ *Ibidem*, p. 507

³⁰² CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro: *Comedia famosa: Para vencer a amor, querer vencerle*. Valencia, 1650, Jornada I, pp. 9-9v en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2001.

³⁰³ DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, tomo LXXI, p. 507 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

³⁰⁴ *Ibidem*, p. 508.

³⁰⁵ *Ibidem*, p. 507.

acción con su compañía, “*peleóse más de dos horas, nosotros por ocupar puestos en las trincheras del enemigo, él por defenderlas*”³⁰⁶. Cabe destacar a este efecto, dada la falta de mayores detalles en la *Relación*, el testimonio de uno de los hombres que como él pelearían en el cráter durante el asalto. El soldado de infantería Cristóbal Ribaguda, sirviendo con una pica en calidad de coselete, refiere así lo acaecido en su hoja de servicios;

*“En las salidas que hizo el enemigo a nuestras trincheras, (...) el día que boló las dos minas estaua tan cerca el dicho capitán a la desembocadura que hizo la mayor que voló la trinchera donde tenía los pies, y aunque le cayó mucha tierra enzima y el enemigo cargó con gran fuerça y hechó cantidad de granadas, y vna de ellas le atormentó vna pierna que no se pudo tener con ella en el suelo, estubo en su puesto hasta que se tapó la desembocadura, y se retiró el enemigo”*³⁰⁷.

En el transcurso de aquellas dos horas de combate, las jerarquía militar protestante comprobó que el sector contiguo al que se luchaba (con tropas valonas y borgoñonas) se hallaban desguarnecido, por lo que un nutrido grupo abandonaría la fortaleza para deslizarse hasta las trincheras imperiales, donde sorprendidos, los escasos centinelas habrían de retirarse “*sin poder asistir a la defensa hasta que el enemigo llegó a un ramal de trinchera que travesaba y correspondía a las trincheras de los españoles, que guarnecía mi capitán, don Francisco Lasso*”³⁰⁸. Al tiempo que el grueso de las tropas continuaban en el fragor de la lucha allí donde habían estallado las minas, el resultado de esta segunda refriega determinaría la continuación o el abandono del sitio.

Descolgándose del grueso del ejército, la compañía del cabo Domingo de Toral, apoyada por la de Diego Luis de Olivera, acudió con determinación a enfrentar los escuadrones holandeses que ya se hallaban en su recorrido por las trincheras monárquicas, próximos a la plaza de armas. De este modo, refiere Toral que su capitán Francisco Lasso calando la pica “*con notable valor dijo a los demás que le siguiesen, y dando voces, ¡Santiago!, cerramos con ellos, arrojándonos del ramal que ocupábamos*”³⁰⁹. Se entablaría a continuación una lucha breve pero encarnizada, donde acudió con tanta fuerza el enemigo y lanzando tantas granadas, señala el soldado Cristobal Ribaguda, perteneciente a la compañía del maestro de campo

³⁰⁶ *Ibidem*, p. 507.

³⁰⁷ Archivo General de Indias, Indiferente, 116, N.35 fols. 2-4, *Relación de Méritos y servicios de Cristóbal Ribaguda, capitán*, sirvió en la Armada, Portugal y Flandes, 1655.

³⁰⁸ DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, tomo LXXI, p. 508 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

³⁰⁹ *Ibidem*, p. 508.

Olivera, “*que mató y hirió a los que estaban con él*”, hallándose por momentos “*solo con vn soldado, (...) sustentándolo pica a pica con el enemigo*”³¹⁰, hasta que debido a “*los muchos artificios de fuego y picazos que le tiraban, y tener por vanguardia y retaguardia y estar ya solo, y hauerle rompido la pica con una granada, que le fue fuerça meter mano a la espada*”³¹¹, sustentándose ferozmente con ella. Finalmente las tropas holandesas, “*que oyó españoles*”³¹², se verían forzadas a retirarse de nuevo a la fortaleza, logrando las compañías de infantería comandadas por el capitán Lasso recuperar, en una demostración de coraje y disciplina, las trincheras perdidas.

La batalla librada el 20 de septiembre ante la atenta mirada de los muros de Bergen Op Zoom había concluido, dejando un complejo resultado. Si bien los ejércitos católicos habían logrado pese a todo destruir los puestos enemigos y comenzar a hacer brecha en sus fortificaciones, ello había supuesto un elevado coste en vidas difícil de reponer, mientras que los defensores habían ofrecido por su parte una férrea resistencia, consiguiendo de este modo mantener el pulso entre ambos oponentes. El general Ambrosio Spínola era consciente de las escasas posibilidades de éxito.

Tal como insiste el profesor Geoffrey Parker, desde que se iniciara formalmente el cerco del baluarte flamenco en de junio de 1622 con 20.600 efectivos, cuatro meses después, la fuerza operacional católica había menguado hasta los 13.200 hombres, con un treinta y seis por ciento de las bajas, a lo que se añadieron “*muchos soldados que por vileza hizieron fuga al Olandés*”³¹³, cuyo efecto restaría casi 2.500 soldados a las tropas comandadas en Bergen por el marqués de los Balbases³¹⁴. Un asedio tan dificultoso que no parecía dar frutos, con “*la gente pobre, fatigada, la más enferma y afilgida*”³¹⁵, y en el que reinaba la inquietud por la falta de pagas acumuladas, provocaría el abandono de las banderas que aquellos hombres habían jurado

³¹⁰ AGI, Indiferente, 116, N.35 fols. 2-4, *Relación de Méritos y servicios de Cristóbal Ribaguda*, capitán, sirvió en la Armada, Portugal y Flandes, 1655.

³¹¹ *Ibidem*, fols. 2-4.

³¹² DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, tomo LXXI, p. 508 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

³¹³ CÉSPEDES DE MENESES, Gonzalo: *Historia de don Felipe III, Rey de las Españas*. Barcelona, 1634, p. 107.

³¹⁴ PARKER, Geoffrey: *El Ejército de Flandes y el Camino Español (1562-1659). La logística de la victoria y derrota de España en las guerras de los Países Bajos*. Madrid, Alianza Editorial, 1986, pp. 259-260.

³¹⁵ CÉSPEDES DE MENESES, Gonzalo: *Historia de don Felipe III, Rey de las Españas*. Barcelona, 1634, p. 107v.

seguir, a pesar la pena capital establecida por la justicia militar para quienes quebrantasen su contrato con el rey.

Los desertores aprovechaban los momentos en que “pecoreando”, buscando en las proximidades del campamento sitiador alimentos como hortalizas o cereales, así como recursos básicos tales como paja o leña para las trincheras y barracas en que se alojaban, podían alejarse con disimulo de forma progresiva, hasta quedar fuera de alcance. Otros tantos sin embargo, en actos menos honorables, desertaban entregándose a la guarnición que sus propios compañeros de armas continuaban sitiando, aprovechando los combates que se daban en las salidas y asaltos, o escondiéndose entre las trincheras y la vegetación hasta aproximarse a las murallas para poder entregarse³¹⁶. Acogidos por los defensores, obtenían comida, dinero y, en ocasiones, un pasaje para evitar toparse con el ejército del que provenía. A cambio, se obtenía información sobre el estado de la tropa y los avances en las obras de asedio, logrando de este modo una valiosa ventaja táctica, tal como señala Céspedes de Meneses respecto al sitio de Bergen, donde aquellos que desertaron “*le llenaron los oydos de las materias que aduirtieron, ser más dañosas al ejército y a sus desgnios conuenientes, y comprouando entre otras cosas la falta de gente que teníamos*”³¹⁷.

La situación de los hombres del Marqués de Spínola se hallaba, en consecuencia, en un punto crítico; el número de hombres no era suficiente como garantizar el éxito definitivo en la toma del bastión flamenco, su número se había reducido drásticamente y su élite, “*la suma de Españoles, aún no llegaua a ser de tres mil, ni de dos mil la de Italianos; que en estas tres solas naciones y cantidad tan limitada, eran inclusas nuestras fuerças*”³¹⁸. Perdida la ocasión de hacer brecha y tomar la guarnición al asalto el día que se dio la batalla en el cráter de las minas, era necesario retomar la construcción de nuevas trincheras que permitiesen la aproximación a los muros de la fortaleza. “*Muy vezino ya el Inuierno, [...] y finalmente el enemigo dentro en la plaça en la campaña, muy poderoso y con el mar a su aluedrío*”³¹⁹ para continuar abasteciéndose, las probabilidades de éxito quedaron muy reducidas.

³¹⁶ PARKER, Geoffrey: *El Ejército de Flandes y el Camino Español (1562-1659). La logística de la victoria y derrota de España en las guerras de los Países Bajos*. Madrid, Alianza Editorial, 1986, p. 260.

³¹⁷ CÉSPEDES DE MENESES, Gonzalo: *Historia de don Felipe III, Rey de las Españas*. Barcelona, 1634, p. 107.

³¹⁸ *Ibidem*, p. 107.

³¹⁹ *Ibidem*, p. 107v.

Además, Federico del Palatinado había emprendido una ardua campaña para reconstituir su ejército, logrando los importantes apoyos de Cristian de Brunswick, primo de la reina de Bohemia y administrador de la diócesis de Halberstadt, y el margrave de Baden-Durlach, a los que se incorporaría el conde Ernesto de Mansfeld. En este contexto, el 27 de abril de 1621 el elector palatino llegó a un pacto con las Provincias Unidas para la recuperación del territorio flamenco un año después.

Como indica el profesor Geoffrey Parker, el ejército protestante, obligado a atravesar territorios como Alsacia, bajo dominio de la Liga Católica, en su camino hacia los Países Bajos, perdería a dos de sus principales caudillos, al margrave en el encuentro que tendría lugar en Wimpfen el 6 de mayo, y al de Bruswick en el la batalla librada en la batalla de Höchst frente a Tilly, el 20 de junio³²⁰. No obstante, el conde Mansfeld conseguiría continuar con su marcha, dirigiéndose rápidamente “*el enemigo con todo su poder por tierra*”³²¹ hacia Flandes, para socorrer a la guarnición holandesa que resistía en el baluarte de Bergen Op Zoom.

Ante estas circunstancias, si bien el de los Balbases había recibido confirmación del envío de refuerzos y “*atendía de Alemania grueso socorro*”³²², siendo plenamente consciente de que “*su vagar lo traería tarde y sin razón*”³²³, así como de la inminente llegada del ejército de socorro comandado por el conde Mansfeld, tomaría la decisión de abandonar el sitio que tantos esfuerzos había costado, determinando con la prudencia y astucia que advirtiera el duque de Frías en su canon militar, “*no perder lo que tenía seguro, solo porque su adversario no ganase lo que estaba dudoso*”³²⁴. El 4 de octubre de 1622, tras cuatro meses de asedio ininterrumpido, se levantaría el campamento, “*poniendo fuego y enterrando (...) gran cantidad de municiones*”³²⁵ que no podían transportar, caminando a media noche en retirada hacia Amberes. El sitio había tocado a su fin.

³²⁰ PARKER, Geoffrey: *Europa en crisis (1598-1648)*. Madrid, Siglo Veintiuno, 1986, pp. 211-214.

³²¹ DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, tomo LXXI, p. 508 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

³²² CÉSPEDES DE MENESES, Gonzalo: *Historia de don Felipe III, Rey de las Españas*. Barcelona, 1634, p. 107.

³²³ *Ibidem*, p. 107

³²⁴ DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, tomo LXXI, p. 529 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

³²⁵ CÉSPEDES DE MENESES, Gonzalo: *Historia de don Felipe III, Rey de las Españas*. Barcelona, 1634, p. 107.

Concluía así pues, una campaña en la que como constata el cronista Céspedes de Meneses, “*el Rebelde [...] nos mató nueue mil hombres y la plaça nos tiró dos mil ochocientos cañonaços*”³²⁶. Aquellos tercios que se retiraban agotados del baluarte de Bergen Op Zoom, serían los mismos que apenas dos años después rindieran la insigne Breda que orgullosamente retratará Diego de Velázquez, logrando aquel general genovés que había optado en un alarde de pragmatismo retirarse a tiempo para combatir y triunfar otro día, resarcirse de su eterno antagonista, el holandés Mauricio de Nassau.

Los sargentos Rincón y Miguel Olles, el alférez Moreno, el cabo Cristóbal Ribaguda, don García Pimentel, el capitán Francisco Lasso o el propio Domingo de Toral, son tan solo algunos de los millares de nombres que en las trincheras y bajo el fogueo de la arcabucería enemiga, se batirían, como ya hiciere a su vez Juan Fernández de Velasco, Condestable de Castilla, en nombre de un imperio que debía su preeminencia a los aceros de unos soldados que, enfermos de gloria o impelidos por la pobreza, llevaron sobre sus hombros la inconmensurable tarea de defender las lejanas fronteras de la Monarquía de España. Unos hombres “*más que de yerro, de valor armados*”³²⁷, que impávidamente escuadronados en las “murallas humanas”, como los llamaría Bossuet, que fueron aquellos tercios viejos de infantería española, si bien supieron luchar, vencer y fracasar, desde luego demostraron que sabían morir.

*“Almas dichosas que del mortal velo
libres y esentas, por el bien que obrastes,
desde la baja tierra os levantastes
a lo más alto y lo mejor del cielo,
y, ardiendo en ira y en honroso celo,
de los cuerpos la fuerza ejercitastes,
que en propia y sangre ajena colorastes
el mar vecino y arenoso suelo:
primero que el valor faltó la vida
en los cansados brazos, que, muriendo,
con ser vencidos, llevan la vitoria;
y esta vuestra mortal, triste caída
entre el muro y el hierro, os va adquiriendo
fama que el mundo os da, y el cielo gloria”*³²⁸.

³²⁶ *Ibidem*, p. 107v.

³²⁷ CERVANTES SAAVEDRA, Miguel: *Canción primera de la pérdida de la armada que fue a Inglaterra*. Madrid, Biblioteca Nacional, ms 2856, fols. 20-22, en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, *Poesías sueltas*, XX.

³²⁸ CERVANTES SAAVEDRA, Miguel: *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Madrid, 1833, Vol. III, Parte I, Cap. XL, p. 172.

5. CONCLUSIONES

En noviembre de 1659, el que fuera conocido por la historia como el Rey Planeta, firmaba a las orillas del curso del Bidasoa la paz con Luis XIV. La Guerra de los Treinta Años había concluido, y con ello, cuatro décadas en las que, como declararían poco después el diplomático Luis de Saavedra Fajardo, “*habiendo dado buelta por Europa [...] en todas partes vi a Marte sangriento, batallando unas naciones con otras por el capricho y conveniencias que en ellas atizava el fuego de la guerra*”³²⁹.

La compleja y heterogénea estructura política de la Monarquía de España se hallaba extenuada tras casi dos centurias en guerra. El esfuerzo realizado por conservar el vasto patrimonio territorial que legaran los Reyes Católicos, había llevado a la potencia que ostentaba aún la primacía global, a empeñar todos y cada uno de los medios disponibles en aras de tan magna empresa.

En un mundo como el de los tiempos modernos, donde como señala el historiador John H. Elliot, la población era considerada uno de los principales factores indicativos del poder y la riqueza, las tendencias demográficas marcaban el pulso del auge o la decadencia. Así, entre 1590 y 1630, Castilla, fuerza motriz del pesado sistema monárquico, comenzaría a dar evidentes signos de fatiga; una profundísima crisis demográfica, provocada por las pestes y epidemias que asolaran la Península Ibérica desde las postrimerías del siglo XVI, acentuada por el envío estimado de hasta 150.000 hombres al Nuevo Mundo, habían reducido considerablemente los recursos humanos de que disponía la corona³³⁰.

Las remesas de oro y plata procedentes de las minas americanas, habían comenzado a mermar en cuantía y valor, y la contribución de reinos periféricos como Aragón, territorio árido y empobrecido, Valencia, región convaleciente por la pérdida de casi un cuarto de su población tras la expulsión morisca de 1613, o Sevilla, puerto de Europa que comenzaba a ceder su hegemonía a enclaves de los mares septentrionales como Ámsterdam, no eran ya más que aportaciones simbólicas³³¹. Habría de ser pues Castilla, impulsora de la escala universal que había alcanzado la monarquía de los Austrias, la que pese a las sucesivas suspensiones de pagos, aferrara con tenacidad la financiación de los Ejércitos de Flandes e Italia, de las armadas del

³²⁹ SAAVEDRA FAJARDO, Diego: *Locuras de Europa. Diálogo póstumo de don Diego Saavedra Fajardo*. 1748, pp.4-5 en Biblioteca Nacional.

³³⁰ ELLIOT, John. Humboldt: *España y su mundo (1500-1700)*. Madrid, Santillana, 2007, pp. 278-279.

³³¹ *Ibidem*, pp. 291-296

Atlántico y el Mediterráneo, de las rutas hacia las Indias Occidentales y Orientales, del colosal aparato burocrático o de los príncipes alemanes, cuya lealtad requería del brillo del oro.

Un proyecto el de la Monarquía Hispánica, si ya complejo en virtud de los mencionados factores, aderezado por la necesidad de mantener y ganar las guerras que desde sus inicios hasta su fin, marcaron unos siglos modernos en los que en aras de defender la estructura en que los Austrias habían basado la solidez y el poderío de sus reinados, aquella Castilla agotada haría, sin embargo, un último esfuerzo en el que sin alcanzar la victoria, trataría al menos, como dijera el conde duque de Olivares, de “*morir haciendo*”³³². La Corona Católica asumiría así el desafío de entablar una cruenta guerra en los Países Bajos a lo largo de ocho décadas de conflicto prácticamente ininterrumpido, durante los cuales, obligados a “*hacer de la necesidad virtud*”³³³, los Habsburgo deberían batallar a su vez en los diversos frentes que amenazaban la hegemonía imperial, fuera este la Guerra de los Treinta Años, el enfrentamiento con la Inglaterra isabelina, o la omnipresente amenaza del turco.

Resulta indiscutible a estos efectos, que la política militar desarrollada en pos de la recuperación de los dominios flamencos generaría graves reveses que lograrán, en más de una ocasión, hacer tambalear los pilares en los que descansaba el equilibrio imperial. Así, el envío y manutención constante de tropas supondría una inversión financiera para la que ningún estado moderno se hallaba preparado. La intervención en aquel lejano teatro de operaciones no lograría impedir el acoso de la potencia gala tras su letargo por las guerras intestinas, y no se lograría evitar, por más sacrificios que realizase Castilla, la introversión del curso y las compañías holandesas en los territorios de ultramar, con los grandes perjuicios que de ello se derivaba. Semejante situación suscitaría consecuentemente, un sentimiento pesaroso en las generaciones contemporáneas, que el poeta Francisco de Quevedo plasmara en aquellas sombrías líneas;

*“Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes ya desmoronados,
de la carrera de la edad cansados”*³³⁴

³³² Archivo General de Simancas, Estado., K. 1416, fol. 56, *Consulta del Consejo de Estado*, 17 de septiembre de 1633.

³³³ DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, tomo LXXI, p. 502 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

³³⁴ QUEVEDO VILLEGAS, Francisco: “Enseña cómo todas las cosas avisan de la muerte”, *El Parnaso español*, Madrid, 1648, Antología poética, sonetos en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

Sin embargo, a pesar de todo, de los reveses y el empeño de las naciones de más de medio mundo por derribar aquel coloso que fuera la Monarquía de España, esta demostraría con creces que, si bien exhausta y bajo asedio, nunca tuvo ni tendría en lo futuro, “*caduca ya su valentía*”³³⁵. De este modo, cabe reconocer cómo los Habsburgo lograrían mantener y conservar hasta los Tratados de Utrecht y Rastatt, en 1714, la integridad cuasi absoluta del inmenso patrimonio territorial que Carlos V transfiriera a su primogénito, y cuya consecución se advirtiese tan compleja a mediados del siglo XVI. Un triunfo manifiesto al que debe incorporarse como señala el profesor Geoffrey Parker, un aspecto de vital relevancia; los Países Bajos españoles serían, y continuarían siéndolo hasta tiempo presente, los Países Bajos católicos. Un logro nada desdeñable dada la profusa extensión del movimiento anabaptista, calvinista y luterano en aquellas latitudes³³⁶.

Toda victoria requiere no obstante, un sacrificio, y en el caso de la Monarquía Hispánica serían sus soldados, que al margen de las motivaciones que los pudieran haber llevado a tomar por oficio el ejercicio de las armas, se trabarían en combate contra los ejércitos enemigos de Dios y del Rey, de América a Berbería, y de Milán a Flandes. Aquellos hombres que como Juan Fernández de Velasco, Condestable de Castilla, “*soleado de la destreza de su gobierno, pertrechado del espanto y terror que causava en los enemigos su nombre*”³³⁷, acudiera a la llamada del monarca custodiando la *Porta de Europa*, sosegando los potentados italianos, derrotando al francés en Borgoña, logrando la Paz de Londres, y aún volviendo pese a la grave enfermedad que le aquejaba, a aceptar el segundo mandato como gobernador del Milanesado, “*con mucho peligro de mi vida, hasta perder la salud*”³³⁸, dejando tras de sí un renovado canon militar que permitiera a sus sucesores, acometer y ganar las guerras ulteriores.

Hombres como Domingo de Toral y Valdés, que libremente juró marchar tras las banderas regias hasta las lúgubres trincheras y los majestuosos baluartes de Flandes, para en Amberes, La Inclusa y Bergen Op Zoom demostrar, tras la larga tregua con las Provincias Unidas, ya fuere en la victoria o en la derrota, de lo que aún eran capaces aquellos temibles

³³⁵ *Ibidem*.

³³⁶ PARKER, Geoffrey: *El Ejército de Flandes y el Camino Español (1567-1659). La logística de la victoria y derrota de España en las guerras de los Países Bajos*. Madrid, Ed Alianza Editorial, 1986, pp. 313-314.

³³⁷ LÓPEZ DE MENDIZORROZ, Fermín: *Observaciones de la vida del Condestable Juan Fernández de Velasco y cifra de sus dictámenes*. Vigevano, Juan Baptista Malatesta. Impresor Real, 1625, pp. 85-86.

³³⁸ Archivo Histórico de Protocolos de Madrid, Protocolo 1830, fols. 274-300. *Testamento de Juan Fernández de Velasco, Condestable de Castilla*, otorgado en la villa de Berlanga de Duero el 27 de agosto de 1612 ante el escribano Mateo Barreda.

tercios viejos de infantería española. Lucharía y padecería así los estragos de la guerra, en una durísima campaña en la que “*dos años que había dormía con la gola puesta, que con el asiento de las armas y de la pica la tenía señalada en los hombros*”³³⁹.

Volvería a España pobre y herido, pero con la honra ganada después de atravesar desde Flandes la Francia “*en treinta días a pie, porque el dinero que me dieron no bastaba para comer*”³⁴⁰. La Corona exigiría del presunto hidalgo no obstante, un último sacrificio que le llevaría desde Lisboa a las Indias Orientales, en un periplo que duró desde abril de 1629 hasta mayo de 1634, “*habiéndome embarcado en este tiempo onze vezes, y en ellas haber navegado 10.000 leguas en servicio del Rey [...] debajo de la tórrrida zona donde los calores son tan grandes y tantas diferencias de climas, que como la salud depende dellos, también se muda, [...] con tantos trabajos y peligros de la vida*”³⁴¹.

En aquellas despiadadas guerras que surcaron el viejo continente durante el siglo XVII, España se pobló, como señala Ortega y Gasset, de espectros, de figuras estrambóticas, de perniquebrados, de tullidos y mancos cuando no de tumbas y cadáveres, cubiertos de andrajos en los que resaltaba alguna prenda de antiguo esplendor, quizá un sombrero de plumas, quizá un vistoso jubón de seda, o quizá un tahalí de buen cordobán³⁴². Eran los soldados de Flandes, del Casal, de Nördlingen, de la Valtelina o de Rocroi, “*milicia vieja, disciplinada, hecha a padecer y a pelear con la gente de aquí*”³⁴³, hambrientos, cansados, soberbios, feroces y siempre mal pagados. Unos soldados tan fogueados como las banderas desgarradas por la metralla a las que ciegamente habían seguido por medio mundo y para los que, como para Juan Fernández de Velasco o Domingo de Toral y Valdés, en el estoico sacrificio que supuso la defensa de una Monarquía Hispánica bajo cerco, “*el día siguiente siempre es el peor*”³⁴⁴.

³³⁹DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, tomo LXXI, pp. 508-509 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

³⁴⁰ *Ibidem* p. 509.

³⁴¹ *Ibidem*, pp. 546-547

³⁴² ORTEGA Y GASSET, José: *Mirabeau o el político, Contreras o el aventurero*: Madrid, El Arquero, 1974, p. 73

³⁴³ AGS E 584/28, *Alejandro Farnesio, duque de Parma al Felipe II*, 8 de febrero de 1581.

³⁴⁴DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Madrid, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 1879, tomo LXXI, p. 547 en Biblioteca Nacional, sala de Ms.H.55.

*“Después desto dirás: en espaciassas,
conçertadas hileras, ba marchando
nuestro cristiano exército inuencible,
las cruzadas banderas victoriossas
al ayre con donayre tremolando,
haciendo la vista fiera y apacible.
Forma aquel sol horrible
que el cóncuo metal despide y forma
y aquel del atambor que engendra y cría
en el cobarde pecho valentía,
y el temor natural trueca y reforma;
haz los reflexos y vislumbres bellas
que, qual claras estrellas,
en las luzidas armas el sol haze,
quando mirar este esquadron le plaze”³⁴⁵*

³⁴⁵ CERVANTES SAAVEDRA, Miguel: *Canción primera de la pérdida de la armada que fue a Inglaterra*. Madrid, Biblioteca Nacional, ms 2856, fols. 20-22, en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, *Poesías sueltas*, XX.

6. FUENTES DOCUMENTALES

AGI, Indiferente, 114, N.66 fols. 1-5, *Relación de Méritos y servicios de Pedro Díaz de Rivero, capitán de infantería*, sirvió en Alemania, Flandes y Cataluña, 1652.

AGI, Indiferente, 116, N.35 fols. 2-4, *Relación de Méritos y servicios de Cristóbal Ribaguda, capitán*, sirvió en la Armada, Portugal y Flandes, 1655.

AGI, Indiferente, 116, N.70 fols. 1-3, *Relación de Méritos y servicios de Jerónimo Benavente y Quiñones, Maestre de campo de un tercio de infantería*, sirvió en Flandes, 1656.

AGI, Indiferente, 161, N.270 fols. 1-3, *Relación de Méritos y servicios de Miguel de Montenegro y Sotomayor, alférez de infantería*, sirvió en Flandes y en la Armada, 1650.

AGI, Indiferente, 161, N.39 fols. 1-2 *Relación de Méritos y servicios de Diego Mejía de Porras, capitán*, sirvió en Flandes, Francia etc, 1616.

AGI, Indiferente, 161, N.48 fols. 1-2 *Relación de Méritos y servicios de Cristóbal de Aranda, capitán de infantería*, sirvió en Flandes, Milán, Portugal etc., 1622.

AGI, Indiferente, 161, N.540 fol.1 *Relación de Méritos y servicios de Martín Flores de Acevedo, capitán*, sirvió en Flandes, Lombardía, Saboya y la Armada, 1610.

AGI, Indiferente, 161, N.555 fol. 1, *Relación de Méritos y servicios de Hernando Herrera, capitán de infantería*, sirvió en Flandes, Italia y Portugal, 1622.

AGI, Indiferente, 161, N.247, fols. 2-3 *Relación de Méritos y servicios de Francisco Molino, capitán*, sirvió en Cataluña, Flandes y Piamonte, 1645-1646.

AGI, Indiferentes, 161, N.261 fol.3 *Relación de Méritos y servicios de Sancho de Monroy, maestre de campo*, sirvió en Flandes, Extremadura, 1646.

AGS Estado, 558/51, art. 18, *Artículos convenidos con los amotinados de Amberes*, 23 de mayo de 1574.

AGS, Estado 1297/42, *El conde de Fuentes al rey Felipe III*, 5 de noviembre de 1608.

AGS, Estado, 554/146, *Punto de vista del Duque de Alba, Don Luis de Requesens al rey*, 30 de diciembre de 1573.

AGS, Estado, leg. 1690, f. 468, *Memorial de Catalina Rubiona*, 13 de junio de 1605.

ARCHV, Hijosdalgo, ES.47186, caja 900, 11, fol. 3, *Pleito de Domingo de Toral y Valdés, capitán, vecino de Illescas (Toledo)*, 1639.

7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALBI DE LA CUESTA, Julio: *De Pavía a Rocroi. Los tercios españoles*. Madrid, Desperta Ferro, 2017.

BOTERO, Giovanni: *Diez libros de la Razón de Estado*. Madrid, Trad. Antonio de Herrera, Impresor Real Luys Sánchez, 1593.

CABEZA RODRÍGUEZ, Antonio; CARRASCO MARTÍNEZ, Adolfo: *Saber y gobierno. Ideas y práctica del poder en la Monarquía de España (siglo XVII)*. Madrid, Actas, 2013.

CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro: *Comedia famosa: Para vencer a amor, querer vencerle*. Valencia, 1650, en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2001.

CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro: *El sitio de Bredá*. Madrid, 1640, Jornada I, en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2001.

CAMPAN, C.H: *Bergues sur le Soom assiégée le 18 de Juillet 1622*. Bruselas, Société de l'Histoire de Belgique, 1867.

CERVANTES SAAVEDRA, Miguel: *Canción primera de la pérdida de la armada que fue a Inglaterra*. Madrid, Biblioteca Nacional, en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

CERVANTES SAAVEDRA, Miguel: *El Ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha*. Madrid, Real Academia Española, 1780.

CÉSPEDES DE MENESES, G., *Historia de don Felipe III, Rey de las Españas*, Barcelona, 1634.

DE TORAL Y VALDÉS, Domingo: *Relación de la vida del Capitán Domingo de Toral y Valdés, escrita por el mismo Capitán*. Colección de documentos inéditos para la historia de España, Madrid, 1879 en Biblioteca Nacional.

DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio: *La sociedad española en el siglo XVII (I)*. Granada, Universidad de Granada, 1992.

ECHEVARRÍA BACIGALUPE, Miguel Ángel: *Flandes y la Monarquía Hispánica (1500-1700)*. Madrid, Sílex, 1998.

EGUILUZ, Martín: *Milicia, discurso y regla militar del capitán Martín de Eguiluz, bizcaíno*, Amberes, 1595.

- ELLIOT, John Humboldt. *España y su mundo (1500-1700)*. Madrid, Santillana, 2007.
- FRIGO, Daniela: “Mantua: Política y diplomacia” en MARTINEZ MILLÁN, José; VISCEGLIA, Maria Antonietta: *La monarquía de Felipe III: Los Reinos (vol. IV)*. Madrid, Fundación Mapfre, 2008.
- GIMÉNEZ MARTÍN, Juan: *Tercios de Flandes*. Madrid, Falcata, 1999.
- HERRERA, Antonio: *Tercera parte de la Historia General del mundo, de XIII años del tiempo del señor Rey don Felipe II el prudente, desde el año de 1585 hasta el de 1598 que pasó a mejor vida*. Madrid, Impresor Alonso Martín de Balboa, 1612.
- ISABA, Marcos, *Cuerpo enfermo de la milicia española, con discurso y auisos, para que pueda ser curado, vtilis y de prouecho*. Madrid, 1594.
- LÓPEZ DE MENDIZORROZ, Fermín: *Observaciones de la vida del Condestable Juan Fernández de Velasco y cifra de sus dictámenes*. Vigevano, Juan Baptista Malatesta. Impresor Real, 1625.
- LÓPEZ DE PALACIOS RUBIOS, Juan López: *Tractado del esfuerço bellico heroyco*, Madrid, 1793.
- MARAÑÓN Y POSADILLO, Gregorio: *Antonio Pérez: El hombre, el drama, la época*. Madrid, Espasa-Calpe, 1977, vol I.
- MOLINA RECIO, Raúl: *La nobleza española en la Edad Moderna: Los Fernández de Córdoba. Familia, riqueza, poder y cultura*. Universidad de Córdoba, 2004.
- MONTERO DELGADO, Juan: “Libros y lecturas poéticas del Gobernador de Milán: Épica vernácula en la biblioteca de Juan Fernández de Velasco, V Duque de Frías” en *ILCEA De la bibliothèque intérieure á la bibliothèque collective: libres et lectures en Espagne (XVIe-XXIe siècles)*, 2016.
- ORTEGA Y GASSET, José. *Mirabeau o el político, Contreras o el aventurero*. Madrid, El Arquero, 1974.
- PARKER, Geoffrey: “The making of a strategy in Habsburg Spain: Philip II’s bid for mastery” en *The making of strategy. Rules, States and War*. Ed por MURRAY, William, KNOX, Martin y BERNSTEIN, Alfred. Cambridge, 1993.

PARKER, Geoffrey: *El Ejército de Flandes y el Camino Español (1567-1659). La logística de la victoria y derrota de España en las guerras de los Países Bajos*. Madrid, Alianza Editorial, 1986.

PARKER, Geoffrey: *El éxito nunca es definitivo. Imperialismo, guerra y fe en la Europa moderna*. Madrid, Taurus, 2001.

PARKER, Geoffrey: *Europa en crisis (1598-1648)*. Madrid, Siglo Veintiuno, 1986.

PARKER, Geoffrey: *La Revolución Militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente (1500-1800)*. Barcelona, Crítica, 1990.

PÉREZ DEL PULGAR, Hernán: *Crónica llamada de las dos conquistas del Regno de Nápoles... con los hechos y hazañas maravillosas que en paz y en guerra hizo el Capitán Consalvo Hernández y Aguilar y Córdoba*. Zaragoza, 1559.

PUDDU, Raffaele: *El soldado gentilhombre. Autorretrato de una sociedad guerrera: la España del siglo XVI*. Barcelona, Argos Vergara, 1984.

QUATREFAGES, René: *La Revolución Militar Moderna. El Crisol Español*. Madrid, Ministerio de Defensa, 1996.

QUEVEDO VILLEGAS, Francisco: “Advertencia a España, de que ansi como se ha hecho señora de muchos, ansi sera de tantos enemigos invidiada y perseguida, y necesita de continua prevención por essa causa”, *El Parnaso español*. Madrid, 1648.

ROCA BAREA, María Elvira: *Imperiofobia y leyenda negra. Roma, Rusia, Estados Unidos y el Imperio Español*. Madrid, Siruela, 2016.

SAAVEDRA FAJARDO, Diego: *Locuras de Europa. Diálogo póstumo de don Diego Saavedra Faiardo*. 1748 en Biblioteca Nacional.

TORRES NAHARRO, Bartolomé: *Comedia soldadesca*. Florencia, Alinea, 2009, Jornada III, p. 90

TUCKER, Spencer: *Battles that changed History: An enyclopedia of world conflict*. Santa Bárbara, ABC CLIO, 2010.

VEGA CARPIO, Lope: *El hijo venturoso* en INSÚA, Mariela: “Este bastón es mi padre/ y madre mía esta espada: El poder de las obras y el poder de la sangre en El hijo de las batallas

de Jacinto Cordero”, *Revista de História da Sociedade e da Cultura*. Coimbra, Universidad de Coimbra, 2015.

WILSON, Peter Hamish: *La Guerra de los Treinta Años. Una tragedia europea (1618-1630)*. Madrid, Desperta Ferro, 2018.

ZABALETA, Juan: *Obras en prosa de don Iván de Zavaleta, coronista del rey nuestro señor, por él mismo añadidas*. Madrid, 1672.

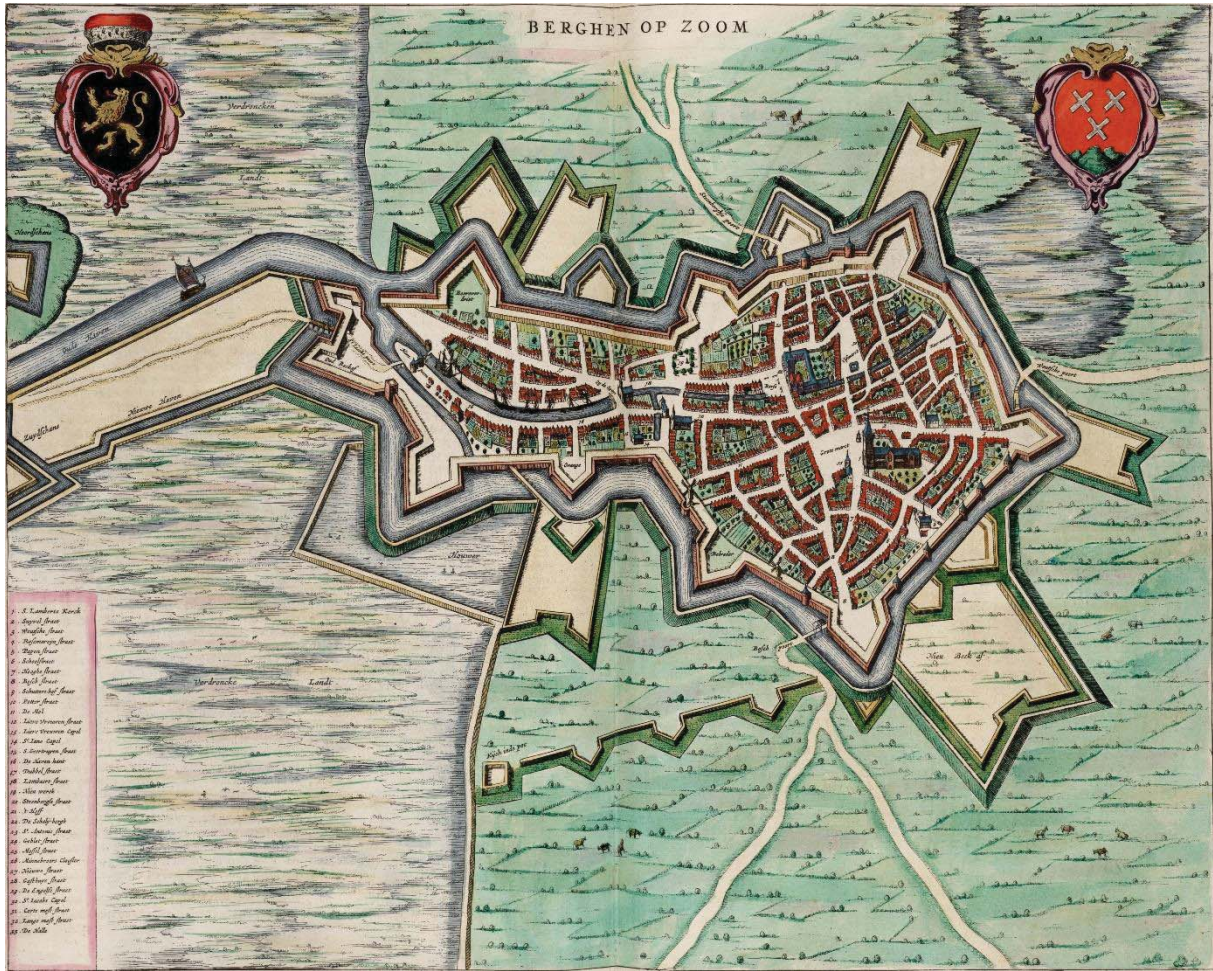
8. APÉNDICE CARTOGRÁFICO



Mapa que muestra la situación de la isla de Cadzand, Nicolaes van Geelkercken, 1621



Mapa que muestra con más detalle la localización de la Isla de Cadzand, Atlas van Loon, 1664



Mapa de la ciudad-fortaleza de Bergen Op Zoom, Atlas van Loon, 1648



Sitio de de Bergen Op Zoom por las tropas españolas, Willem Baudarrius, posterior a 1620

